

UNO DE LOS SEISCIENTOS.

CAPÍTULO I.

Ser guapo, joven y de veintidós años,

Sin nada más en la tierra que hacer;

Pero todo el día para facturar y arrullar,

Fue una vocación agradable.—THACKERAY.

Justo estaba tarareando el verso anterior cuando me pusieron en la mano el siguiente anuncio—

"Órdenes de regimiento.—Cuartel General, Maidstone, 31 de diciembre.

"Como el regimiento debe estar listo para el servicio en el extranjero en primavera, los capitanes de tropas se presentarán ante el teniente y el ayudante Studhome, para que el oficial al mando lo informe, sobre el estado de la guarnición, las fundas y los cubos de lanza; y los caballos deben ser recalzados bajo la inspección inmediata del veterinario y del herrador-sargento Snaffles.

"Se concede permiso de ausencia al 31º de proximo al teniente Newton Calderwood Norcliff, como consecuencia de sus asuntos privados urgentes."

"¡Ja! esto es lo que más *me* preocupa", exclamé mientras leía lo anterior, y luego entregué el libro de órdenes, un cuarto encuadernado en vitela y rechoncha, al ordenanza que estaba en espera.

"¿Alguna idea de a dónde probablemente vamos, señor?" preguntó.

"El Este, por supuesto."

"Así lo dicen los hombres en los barracones; por ahora, adiós, señor", dijo él, mientras giraba sobre su talón espolón y saludaba; "Te deseo un buen viaje."

"Gracias, Stapylton", dije; "y ahora para partir en el tren nocturno hacia Londres y el norte. ¡Uf! la última noche de diciembre; Tendré un viaje frío por ello."

Enviando a mi hombre, Willie Pitblado—de quien hablaré más adelante—al comedor para informar que no cenaría allí esa noche, propuse de inmediato partir hacia casa, decidido a aprovechar al máximo el favor que me concedieran—permiso entre regresos, como se llama técnicamente.

Propongo contar la historia de mis propias aventuras, mis experiencias de vida o autobiografía (lo que quieran); y esto lo haré, ante cierta escritora, que afirma, con cierta verdad, sin duda, que no "cree que haya existido, ni pueda haber en el mundo, una biografía completamente verdadera, sincera y sin reservas, revelando todas las disposiciones, o incluso, sin excepción, *todos los hechos de cualquier existencia*. De hecho", añade, "la cosa es casi imposible; ya que, en ese caso, el sujeto de la biografía debe ser un hombre o una mujer sin reservas, sin delicadeza, y sin esos *secretos* que son inevitables incluso para el espíritu más inoxidable."

Con toda la deferencia a este hermoso escritor, le ruego la esperanza de que exista un espíritu tan sincero; y que, sin violar la delicadeza de esta época algo (externamente) meticulosa por un lado, y sin reservas mojigatas o hipócritas por otro, yo, señor Newton Norcliff, relataré la historia sencilla y sin adornos de la vida de un subalterno de caballería durante los emocionantes acontecimientos de los últimos diez años.

Mi regimiento era de lanceros. No necesito que lo designe más; aunque, por cierto, siempre me ha parecido algo peculiar en nuestra caballería de línea que, aunque tenemos nuestro cuerpo escocés, los famosos viejos Greys, y nada menos que tres irlandeses, no tengamos ni un regimiento inglés designado provincialmente como tal.

Envié una nota de agradecimiento al coronel, entregué mi ganado al cuidado de mi amigo Jack Studhome, el ayudante, y tuve una entrevista apresurada con Saunders M'Goldrick, nuestro pagador escocés—no es que quiera que el lector infiera que él fuera mi principal factor y confianza (¡que Dios ayude a los que están en un regimiento de dragones que así lo vean!).

Contento de escapar, aunque fuera por un breve mes, de la monotonía de los desfiles rutinarios, el servicio de caballeriza, la vida en el cuartel y el bullicio inútil de Maidstone—para estar libre de todo estorbo, comedor, banda y baile, consejos de guerra y tribunales de investigación; desde tener que recordar cuándo tuvo lugar ese desfile, y cuándo ese ejercicio en particular, y todo ese tipo de cosas—contento, digo, de escapar de ser saludado por soldados y centinelas en cada esquina, y de volver a ser señor de mi propia persona, dejé atrás mis atuendos de lancero alegre y retomé el menos falso muftí civil—un traje de tweed cálido y fuerte mezcla de brezo—y sobre las nueve en punto P.M. me encontré, con algo de equipaje ligero de viaje, mi estuche de armas, alfombras de tren, etc. (a cargo de Willie Pitblado, que vestía una librea muy ortodoxa —botas, cinturón y escarabata), esperando el tren de subida hacia Londres, en la estación de Maidstone, y disfrutando de una última charla amistosa y un cigarro con Studhome, mientras paseábamos de un lado a otro por el andén, Y

habló del trabajo diferente que pronto nos tendría que hacer probablemente también, más o menos cuando expirara mi corta baja.

La flota británica ya estaba en el Bósforo; el campo de Oltenitza había presenciado la terrible derrota de los rusos a manos de las tropas de Omar Pasha, generalísimo de la Puerta, vengando la reciente masacre naval en Sinope. No pasó mucho tiempo antes de que los turcos volvieran a salir victoriosos en Citate. El general Luders estaba a punto de forzar su entrada en la Dobrudcha; Gran Bretaña, Francia, Rusia, Turquía y Cerdeña estaban reuniendo a sus anfitriones para la disputa; y en medio de estos graves acontecimientos, que quizá no faltara absurdo, los astutos de ala ancha y cazadores de popularidad de la Sociedad de la Paz enviaron una delegación al emperador Nicolás para exponerle sobre la maldad de sus caminos.

"¡Madre mía! si aquí hace frío, ¿qué encontrarás en casa, en Escocia?" dijo Studhome, mientras caminábamos de un lado a otro; pues no se le puede quitar de la cabeza a un inglés la idea de que la distancia de unas cuatrocientas millas deba suponer una diferencia mayor que la moscovita en suelo y temperatura; Pero hacía frío—intensamente.

El aire estaba despejado, y entre el éter azul las estrellas brillaban intensamente. La nieve, blanca y reluciente, cubría todos los tejados de las casas y la línea del ferrocarril, y el Medway brillaba frío, como plata pulida, bajo los siete arcos de su puente, a la luz de la luna naciente; y ahora, con un silbido agudo y feroz, y muchos gruñidos y golpes rápidos, llegó el caballo de hierro que debía llevarme en mi camino, mientras irrumpía en la estación, con su melena de humo y sus ojos de toro rojos que proyectaban dos constantes destellos de luz sobre la línea de rieles cubierta de nieve.

Los pasajeros estaban todos amortiguados hasta la nariz, y su aliento cubría y ocultaba los cristales de las ventanas cuidadosamente cerradas.

Pitblado me trajo *Punch*, el *Times* y "Bradshaw", y luego se apresuró a asegurar su asiento en segunda clase; Studhome se despidió de mí y se retiró para unirse a Wilford, Scriven y algunos otros del cuerpo, que normalmente se reunían en una sala de billar, cerca del cuartel, dejándome para que arreglara mis varios envoltorios y disfrutara de la compañía de quien él llamaba risueño mi dama del ferrocarril—una mujer robusta con un duendecillo chillón, a quien, a pesar de mi secreto y confidencial consejo de media corona, el guardia engañoso me había impuesto; Y entonces, con otro grito y un golpeteo constante y monótono, el tren salió disparado de la estación. La ciudad desapareció junto con su palacio de justicia del condado, cuarteles, río y la elegante torre de la iglesia de All Saints; y en un abrir y cerrar de ojos pude contemplar el campo nevado que se extendía por millas a cada lado de mí,

mientras recorríamos la línea secundaria hasta el Paddock Wood, o Maidstone Road Junction, del London and Dover Railway, donde tomaba el tren de subida desde Canterbury.

Rápidamente se fue el expreso de primera clase. Las cincuenta y seis millas pronto terminaron, y en una hora estaba en medio del vasto mundo, la naturaleza humana de Londres, incluso mientras la alegre sonrisa y la sincera despedida del digno Jack Studhome parecían quedarse ante mí. ¡Qué glorioso es viajar así, con toda la velocidad y lujo que el dinero en estos días puede ofrecer!

Dentro de cien años, ¿cómo viajarán—nuestros nietos? Solo el cielo lo sabe.

Ahora tenía veinticuatro años. Llevaba seis años con los lanceros, y ya la novedad del servicio—aunque no lo amara menos—se había ido; y me alegré, como he dicho, de escapar durante un mes de una vida de rutina forzada, y de la sucesión nocturna de bailes, fiestas de cartas y cenas entre los charreros de la guarnición o *bellas pasadas*, cuyos nombres y coqueteos son bromas en los desordenados de nuestros desagradecidos lanceros, húsares y guardias de dragones, dondequiera que estén destinados, de Calcuta a Colchester, y de Poonah a Piershill.

Pronto pasó un día en medio del torbellino de Londres, y la noche me vio sentado de nuevo en el *coupé* de un carruaje bien acolchado hacia el norte.

Esta vez estaba solo, y tenía el asiento de sobra para mí solo, para relajarme con toda la facilidad de un sibarita; y con la ayuda de un frasco de brandy, puros y envoltorios y cuadros calientes, se preparó para el monótono viaje de una noche de invierno.

¡Adelante, adelante el tren!

Luces, carmesí y verde, parpadeaban a veces en la oscuridad. Aquí y allá, los altos álamos de los condados del centro se alzaban, como espectros a la luz de la luna, sobre los prados cubiertos de nieve. Hueco retumbamos a través de la negrura subterránea de un túnel; Otra vez en la nieve y la luz de la luna, entre otras escenas y lugares. Pronto, un grito apresurado de algún técnico me haría sobresaltarme justo en vísperas de quedarme dormido; o podía ser una parada repentina en medio del resplandor escandaloso de hornos, fraguas y carboneros, donde, día y noche, por hechizos y bandas, el trabajo incesante continuaba. Luego fue el agudo silbido y el choque del tren, el bullicio, corriendo de un lado a otro de hombres con faroles, los golpes de puertas, pisadas y voces, con el tintinear de martillos sobre las ruedas de hierro, mientras se ponía a prueba su solidez, lo que anunciaba que estábamos en Peterborough, en York o Darlington.

Pero cada estación, tanto si nos demoramos como si pasábamos apresuradamente, parecía maravillosamente parecida. Siempre había repeticiones de los mismos anuncios acristalados en marcos dorados; el mismo enorme mangold-wurzel púrpura, con su mechón de hojas verdes; el mismo hombre con sombrero y sombrilla, con el paraguas de alpaca, bajo la lluvia incesante; las botellas de salsa de Lea y Perrin; la camisa de charol de otra persona; los carteles floridos de *Punch*, el *Illustrated News* y el *London Journal*; y los mismos volúmenes a partes colores de literatura ferroviaria.

Rápidamente atravesamos Inglaterra a toda prisa. Yorkshire y sus Ridings quedaron atrás, y ahora las Borders, la antigua tierra de mil batallas y mil canciones, se acercaban—las valientes Borders verdes, con todas sus solemnes colinas, levantadas a la luz de las estrellas apagadas.

El gris amanecer del día que se avecinaba nos llevó a atravesar el fértil Merse, con destellos del sombrío mar alemán, que derribaba sus olas blanqueadas sobre desolados promontorios de roca, como Dunbar, Fastcastle y el desnudo y negro promontorio de St. Abb. Luego, al acercarme a casa y ver el sol iluminarse en las cumbres nevadas de Dirlton y Traprainlaw, muchas ideas antiguas y olvidadas, y muchos pensamientos tristes y afectuosos de los años pasados, volvieron a la memoria, en la gris hora de la mañana temprana de invierno.

He dicho que solo tenía veinticuatro años entonces. La última vez que recorrí esa línea de vía, fue en la dulce estación del verano, cuando el brezo estaba morado en los Lammermuirs; y un mar de grano dorado cubría todo el hermoso valle del Tyne. Me estaba uniendo a mi regimiento, un chico crudo, descuidado e impulsivo, con esperanza brillante y una ambición vaga en el corazón, y con las lágrimas de una pobre madre aún mojadas en la mejilla.

Llevaba seis años con los lanceros, y cuatro de esos años los pasé en la India. Mientras estaba allí, murió mi querida madre; y el recuerdo de la última vez que vi su rostro amable y afectuoso, y escuché su voz rota, mientras rezaba a Dios para que bendiga mis pasos de despedida, me llegó vívida, poderosa y dolorosa.

Fue la mañana en que yo debía salir de casa y ella para unirse al cuerpo. De la noche a la mañana, con toda la vanidad de un chico y una satisfacción radiante, contemplé mis atuendos de lancero gay, abroché mi espada, me puse el cinturón de cartucho dorado y las charreteras brillantes sobre mis hombros.

En ese momento no habría cambiado mi corneta por el reino de Escocia. Estos adornos seductores fueron lo último en lo que pensé y miré antes de que mis ojos se

cerraran por el sueño, y el gris amanecer del siguiente día lleno de acontecimientos los vio aún sin hacer las maletas en el suelo, cuando mi pobre madre, pálida, ansiosa, sin dormir, y con sus tristes ojos llenos de lágrimas y el corazón retorcido de tristeza, se coló suavemente en mi habitación, para mirar por última vez a su niño dormido, y su rostro triste y sincero fue la primera imagen que vi al despertar, cuando una lágrima cayó sobre mi mejilla.

Me levanté, y toda la conciencia de la gran separación que iba a seguir—el terrible desgarramiento del corazón que estaba por venir—estalló sobre mí. Luego se olvidaron la espada y las charreteras, la gorra y la pluma, y los lanceros; y rodeándole el cuello con los brazos, como había hecho en los días de dolor infantil, lloré como el niño que era, en vez del hombre que imaginaba ser.

Ya me iba a casa; pero no debería volver a ver ese rostro querido, y su voz se apagó para siempre.

En ese hogar había otros, que eran amables y gentiles, que me querían mucho, esperando mi llegada y para darme la bienvenida. Y estaba mi prima Cora Calderwood—que seguía soltera.

Cora estaba a punto de volver a verla. Parecía mucho, mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, aunque habíamos mantenido correspondencia con frecuencia, porque a mi tío le horrorizaba escribir cartas; y estaba seguro de que ella había inspirado la primera emoción de amor en mi corazón de colegial, y durante mi estancia en la India, y en medio del torbellino y la alegría de la vida en barracones en Bath, en Maidstone, en Canterbury y en otros lugares, su imagen había permanecido en mi mente, más como un agradable recuerdo relacionado con ideas sobre Escocia y mi hogar, en lugar de con aquellas de apego apasionado o duradero.

De hecho, justo estaba a punto de formar eso en otro sitio; pero ahora, al no sentir atracción inmediata a mi lado, empecé a preguntarme si Cora había crecido siendo una belleza; lo alta que era, si estaba prometida, y demás; si aún recordaba con placer a la joven compañera de juegos que la había dejado profundamente disuelta en lágrimas, mitad amante y amiga completa.

A medida que avanzábamos hacia el norte y cruzábamos el Firth of Forth, la nieve casi desapareció por completo, salvo en las altas cumbres de las montañas Ochil, cuyas laderas lucían verdes y agradables bajo el sol meridiano; y mi amigo Studhome, si hubiera estado conmigo, podría haberse sorprendido mucho al encontrar la atmósfera más cálida al norte del puente de Stirling que en Maidstone—tan variable es nuestro clima.

Cambiamos de carruaje en Stirling, donde yo iba a tomar un café caliente, mientras Pitblado cuidaba de mi equipaje y juraba sin palabras medidas la lentitud de un viejo, cínico y de rostro duro, en cuya insignia de latón estaba grabada un lobo—la insignia de Stirling.

"¡Venga, atento, viejo tonto!" Oí a Willie gritar.

"¡Ou, sí!" respondió el otro despacio, con una sonrisa en su rostro curtido y saturnino; "Crees que eres un chile de pelo con tus bigotes y chaqueta de encajes—hubo un tiempo en que yo también me creía uno."

"¿Qué quieres decir?" preguntó Pitblado, cuyo aire de dragón ni siquiera su librea lograba ocultar.

"¡Mala!" replicó el otro; "Quiero decir que en el momento de la bayoneta ayudé a llevar Badajoz y Ciudad Rodrigo además; Y ahora, para los baubees de saxofón, estoy agradecido de poder llevar tu bolsa. ¡Sae muckle por el maldito!"

"No es muy alentador, ciertamente", dijo mi hombre, con una sonrisa.

"Diez años de servicio, dos heridas y una pensión diferida de tres peniques por dieta", gruñó el otro, mientras lanzaba mis trampas, con un juramento, sobre el techo del carruaje.

"¿Qué regimiento, amigo mío?" Pregunté.

"La antigua brigada escocesa, segundo batallón, señor", respondió, saludando, mientras yo le deslizaba un trozo en la mano.

"Aquí parece que hace tiempo libre y agradable."

"Sí", dijo él, con otra sonrisa saturnina; "Pero una Navidad verde hace un cementerio de kirkship gordo."

En cinco minutos más *estábamos en camino*, avanzando por la pequeña y solitaria línea ramal que, a través de valles cubiertos de hierba, donde los corredores medio helados rezumaban o gorgoteaban entre juncos marchitos y helechos, nos llevó al corazón de Fife—"el reino", como lo llaman los escoceses; no es que nunca lo haya sido en la antigüedad, sino porque el condado peninsular contiene en su ser compacto e industrial todos los medios y requisitos para el sustento de sus habitantes, independientemente de la producción de todo el mundo exterior—al menos, tal es su jactancia.

Me acercaba cada vez más a casa; y ahora mi corazón latía alto y feliz. Cada elemento local y sonido informal, las pequeñas cabañas con techo de paja, con risas oxidadas y antiguas en sus puertas,[*] y el ruido de los telares de madera en su interior, me resultaban familiares. Pasamos junto al pintoresco pueblo y el alto y demacrado castillo de Clackmannan, donde su anciano chatelaine —el último de la antigua línea Bruce— *nombró caballero* a Robert Burns, con la espada del vencedor de Bannockburn, diciendo, con sequedad, que ella "tenía más derecho que algunas *personas*", y pronto vi las agujas que ensombrecen las tumbas de Roberto I y muchos monarcas escoceses, mientras pasábamos por Dunfermline, vieja y gris, con su glorioso palacio en ruinas, donde Malcolm bebía el vino rojo sangre, y donde nació Carlos I, y sus empinadas y pintorescas calles cubriendo la cima de una cresta inclinada que termina abruptamente en el valle boscoso de Pittencrief.

[*] El viejo pin escocés de cansas —que ahora no se encuentra en ningún otro lugar salvo en Fife— en lugar de campanas y aldabones.

Mi alegría fue compartida plenamente por Willie Pitblado, mi sirviente, hijo del viejo Simon, el cuidador de mi tío. Era un lancero en mi tropa, para quien había conseguido un mes de permiso; así, los setos donde había anidado con pájaros, los campos donde cantaba y silbaba al arado, las puertas de la granja en las que se había colgado durante horas—un chico absentista del colegio—los bosques de Pitrearie y Pittencrief, los viejos muros grises de la abadía y la torre cuadrada que cubre la tumba de Bruce, eran todos aclamados por Willie como viejos amigos; y curiosamente, su dórico escocés volvió a su lengua con el aire que respiraba, aunque casi se lo habían echado a prueba nuestros lanceros, casi todos ingleses.

Era un tipo inteligente, apuesto y con aspecto de soldado, que prefería ser "la moda" entre las sirvientas de la vieja casa, la granja y el pueblo adyacente, y una fuente de irritación para sus admiradores campesinos con clavos de clavos.

A pocos kilómetros más allá de la ciudad vieja bajé del tren y, dejándole seguir mi equipaje en un carro de perros, atravesé los campos por un sendero cercano que recordaba bien, y que sabía que me llevaría directamente a Calderwood Glen, la residencia de mi tío, Sir Nigel—salvo Cora, casi la última relación que tenía ahora en la tierra.

CAPÍTULO II.

Pura como la corona de nieve plateada

Que yace en la colina invernal de allí,

¿Son todos los pensamientos que fluyen en paz,
Y con pura alegría mi pecho se llenó.
Suave como el aliento matutino de la dulce primavera,
O el céfiro del verano, que vagan;
Hasta que mi pecho se vuelva más amable,
Y sueña contigo y con todo en casa.

El día de invierno era frío y despejado, pero sin heladas, salvo en las cimas de las montañas, donde yacía la nieve. Aunque la vegetación debería haber estado latente, las tierras altas en crecimiento, las colinas y branas pastoriles de Fife, parecían verdes y fértiles; y hubo un brote prematuro de brotes jóvenes, que la helada amarga de mañana podría destruir por completo.

Los fuegos brillaban rojos a través de las pequeñas ventanas cuadradas de las cabañas al borde del camino, y desde sus enormes chimeneas de piedra el humo ascendía al aire en volúmenes pesados, que hablaban de calor, comodidad y trabajo interior. Pronto pude ver los bosques, todos desnudos y sin hojas, que cubrían las laderas de Calderwood Glen, y las veletas de la vieja casa brillando a la luz del sol poniente, que se extendía por la verde ladera del Lomond occidental.

Pasé desapercibido por el pueblo apartado que, sabía, se alzaba al borde de la propiedad de mi buen tío, y donde los viejos carteles de la herrería, la panadería y la taberna me resultaban familiares. El reloj de la antigua iglesia gótica dio las tres horas, lenta y deliberadamente, como solo hacen los relojes de este tipo en el campo.

Hace muchos años, en la infancia, recordaba la voz familiar de ese monitor del pueblo. ¡Qué cambios habían ocurrido desde entonces, en mí y en los demás, e incluso en la escena que me rodeaba! ¿Cuántos, cuya rutina diaria y cuyos trabajos—la herencia del esfuerzo—estaban sincronizados con su campana y carátula, estaban ahora en otras tierras, o durmiendo en sus humildes tumbas bajo la sombra de la aguja, y sin embargo el viejo reloj cubierto de musgo seguía haciendo tic-tac!

Desde entonces había crecido hasta la edad adulta, había visto morir a muchos de los más queridos de mis parientes. Desde entonces me había convertido en soldado, había servido en la India y en el estado mayor durante la última guerra birmana. Durante el bombardeo de Rangún, recibí una herida en el ataque nocturno del enemigo a nuestro campamento en las alturas de Prome.

Miles de escenas conmovedoras y rostros extraños habían pasado ante mí. Había cruzado dos veces el gran Atlántico e Índico, y había pasado dos veces por el Cabo, en la primera ocasión mirando con ojos ansiosos y el corazón envidioso cada navegación de regreso a casa; y ahora todos estos acontecimientos parecían un largo sueño, y como si fuera ayer la última vez que escuché la voz del viejo reloj del pueblo.

En ese fane desgastado, Row, el Covenanter, había predicado, y también el gran arzobispo—Sharpe, el regente, o el mártir (que lo harás), que murió en Magus Muir; y, para que lo maravilloso no falte, existe una leyenda que nos dice que, el año antes de que los covenanters invadieran Inglaterra y asaltaran Newcastle, dañando gravemente el mercado del carbón de Londres, solía salir del desván vacío donde, en tiempos católicos, se encontraba el órgano, con el sonido de tal instrumento en pleno ejecución, junto con las voces de los coristas cantando un gran y antiguo canto gregoriano. Estos sonidos solo se oían por la noche, o en otros momentos en que la iglesia de Calderwood estaba vacía, pues en cuanto alguien entraba, cesaban y todos quedaban quietos—quietos como los Calderwood muertos del Glen y de Piteadie, extendidos en efigie, cada uno sobre su pedestal de piedra, en el pasillo de Santa Margarita; Pero esta maravilla era universalmente creída como la presagio del regreso definitivo de la Prelacy.

La velocidad del ferrocarril aniquila tan rápida y totalmente la extensión del tiempo y el espacio, que parecía difícil aceptar el hecho de que, hace apenas veinticuatro horas, había estado en mis aposentos en los cuarteles de Maidstone, o en medio del esplendor de un hotel de moda en Londres; Y sin embargo, así fue.

Caminando profundamente entre las hojas frescas y marchitas del año anterior, avancé por la sombría y sinuosa avenida, con el corazón que latía más rápido al acercarme a un hombre cuya figura recordé al instante, pues era mi amigo temprano, mi segundo padre, mi tío materno, el buen y viejo Sir Nigel Calderwood. Ocupado con un deshierbedor, que siempre llevaba y con el que estaban abastecidos los extremos de todos sus bastones, estaba decidido a arrancar alguna mala hierba molesta; así podía acercarme a él sin ser observado. Parecía tan robusto y sano como la última vez que lo vi. El cabello canoso, que solía escapar bajo su despierto bien gastado, era más fino y plateado, quizás; Pero el viejo sombrero tenía su habitual hilera de moscas y anzuelos, y su rostro seguía tan sonrojado como siempre, y hablaba de buena salud y ánimo. Se inclinó un poco más, sin duda; pero su figura seguía robusta y, como de costumbre, vestida con un rústico traje de tweed gris, con sus robustas piernas cubiertas por largos leggings de cuero marrón, que habían sido muy utilizados en su tiempo entre los nabos y el brezo en temporada de caza, y en los arroyos que cruzan el fértil Howe de Fife.

Un viejo otter terrier medio ciego y jadeante se acercaba sigilosamente a sus talones cuando yo me acerqué. Con una reverencia educada, el digno baronet observó, pero no me reconoció, y esperó, con una mirada inquisitiva, hasta que hablara; pues, por decirlo, en la figura alta y bastante bien tejida, el rostro bronceado y los pesados bigotes que mostraba, apenas se podía esperar que reconociera al joven delgado y sin barba, cuyo corazón pesaba tanto cuando fue alejado de los brazos de su madre, para abrirse paso en el mundo como corneta de caballería unos seis años antes.

"¡Tío—Sir Nigel!" dije yo, con una voz que se volvió temblorosa.

"Newton—mi querido muchacho, Newton—¿estoy ciego por no haberte reconocido?" exclamó, mientras me agarraba la mano y me rodeaba con un brazo; "¡Bienvenidos de nuevo a Calderwood—bienvenidos a casa—¡y también al segundo día de Año Nuevo! ¡que muchos, muchos y felices regresos de la temporada sean tuyos, Newton! ¡Qué hombre más grande te has convertido desde la última vez que te vi en Londres—todo un dragón!"

"¿Y cómo está Cora—está contigo, por supuesto?"

"Cora está bien; y aunque no es una chica apuesto, ha crecido siendo una mascota amable y gentil, que vale su peso en oro; Pero verás—verás, y juzgarás por ti mismo. La casa está llena de visitantes ahora mismo—tengo gente agradable a la que presentarte."

"Gracias, tío; pero tú y Cora erais todo lo que quería ver."

"¿Pero cómo es que estás aquí solo, y a pie también?"

"Salí del tren en la estación de Calderwood y quise regresar tranquilamente a la vieja casa, sin ningún problema."

"¿De hecho, para adelantarse a nosotros?"

"Sí, tío, me entiendes", dije, mirando a sus ojos oscuros y claros, que me miraban con una expresión de gran afecto, que recordaba el recuerdo de mi madre, su hermana menor y favorita. "Pitblado vendrá con mis trampas antes de cenar."

"Ah, Willie, ¿el hijo del viejo guardián?"

"Sí."

"¿Y cómo está?"

"Muy bien, y se ha vuelto tan lancero que temo que habrá un gran tirón de gorros entre las criadas. No quiero mantenerlo fuera de las filas, pero el digno no me deja."

"Muchas buenas bolsas de urogallos de los campos de allá y de los Lomonds, y muchas buenas cestas de truchas del Edén, han traído al pobre Willie para mí. Pero, por aquí; tomaremos el corte cercano junto a la casa del guardián; ¿No has olvidado el camino?"

"No lo creo, tío; por el Craig de la Víbora y la vieja Piedra de Batalla."

"Exacto. Me alegro mucho de que hayas venido en este momento; Tengo noticias para ti, Newton—noticias tan grandes, chico."

"¿De verdad, tío?"

"Sí", continuó, riendo a carcajadas.

"¿Cómo?"

"Calderwood Glen es ahora mismo una simple trampa para hombres."

"¿De qué manera?"

"Aquí tenemos al viejo general Rammerscales, del ejército de Bengala, que ha vuelto con un problema de hígado, y una cara tan amarilla como un ranúnculo, y a su pálida sobrina—una chica que vale Dios sabe cuántos sacos o lacs de rupias (aunque, por más que lo intento, nunca supe qué o cuánto es un lac). También tenemos a Spittal de Lickspittal y ese Ilk, diputado por el interés liberal (y más particularmente por el suyo propio), con sus dos hijas, chicas bastante guapas; y tenemos a esa hermosa rubia, la señorita Wilford, que tiene una prima en su regimiento—una heredera de Yorkshire, con la que todos los hombres coinciden que sería tal esposa. También tenemos a la condesa de Chillingham y a su hija, Lady Louisa Loftus, realmente una chica encantadora; así que, como te dije, Newton, la vieja casa está atraída como una trampa normal para ti."

Si la percepción de mi tío hubiera sido más clara, o si hubiera estado usando menos vigorosamente su deshierba, mientras seguía corriendo así, no podría haber dejado de observar lo poderosamente que me afectaba el apellido que pronunciaba.

Tras una pausa—"En ninguna de tus cartas", dije yo, "mencionaste que Lady Loftus estaba aquí?"

"¿No es así? Pero Cora es tu principal corresponsal, y sin duda lo hizo."

"Al contrario, mi prima nunca se refirió a ella."

"¡Qué raro! Lord Chillingham nos dejó hace una semana con prisa para asistir a una reunión del Gabinete; Pero sus mujeres llevan casi tres meses viniendo aquí. Persona

encantadora la condesa—encantadora, sin duda; pero la hija es toda una Diana. La has conocido antes—ella nos lo dijo, y ya he tomado una decisión—ah, ¿sabes qué, sinvergüenza—eh?"

Lo que mi tío había decidido no era muy evidente; Pero terminó su frase pinchando el deshierba-hierbas bajo mis costillas.

"Que me case con prisas y me arrepienta con calma, eh, tío—¿es por esto que has tomado la decisión?"

"Soy un hombre de la vieja escuela, Newton; pero odio los proverbios y todo lo antiguo, excepto el vino y la buena educación."

"¿Sabes, tío", dije yo, cambiando de tema, "que los lanceros están bajo órdenes para Turquía?"

"Donde las mujeres son mantenidas bajo llave, compradas y aisladas de la sociedad; igual que en Gran Bretaña se les arroja a la venta para su trabajo."

"Y así, querido tío, suponiendo que un joven lancero animado sea un excelente marido para tu noble y hermosa *protegida*, estás decidido a convertirte en víctima de mí, ¿no es así?"

"Exactamente; Pero según el antiguo uso y costumbre en el drama y el romance, no debes ser uno voluntario; debes estar preparado para odiarla cordialmente a primera vista y para preferir a otra persona—por supuesto, alguna dama de pueblo, de humilde pero respetable ascendencia", respondió Sir Nigel, riendo.

"¡La odio—prefiero otra!" Exclamé; "Al contrario, yo—yo——"

No sé qué iba a decir, ni hasta dónde podría haberme traicionado a mí mismo. La sangre me subió a las sienes y me sentí eufórico y confundido, pues el amable viejo baronet sabía poco de la pasión desesperada con la que el bello de quien hablaba ya me había inspirado.

"¿Has conocido a Lady Lousia antes, dices?"

"No, fue ella quien dijo que me había conocido", respondí, contenta de recordar con este comentario trivial que no me había olvidado.

"Ah, en efecto—en efecto; ¿dónde?"

"Oh, en Canterbury, en Tunbridge Wells, Bath; Todos esos lugares donde hay que conocer gente. En Londres también la vi presentada en la Corte."

"¡El dos! Parece que tú y ella habéis ido con correa", dijo Sir Nigel, riendo, mientras el rubor se me volvía a intensificar la mejilla; "Pero debes estar elegante, porque uno de tus compañeros que está aquí siempre colga de ella."

"¿Uno de *los nuestros*?" Exclamé, asombrada.

"Sí; un hombre solemne, sombrío y dandandado, a quien conocí en los tiroteos de Chillingham en el norte, e invité a pasar aquí las últimas semanas de su permiso, como íbamos a tenerle con nosotros; y no escatimó esfuerzos para hacerme ver que era un amigo particular para ti."

"¿Es el capitán Travers—Vaughan Travers? Está de permiso."

"No; es el teniente De Warr Berkeley."

"¡Berkeley!" repetí, con cierto disgusto y con una emoción de tal molestia inconcebible que apenas pude ocultarla; pues decididamente fue el último hombre de nuestro que me habría gustado encontrar domesticado en Calderwood Glen.

Berkeley era lo suficientemente bien para encontrarse en la sociedad masculina, en el comedor, en el desfile, en el césped o en el campo de caza; pero aunque apuesto y perfectamente educado, pues sus modales eran generalmente incuestionables, no era un hombre para el salón. Era dueño de una espléndida fortuna, que le dejó su padre, un simple escocés que había comenzado su vida como carretero y cuyo patronímico era simplemente John Dewar Barclay. Se convirtió en un acaudalado cervecero, y de alguna manera su hijo, como todos esos *parvenus*, despreciando su nombre, fue enviado a los lanceros como De Warr Berkeley, y por ello su nombre figuró en la "Lista del Ejército".

La fortuna cuidadosamente adquirida por el viejo cervecero lento la gastó libremente, y sin ser lujoso, aunque como joven de Eton y después como caballero plebeyo de Christchurch, se había sumergido en la disipación que hizo que su nombre fuera proverbial. Era uno de esos *viejos* sistemáticos a los que madres prudentes excluían cuidadosamente de la compañía de sus hijas, sin ningún oficio, uniforme de caballería, fortuna, su persona decididamente atractiva y su porte, que tenían todo el "tono de la sociedad"—sea lo que sea que eso signifique.

Por eso me provocó bastante descubrir que el amable y bienintencionado pero torpe viejo baronet lo había instalado en Calderwood, como amigo de mi bonita prima Cora y admirador de Lady Louisa. Mientras pensaba en todo esto, su nombre debió de haberse escapado, porque mi tío me sacó de un ensoñamiento diciendo—

"Sí; ¡Es encantadora, una chica espléndida, de verdad! Quizá un poco demasiado majestuoso; pero prefiero tener a mi pequeño capullo de rosa, Cora, con su peculiar manera de conquistar. Lady Louisa puede ser toda cabeza—como creo que lo es; pero nuestra Cora es todo corazón, Newton—¡todo corazón!"

"¿Y Lady Louisa es toda cabeza, crees, tío?"

"Lo veía de un vistazo—sí, con medio ojo; y sin embargo, hay momentos en los que desearía que Cora hubiera sido un niño——"

Mi tío se apoyó en su bastón y suspiró.

Su hijo mayor había muerto en los 12º Lanceros, en la batalla de Goojerat; el otro había muerto prematuramente en el College—una doble pérdida, que tuvo un efecto fatal en su delicada madre, entonces en la última fase de una enfermedad mortal. Ahora el afecto del solitario Sir Nigel se centraba en Cora, su única hija, la niña de sus últimos años; y así me tenía un gran respeto como hijo de su hermana menor; pero lamentó en secreto que su baronetazgo—uno de los más antiguos de Escocia, creado en 1625 por Carlos I—pasara de su familia.

Sir Norman Calderwood de The Glen, que había acompañado a la princesa escocesa Elizabeth Stuart a Bohemia, fue el primero patentado entre los baronetes de Nueva Escocia; y por ello fue titulado *Primus Baronetorum Scotiæ*, un prefijo del que mi tío, como sus antepasados, no era poco vanidoso.

"Las propiedades están vinculadas", dijo él, siguiendo esta línea de pensamiento; "fueron de los primeros que lo fueron cuando el parlamento escocés aprobó la Ley de Entail en 1685; Y aunque vayan, como sabes, a una rama colateral remota, el baronetazgo termina conmigo. Cora quedará bien y hermosamente abandonada; pues tendrá la propiedad de Pitgavel, que, junto con sus minas de carbón y hierro, produce dos mil al año limpio. Y tú, muchacho mío, Newton, descubrirás que, pase lo que pase, no eres olvidado."

"Tío, ya has hecho tanto por mí——"

"¿Mucho, Newton?"

"Sí, querido señor."

"¡Cosas! Te preparó para los Lancers—eso es todo."

"Has hecho más que eso, tío——"

"He depositado el dinero de compra para su tropa con los señores Cox y Compañía; pero la mayor parte de ese dinero, en otras circunstancias, debió haberse gastado en sus primos, si hubieran vivido. Así que, gracias al destino y a la fortuna de la guerra, no a mí, chico, no a mí. Pero hay momentos, especialmente cuando estoy solo, en los que me duele pensar que, en lugar de dejar un heredero al antiguo título, un niño yace en su tumba en la vieja iglesia de allí; y el otro, muy, muy lejos, en el campo de batalla de Goojerat."

Sacudió su cabeza blanca, y su voz se volvió temblorosa, su barbilla se hundió en su pecho, y añadió—

"¡Mi pobre Nigel!—¡mi guapo Archie!"

El baronet era un hombre apuesto, de más de seis pies de altura y, aunque ahora estaba un poco encorvado, estaba erguido como una pica. Poseía rasgos finos y aquilinos, una tez rojiza y saludable; ojos claros y gris oscuro brillantes; una boca bien formada, aunque no muy pequeña; y una barbilla escocesa, de una curva que demuestra perseverancia y decisión. Su pelo era casi blanco, pero había mucho; sus manos, aunque marronadas por la exposición y rara vez enguantadas—pues el fusil, la vara, el látigo de montar y la piedra rizada siempre estuvieron en ellas por turnos—estaban bien formadas, y mostraban por su forma y uñas que era un caballero de buena sangre y linaje. He descrito su sencillo traje, y no tenía adornos, salvo un silbato de plata en el ojal y un gran anillo de sello de oro, que perteneció a su abuelo, Sir Alexander Calderwood, quien comandaba una fragata bajo el mando del almirante Hawke, en la flota que, en 1748, combatió y venció a los galeones españoles entre Tortuga y La Habana.

Un robusto viejo terrateniente de Fifeshire, orgulloso de una larga línea de antepasados escoceses belicosos, sin mancha de sangre extranjera, solía presumir de que ni danés ni normandos —la extraña fanfarronería y orgullo del inglés— podían encontrarse entre ellos; sino que venía de una raza que—como la llaman con fuerza nuestros habitantes de las Tierras Altas—había surgido de la tierra y era autóctona de ella.

Pero, en efecto, la supuesta descendencia extranjera de casi toda la aristocracia escocesa es una farsa absurda, que existe en su propia imaginación, surgida de la ignorancia de los escritores latinos monásticos, que en rollos e historias prefijaron el normando *de o le*, en muchos casos, a los patronímicos y apellidos celtas más comunes.

Sir Nigel había "desfilado", para usar una expresión de barracón, a más de un hombre en su juventud, y gozaba de la reputación de ser un tirador desagradablemente bueno con su pistola. Recordaba haber compartido la ira del alto partido tory entre los señores de Fife, cuando Sir Alexander Boswell, de Auchinleck, fue fusilado por James Stuart, de Dunearn, en un duelo solemne, donde se combinaron rencores personales y políticos, en Balmuto, por lo que el vencedor tuvo que huir a Inglaterra, y de allí a Francia.

"Me pareció extraño, al reflexionar, Newton", he oído frecuentemente decir a Sir Nigel, "que el pobre Boswell fuera el primero en proponer en el Parlamento la derogación de nuestros antiguos estatutos escoceses respecto a los duelos, y que, al fin y al cabo, cayera por un simple squib de periódico, en el que quizá Sir Walter Scott tuviera tanta culpa como él."

CAPÍTULO III.

Canta, dulce mavis, tu canción para todos,

Eres querido por los ecos de Calderwood Glen;

Querida para este pecho, sin corazón y conquistadora,

Es la encantadora joven Jessie, la flor de Dunblane.

TANNAHILL.

"Aquí está la vieja casa, y aquí estamos por fin, Newton", dijo mi tío, cuando un brusco giro del sendero privado a través del bosque nos llevó de repente frente a la antigua mansión en la que, tras la temprana muerte de mi padre, pasé mi infancia.

Se encuentra en una depresión o valle bien arbolada, dominada por los tres Lomond de Fife—un condado que, aunque no es famoso por su paisaje pintoresco, puede mostrarnos muchos paisajes pacíficos y hermosos.

Calderwood es simplemente una antigua casa señorial, o fortaleza, como algunos miles de otras en Escocia, que tiene una especie de torre de homenaje con edificios adyacentes, erigidos durante periodos más tranquilos o recientes de la historia escocesa que la primera vivienda, que sufrió gravemente durante las guerras entre María de Guisa y los Señores de la Congregación, cuando los soldados de Desse d'Epainvilliers volaron una parte de ella con pólvora—un acto terriblemente vengado por Sir John Calderwood de The Glen, que había sido chambelán de Fife y capitán del castillo de St. Andrew's para el cardenal Beaton. Al superar a un grupo de las Bandes

Francesas en los Bosques de las Malvinas, los derrotó con considerable matanza y colgó al menos una docena de ellos en los robles del parque del palacio.

Las últimas incorporaciones se realizaron bajo la supervisión de Sir William Bruce de Kinross, el arquitecto de Holyrood —el escocés Inigo Jones— unos ciento noventa años antes del periodo actual, y por tanto eran algo floridas y palladianas en su estilo, sus pilastras acanaladas y cornisas y capiteles romanos contrastando singularmente con la severidad sombría y las ventanas fuertemente rejaladas de la antigua torre, que se fundó sobre una masa de roca gris, alrededor de la cual se extiende un jardín en terrazas.

Dentro de esta parte más antigua, las habitaciones eran extrañas y pintorescas, con tejados arqueados, muros de zócalo y chimeneas bostezadoras, húmedas, oxidadas, frías y desolácidas, donde la atmósfera parecía como si los Calderwoods muertos de otros tiempos los visitaran y permanecieran allí apartados de los amigos a la moda de sus descendientes en la mansión más moderna; y dentro de la torre Sir Nigel atesoraba muchas reliquias antiguas del palacio de Dunfermline, que, cuando su techo se derrumbó en 1708, fue literalmente saqueado por la gente.

Así, en una habitación, tenía la cuna de Jacobo VI y la cama en la que había nacido su hijo, Carlos I; en otra, un gabinete de Ana de Dinamarca, una cátedra de Roberto III y una espada del regente Albany.

El dominio (Scotice, "política") alrededor de esta pintoresca casa antigua estaba abundantemente salpicado de gloriosos árboles antiguos, bajo los cuales pastoneaban manadas de ciervos, de un tamaño, fuerza y ferocidad desconocidos en Inglaterra. La majestuosa puerta de entrada, que ostentaba la palmera de los Calderwoods, emblema de las cruzadas, y la larga avenida, de dos millas escocesas, y la mansión medio almenada que terminaba su vista arbolada, eran muy adecuadas para la residencia de quien cuyos padres habían salido a defender el estandarte de María en Langside, y el de Jacobo VIII. en la batalla de Dunblane.

Aquí estaba el pozo donde el cazador y soldado, Jacobo V, había saciado su sed en el bosque; y estaba el roble bajo el que su padre—que cayó en Flodden—disparó al monarca de la manada con un solo virote de su ballesta.

En resumen, Calderwood, con todos sus recuerdos, era un epítome completo del pasado.

El Eastern Lomond (llamado, como sus hermanos, de Laomain, un héroe celta), ahora enrojecido por el sol poniente, parecía hermoso con la vegetación verde que lo cubre en todas las estaciones hasta la cima, al acercarnos a la casa.

Ascendiendo hasta la puerta de entrada ricamente tallada, donde una, de roble y hierro, había dado paso a otra de cristal, apareció un lacayo, empolvado, preciso, decorado y aguillado, con la habitual amplitud de pantorrilla y el ángulo facial agudo de su notable fraternidad; Pero antes de que pudiera tocar el pomo, esta se abrió de golpe, y una joven atractiva, con un rostro floreciente, ojos brillantes y una sonrisa brillante y alegre, bajó corriendo las escaleras para encontrarse con nosotros.

"Bienvenido a Calderwood, Newton", exclamó; "Que nuestro año nuevo sea feliz."

"Muchas felices que sean tuyas, Cora", dije, besándole la mejilla. "Aunque he cambiado desde la última vez que nos vimos, tus ojos han demostrado ser más claros que los de tu tío, porque, en realidad, él no me conocía."

"Oh, papá, ¿fue así?" preguntó, mientras sus finos ojos brillaban de diversión y placer.

"Un hecho, querida niña."

"¡Ah! Nunca podría ser tan aburrido, aunque tengas esos nuevos apéndices de dragón", dijo ella, riendo, mientras yo pasaba su brazo por el mío, y pasábamos por un largo y majestuoso pasillo, amueblado con armarios, bustos, cuadros y cotas de malla, hacia el salón; "Y aún no estoy casada, Newton", añadió, con otra sonrisa radiante.

"Pero debe haber algún hombre favorito, ¿eh, Cora?"

"No", dijo, con un matiz de altivez sobre su juguetonía, "ninguna."

"Tiempo suficiente para pensar en casarnos, Cora; pues solo tienes diecinueve años, y espero bailar en tu boda cuando regrese de Turquía."

"Turco", repitió, mientras una nube cubría su rostro puro y feliz; "Oh, no hables de eso, Newton; ¡Lo había olvidado!"

"Sí; ¿Te parece un tiempo largo o dudoso para esperar?"

"Parece que ambas cosas, Newton."

"Bueno, primo, con esos suaves ojos violetas tuyos, y esas trenzas negras y brillantes (el tentador muérdago está justo sobre tu cabeza), y con el amor por los gorros, los guantes bien ajustados y las botas de niño, vestidos siempre nuevos y de todos los tonos, no puedes dejar de conquistar, cuando quieras."

Me lanzó una mirada completa y aguda, que parecía expresar molestia, y dijo, con un pequeño suspiro—

"No me entiendes, Newton. Llevamos tanto tiempo separados que creo que ya has olvidado todas las peculiaridades de mi carácter."

"¿Qué demonios puede querer decir?" pensé.

Mi prima Cora estaba en plena floración. Era guapa, notablemente guapa, más que hermosa; y por algunas mujeres quedaba bastante eclipsada, incluso cuando su mejilla se sonrojaba y sus ojos, de un gris violeta profundo, se iluminaban mucho.

Era de estatura media, finamente redondeada, con hombros, brazos y manos exquisitos. Sus rasgos eran pequeños y quizás no del todo regulares. Sus ojos eran alternando entre tímidos, inquisitivos y llenos de animación; Pero, en realidad, su expresión siempre cambiaba. Su pelo era negro, espeso y ondulado; y mientras la miraba, y pensaba en sus encantos presentes y en tiempos pasados—y más que en todo el respeto paternal de mi tío hacia mí—sentía que, aunque me gustaba mucho, de no ser por otra podría haberla amado más profundamente y con más ternura. Y ahora, como para interrumpir, o más bien para confirmar el tono de pensamientos como estos, dijo, cuando una dama se acercó de repente a la puerta del salón, por la que estábamos a punto de entrar—

"Aquí hay uno, un amigo, a quien debo presentarte."

"No hace falta presentación", dijo la otra, mostrando la mano. "He tenido el placer de conocer al señor Norcliff antes."

"¡Lady Louisa!" Exclamé, con voz entrecortada y el corazón que temblaba de emoción repentina, al tocar su mano.

"Me alegro tanto de que hayas venido antes de que nos vayamos. Tendré mucho que preguntarte sobre nuestros amigos en común—que están comprometidos y que han discutido; que han vuelto a casa y que se han ido al extranjero. Llevamos no menos de cuatro meses en Escocia. Mientras tanto," añadió, mirando su pequeño reloj, "debemos vestirnos para la cena. Ven, Cora; apenas tenemos media hora, y el viejo general Rammerscales es tan impaciente—estudia 'tiempo militar', y con 'apetito militar'."

Y con una reverencia y una sonrisa de gran brillo y dulzura se marchó, llevándose consigo a Cora, que me besó juguetonamente la mano mientras subían la gran escalera a la que se abría el largo pasillo.

Lady Louisa era más alta y grande en persona que Cora. Sus rasgos eran singularmente bellos y claramente marcados; su frente estaba baja; y su nariz tenía el enfoque más suave hacia la aquilina. Estaba sin color, su tez era pálida, quizá

cremosa; aunque en extraño contraste con esta palidez aristocrática de delicadeza, su cabello espeso y ondulado, sus largas dobles pestañas y sus ojos siempre brillantes eran negros como los de un gitano español o un gitano galés.

A esta pálida belleza se añadió un porte alternado entre la altivez y la juguetona, pero en todo momento completamente seguro de sí mismo; un exquisito gusto en vestimenta y joyería; una voz muy cautivadora; un poder de invertir incluso en interés y de conversar con fluidez y gracia sobre cualquier tema—fuera o no la señora de ello le importaba poco a Lady Louisa.

Tenía más o menos mi edad, quizá unos meses menos; pero en experiencia del mundo de la moda y en conocimiento de las costumbres e ideas de los diez mil más altos, ella era cien años mayor que yo.

Basta decir que había perdido mi corazón por ella—que pensaba que lo sabía bien, pero temía o despreciaba reconocer un triunfo tan pequeño como la conquista de un teniente de lanceros entre los muchos otros que había alcanzado. Así pensé yo, con la humildad airada y la amargura celosa de mi corazón.

Por un momento me sentí como uno en un sueño. Tenía sentido que mi tío había dicho algo sobre cambiarse de traje y, sugiriendo algún cambio en el mío, se disculpó y me dejó quedarme en el pasillo o en el salón, según quisiera; pero ahora una persona, que había estado tumbada en un *fauteuil* en este último, decidida a leer un volumen de *Punch*, y cuyas suelas de botas vidriadas habían estado dirigidas hacia mí, se levantó de repente y se acercó, vestida con un traje de noche completo.

Resultó ser nada menos que nuestro de Berkeley, que había estado solo en la sala, o al menos a solas con Lady Louisa Loftus. Se acercó lentamente, con su aire despreocupado, como si el esfuerzo de caminar fuera un aburrimiento, y con las gafas en su lugar por una contracción muscular de la ceja derecha. Todo su aire tenía el porte "agotado" de esos miserables Dundrearys que fingen actuar como si la juventud, la riqueza y el lujo fueran las mayores calamidades que esa carne heredera, y que la vida misma fuera aburrida.

"Ah, Norcliff—haw—me alegro de verte aquí, viejo amigo. Ja, oí que venías. ¿Qué tal te va y cómo va todo en Maidstone?"

"Preparándome para el servicio en el extranjero", dije con brusquedad, mientras la punta de su mano enguantada tocaba la mía.

"¡Aburrimiento horrible! Ya es demasiado tarde para enviar los papeles, o, por Júpiter, me encargaría del servicio. No creo que nunca estuviera destinado a esto."

"Dentro de mucho tiempo pensarás muchas más", dije con frialdad.

Berkeley tenía un ojo frío y astuto, que nunca sonreía, hiciera lo que hiciera su boca. Sin embargo, su rostro era decididamente atractivo, y un espeso y oscuro bigote ocultaba una forma de labio que, si se viera, indicaría un sensualista absoluto. Su cabeza estaba bien formada; pero la división precisa de su cabeza bien engrasada sobre el centro del caput le daba un aire de insipidencia intensa. El señor De Warr Berkeley nunca fue uno de mis favoritos, aunque ambos nos habíamos unido a los lanceros el mismo día, y fue con una molestia muy mal disimulada que me vi obligado, con cierta aparente cordialidad, a recibirle como a un compañero oficial y a un preso de la mansión de mi tío.

"Y—ja—¿qué noticias del regimiento?" continuó.

"Realmente no tengo noticias, Berkeley", dije.

"En efecto. ¿Tienes un mes de permiso?"

"Entre regresos, sí."

"¿Ha llegado la ruta?"

"Una pregunta extraña, cuando tú y yo estamos aquí."

"Ja, sí, claro—qué demonio tan bueno."

"No ha sido así", dije con frialdad; "Pero estamos bajo órdenes de servicio en el extranjero, y podríamos intentar que nos cancelen las licencias por un telegrama en cualquier momento u momento."

"¡El diablo—de verdad!"

"Es un hecho, por desagradable que sea. Así que mi tío, Sir Nigel, te conoció en— ¿dónde fue?"

"La caja de tiro de Chillingham, en las Highlands."

"No sabía que conocieras al conde."

"Perdiendo mis galas—creo que en Escocia se llaman—una tarde en la oscuridad, perdí el camino y, por suerte, me topé con los aposentos de caza de su señoría, en un lugar salvaje y salvaje, con uno de vuestros nombres escoceses infernalmente impronunciables."

"Oh, crees que a veces cambia más eufónico; pero supongo que tu padre, hombre honesto, podría haberlo pronunciado con facilidad", dije yo, en voz baja, pues la

actitud de Berkeley, o Barclay, de ser inglés siempre me resultó divertida. "Aún tienes que aprender a hablar de Russ, y sin duda será más desagradable que la lengua que hablaba tu padre. En el norte, ¿apareciste *en montagnad*?"

"¡Eh—ja, el diablo! no; como dice el irlandés Gil Blas, 'Las piernas de todos no pueden permitirse publicidad', y las mías están entre ellas. Los pantalones de cuero, cuando me pongo los rosas, deben ser de toda la longitud. No me importa ir, aunque Lady Louisa me presionó mucho para que me uniera a Mac Quaig, al señor de Mac Gooligan y a otros nativos vestidos de tartán en una reunión. Ayer recibí una carta de Wilford. Escribe sobre un famoso partido entre Jack Studhome y Craven, en el que todo el lío tenía un gran peso en juego, que había grandes apuestas pendientes y que Craven ganó, anotando cuarenta y dos corriendo con la bola roja; y teniendo en cuenta que los bolsillos de la mesa no eran más grandes que una huevocrata, creo que Craven es un triunfo."

"Escuché algo de este partido en el desfile matutino el día que me fui; pero siendo un mal golpe, ya sabes, rara vez juego al billar."

"¿Por qué la yegua bayona de Howard fue arañada en la última carrera del regimiento?"

"No lo sé", dije yo, tan seca que él se mordió el labio inferior.

"Algunas personas agradables vienen de visita aquí", dijo, mirándome fijamente, de modo que sus gafas brillaban con la luz del brillo, que ahora estaba encendido; "Y algunos muy extraños también. Lady Loftus está aquí, ¿ves?, en todo su esplendor, y con su habitual mirada de 'ven bésame si te atreves.'"

"Berkeley, ¿cómo puedes hablar así de alguien en su situación?"

"Bueno, esa expresión de 'no te atreves a hacerlo otra vez!'"

"Es invitada de mi tío; ¡ni una chica en una tienda de puros o en un casino!" dije yo, con creciente *altivez*.

"Invitado de Sir Nigel—haw—yo también, y pienso aprovechar al máximo mi tiempo como tal. Buena chica, señorita Wilford, de York—prima de Wilford nuestra—una chica de estilo muy bueno; pero no tengo intención en ese lugar—no puedo permitirme desecharme a mí mismo, como una vez oí observar a mi novio."

"Debes aprender a citar otro estilo de personas para hacerte entender aquí. ¡No quieres insinuar que tengas intenciones respecto a Lady Louisa!" dije yo, con un aire realmente impertinente.

"¿Por qué no?" preguntó, sin verlo en absoluto. "A menudo tengo ataques o afectos del corazón como los que ella me ha dado."

"¿Cómo?"

"Igual que tuve sarampión o varicela de niño—un pequeño aumento del pulso, un poco de inquietud por la noche, y luego uno lo supera."

"Ten cuidado con cómo te diriges a ella en este estilo de broma", dije, girándome bruscamente; "Disculpe, pero ahora debo vestirme para la cena."

Y precedido por el viejo señor Binns, el mayordomo de cabello blanco, que muchas veces en tiempos pasados me había llevado a espaldas, y que ahora me recibía a casa con un fuerte apretón de mano, en el que no había nada despectivo hacia mí, aunque los ojos de Berkeley se abrieron mucho al ver nuestro saludo, Me llevaron a mi antigua habitación en el ala norte, donde ardía una alegre hoguera, con dos luces a cada lado de la mesa del baño (la casa señorial estaba bien iluminada con gas del pueblo), y allí estaba Willie Pitblado preparando todas mis trampas y ropa. Pero al despedirle para que visitara a su familia (para su gran alegría), me quedé con mis propias reflexiones y me vestí. Un tono sutil y contenido de insolencia y celos que impregnaba los pocos comentarios de Berkeley me irritaba y irritaba; sin embargo, no dijo nada con lo que pudiera lidiar ni con lo que pudiera encontrar abiertamente defectos. También era consciente de que mi propio porte había sido lo contrario de cortés y amistoso, y que, si mostraba mis cartas así, bien podría entregar las cartas. La sospecha hacia su carácter nativo y el conocimiento previo del hombre tuvieron sin duda mucho que ver con todo esto; y mientras hacía mi baño con más cuidado del habitual—consciente de que Lady Louisa estaba haciendo el suyo en la habitación contigua—decidí mantener un ojo de lince sobre el señor De Warr Berkeley durante nuestra breve estancia en Calderwood Glen. Mi irritación no se calmó en absoluto, ni disminuyó mi enojo, al saber que desde hacía tiempo, y que yo no lo sabía, él había estado residiendo aquí con Lady Louisa, disfrutando de todas las comodidades que ofrecía la proximidad horaria y el aislamiento de una casa de campo.

¿Ya se había declarado? ¿Ya le había pedido matrimonio? ¡El dos! Aparté ese pensamiento y, enfadada, me di un raspado final de pelo con un par de enormes cepillos de mango marfil.

CAPÍTULO IV.

¡Y, oh! los recuerdos que se aferran

¡Alrededor de esta antigua habitación con paneles de roble!

Los troncos de pino brillando en la penumbra,

El sol brilla desde la primavera temprana de la vida.

Después de largos años vuelvo a descansar;

Este hogar ancestral me parece,

Cansado de viajar por el mar.

Mantiene un dolor anodino para el dolor insoportable.

Mientras contemplaba mi antiguo apartamento, los recuerdos de otros años me invadían con una influencia algo reconfortante, porque cuando pensaba en el pasado, la pequeñez del presente, la naturaleza efímera de todas las cosas no podía dejar de impresionarme.

Fue en esa habitación donde tuve el último recuerdo vívido del rostro de mi querida madre, en aquella mañana de despedida, cuando al amanecer, se coló de puntillas para mirar por última vez a su hijo mientras dormía, y antes de que él se alejara para siempre al mundo más allá de su cuidado maternal.

El estruendo de un gong en el pasillo cortó las reflexiones posteriores, devolviéndome al presente; y dando el toque final a mi traje, que no era el uniforme azul de lancero, revestido de blanco y enlazado con oro, sino el solemne traje fúnebre y la corbata blanca de la vida civil—un horrible disfraz que se ha colado entre nosotros, Dios sabe cómo—bajé al salón exterior, donde encontré a mi tío y a mi primo reuniendo a sus invitados, de los cuales parecía haber un buen número.

Berkeley ya había monopolizado a Lady Louisa, con quien conversaba en voz baja, mientras se acariciaba los bigotes, que estaban oscurecidos por el "tinte de los guardias", cuyo gesto y giro le permitía un empleo interminable.

No se podía negar que el tipo tenía buen aspecto, y que el resultado de montar, entrenar, bailar y esgrima había sido transmitirle gran parte de ese aire inconfundible que, puedo decir sin vanidad, pertenece especialmente a los oficiales de nuestra rama del servicio.

Los minutos extraños que preceden a la cena rara vez son muy animados y más bien deprimen que animan. Para Cora yo era una especie de "león"; y como tal, a través de ella, pasé por un proceso de presentación a varias personas que no me importaban en absoluto, y que nunca me importarían.

Hablaba sobre el tiempo con el general Rammerscales, como si tuviera un pluviómetro y un barómetro, y fuera hermano del almirante Fitzroy; tocó política con el diputado y innovaciones clericales con una divinidad; besó la mano de Cora en el juego y se acercó a Lady Louisa, aún más cerca de su terrible madre, a quien sentí la necesidad de conciliar al máximo. Todos hablaban en un tono monótono, excepto el jovial Sir Nigel, que siempre estaba alegre, enérgico y ajetreado de invitado en invitado.

Con la condesa de Chillingham (que me hizo una reverencia calmada pero cortés), mi tío, cuyo traje era un traje de negro exacto, lideró el camino junto a Binns y una fila de caballeros con librea y poderosos que estaban formados en el pasillo.

Era una mujer majestuosa, de proporciones generosas, con una tiara de diamantes brillando en su cabello gris.

Su rostro era fino en rasgos y muy noble en expresión, mostrando que de joven debía de ser hermosa. Su vestuario era magnífico, de terciopelo color granate sobre satén blanco, adornado con encaje de la más rica color. La temía bastante.

Hizo memorizar todo el título nobiliario —"la segunda Biblia del inglés"; y, a través de las páginas de Burke y Debrett, conocía de memoria todos los herederos presuntos disponibles y adecuados: sus edades, rango, título y orden de precedencia; pues entre las hojas de fresa esperaba principalmente encontrar un marido para su hija—al menos un marqués; y al salir de la habitación, con una cola de terciopelo como una túnica de coronación, echó un vistazo atrás para ver a quién confiaba esa bella dama.

Al ver a Berkeley emparejado con la señorita Wilford, me apresuré hacia Lady Louisa. Con ella fui lo suficientemente íntimo como para ofrecerle mi brazo.

Como he dicho, nos habíamos visto con frecuencia antes, en Canterbury, Bath y otros lugares. Su compañía había sido para mí una fuente de mayor placer y emoción que la de cualquier otra mujer en cuyo camino el azar me había dejado.

Su rango, como hija de un conde, y su rara belleza me habían deslumbrado, mientras que su coquetería había despertado mi vanidad; aunque imaginaba que, sin descubrir el profundo interés que despertaba en mi corazón, le había enseñado a verme como un objeto de más interés que otros hombres.

Me acerqué, y ella me recibió con calma, plácidamente, con una sonrisa brillante pero convencional, de la que no podía anticipar ni extraer nada.

En ella no había ni el estruendoso temblor que sentía en mi propio pecho, donde algo de fastidio por la frialdad de la reverencia de su madre le irritaba.

"Lady Louisa—permítame", dije, ofreciéndole el brazo.

"Demasiado tarde, señor Norcliff. Ya estoy comprometida", respondió, levantándose y colocando su bonita mano enguantada sobre el brazo del viejo general Rammerscales, que, inclinándose y sonriendo con vanidad satisfecha, me comentó de pasada—

"¿Has estado en la India, supongo?"

"Sí, general, y Rangún también."

"¡Bah! 'ya no es lo que era en mi época—el servicio indio se va al garete."

"Pero pertenezco a los Lancers."

"¡Ah!"

Hija del liberal diputado, Spittal, de Lickspittal, cayó en mi grupo—un bonito trozo de muselina e insipidez; pero por suerte estábamos sentados no muy lejos de Lady Loftus. Cerca de nosotros estaban la señorita Wilford y Berkeley, que resultaron menos distraídas que yo durante la cena, que transcurrió con más jovialidad y risas de lo habitual en esta sociedad; pero los invitados, veinticuatro en número, eran algo variados, pues en esta ocasión estaban presentes el ministro, el médico y el abogado de la parroquia, el preboste de un burgo vecino y otras personas fuera del círculo de los baronetes.

En ese antiguo château escocés, el modo de vida estaba privado de toda ostentación, aunque lujoso e incluso de moda.

La gran mesa de roble del comedor estaba cubierta de abundancia y con todas las delicias de la temporada; Pero en sus detalles participaba más en el Salón Baronial que normalmente en esos apartamentos.

Estaba pavimentado con tejas encaústicas, siguiendo el patrón de cuyo escudo de los Calderwood se reproducía una y otra vez; y en cada extremo brillaba y encendía un gran fuego de brasas proveniente de las propias fosas del baronet, con los restos humeantes de un gran tronco navideño que había crecido en sus propios bosques, y que quizás había sido un retoño verde cuando Jacobo V dirigía la corte en las Malvinas.

En el centro de este comedor había una suave alfombra de pavo para los pies de quienes estaban sentados a la mesa.

Las sillas eran todas de respaldo cuadrado, bien acolchadas con terciopelo verde y datadas de la época de Jacobo VII; Las paredes eran de zácalo barnizado oscuro, decoradas con retratos antiguos y astas de ciervo; pues aquí había una curiosa mezcla del antiguo estado baronial con las comodidades y gustos de los tiempos modernos y el lujo moderno.

Sobre cada una de las grandes chimeneas, talladas en piedra, estaban las armas de los Calderwood de Calderwood y Piteadie; *de plata* una palmera que crece de un monte en la base, coronada por una aspa de gules; en un jefe azul, tres estrellas, la cresta es una mano que sostiene una rama de palmera, con el lema, "*Veritas premitur non apprimitur.*"

Entre el bullicio de las lenguas a mi alrededor—porque, por decirlo, algunos de los invitados campesinos de mi tío ya eran bastante estruendo—miraba de vez en cuando más allá del gran épergne, hacia donde Lady Louisa estaba sentada, evidentemente aburrida y divertida por turnos con la conversación forzada del viejo general sepoy.

Era imposible evitar girarse una y otra vez para admirar esa tez pálida y cremosa, esos ojos y pestañas negros profundos, la pequeña boca rosada, el cabello oscuro y grueso que crecía en una punta descendente, las preciosas orejitas con sus colgantes de diamantes, esas manos y brazos, que eran perfección en color, delicadeza y simetría.

Dos veces sus ojos se cruzaron con los míos, dándome cada vez una mirada brillante de inteligencia, y haciendo que mi corazón latiera feliz.

Temo que la joven a cuyo lado estaba sentado no me encontró en absoluto una compañera satisfactoria, y sus simples comentarios sobre la guerra que se avecinaba, nuestras posibilidades de ir al extranjero, la última novedad en música o literatura—Bulwer, Dickens, Thackeray, y demás—cayeron en un oído apagado o desatento.

La cena transcurrió como otros; Se habló del postre. Llegó el fruto y, como era solo la segunda víspera del año nuevo, el viejo cuenco familiar de wassail fue puesto ante mi tío. Gracias a la velocidad del tren, pude disfrutar de esta bebida a la antigua. La gran nave de plata en la que se compuesta fue el orgullo del corazón de Sir Nigel, ya que fue tomada por un antepasado en la toma de Newcastle por los escoceses en 1640, cuando el "regimiento de Fife entró por la gran brecha en la muralla de proa." Tenía cuatro asas de plata afilada, cada una representando un sabueso largo y delgado,

con las patas traseras sobre el bulbo de la copa y la nariz y las patas delanteras en el borde superior.

Contenía cuatro botellas de oporto, que estaban condimentadas con clavo, nuez moscada, macis y jengibre; las claras de seis huevos bien batidas y azucaradas; y seis manzanas asadas nadaban por encima.

Preparar esta potente brebaje era tarea anual del viejo señor Binns, el mayordomo, y de mi prima Cora. Sir Nigel se levantó y, llenando su copa de la enorme jarra, exclamó, antes de vaciarla—

"¡Feliz año nuevo a todos, amigos míos! ¡Que el año que se ha ido sea el peor de nuestras vidas, y que el nuevo, que se abre lleno de promesas, dé alegría a todos!"

"Un feliz año nuevo a todos, Sir Nigel", rodeó la mesa mientras vaciábamos nuestras copas; y mientras Binns los reponía del cuenco de wassail, la conversación se volvió más libre y desenfadada, pues la celebración del año nuevo es un festival que aún no ha caído en desuetud en Escocia, aunque casi lo ha hecho en el reino hermano.

Dondequiera que vayan los escoceses, nunca olvidan las asociaciones ni las costumbres de su patria; así, en Inglaterra e Irlanda, y aún más entre los yacimientos auríferos de Australia, o los pantanos arroceros de Hong Kong, en las ciudades, campamentos y cuarteles de la India y América—sí, y en nuestros barcos lejos en el mar solitario, quizá a diez mil millas de Forth, o Tay, o Clyde, en la mañana de Año Nuevo hay entrelazamientos de manos endurecidas por el trabajo, los buenos deseos intercambiados, con los pensamientos de casa, sus rostros familiares y su vieja chimenea; las colinas de brezo, y los profundos valles cubiertos de hierba, que algunos quizá nunca vean más; pero aún así, entre alegría y juerga, y quizás las canciones de Burns, el nuevo año da la iniciativa.

Esa mañana, tan pronto como los relojes dan las doce, un grito de alegría recorre todas las ciudades y aldeas de Escocia, desde el mar alemán hasta el mar Atlántico; se abren muchas botellas y se soplan muchas gaitas; y aunque las orgías salvajes y el alboroto, y a veces el disparo de armas de fuego, con las que solían ser recibidas en cada cruce del mercado, están desapareciendo, la marea de Año Nuevo sigue siendo un tiempo de festines, alegría y felicitaciones con todos.

Incluso ese solemne "Dundreary", mi hermano oficial, Berkeley, se descongeló bajo la jovial influencia de la sociedad que le rodeaba; pero me provocó descubrir que simplemente conducía a una conversación muy animada entre él y Lady Louisa al otro lado de la mesa. Se refería a una aventura de caza pasada, en la que habían tenido algunas aventuras juntos.

"Nosotros—haw—no llevábamos allí más de media hora antes de que se encontrara un hallazgo", dijo; "¿Recuerdas, Lady Louisa?"

"¿Cómo podría olvidarlo?" respondió, con una animación encantadora. "El zorro, un cervatillo apagado, rojizo, con espalda y hombros negros, se abrió entre unas aulagas al pie del Mid Lomond."

"Los sabuesos se pusieron a gritar al instante, y nos fuimos. ¡Por Dios, era precioso! Despejamos algunos muros de jardín, donde dejamos al general hasta el pescar en el invernadero de alguien; y después de eso tomamos la delantera de todo el grupo."

"¿Nosotros?" respondí, preguntando.

"Lady Louisa y yo", respondió Berkeley, con una de sus sonrisas profundas y tranquilas; "estábamos mejor montados, y montando yo—haw—me halago de que pocos—pocos incluso de vuestra caza de Fifeshire me superen."

"¿Y bien?" Dije, impaciente, triturando una nuez en pedazos.

"El encuentro fue en la base del Mid Lomond; La mañana era todo lo que se podía desear; El campo era muy pequeño, pero selecto; Sir Nigel, el general, el señor Spittal, Lady Louisa, la señorita Calderwood, la señorita Wilford y—jah—algunos más. La manada estaba en un estado muy de trabajo y, como recuerda Lady Louisa, pronto proclamaron un hallazgo, con la boca abierta."

"Sí", respondió ella, con sus ojos oscuros brillando; "Partimos a toda velocidad, atravesando el parque de Falkland, al menos dos millas a distancia abierta, sobre, sobre 'talude, matorral y scaur——'"

"Pero el zorro era evidentemente un viejo. Probó en algunas antiguas minas de carbón y luego en algunos drenajes; pero habían sido detenidos cuidadosamente por el viejo Pitblado, el guardián. Sin embargo, lo perdimos en una poza profunda a orillas del Edén."

"Pero solo por un tiempo, señor Berkeley", reanudó Lady Louisa. "Recuerdas lo extraño que fue encontrado en un huerto de coles, y cómo despejamos los setos a toda velocidad, tú y yo yendo codo con codo; ¡debes recordar también cómo el grito de Sir Nigel hizo que todos nuestros corazones rebotaran!"

"Al abandonar la orilla del río, se dirigió hacia el sur por dos campos y atravesó directamente la granja principal de Calderwood; seguimos cabalgando, y lo llevamos hasta Kinross-shire; Pero doblando a los perros, nos llevó de vuelta. Volviendo a doblarlo, lo perseguimos una vez más hasta Kinross; ¿Qué le ha parecido, general?"

"Dejado a mis propios reflejos entre los letres de melones, a diez millas en tu trasero, me pareció un trabajo diabólico y pobre comparado con la caza de tigres", gruñó el general.

"Entraba y salía de cada condado no menos de tres veces en dos medias horas", dijo Lady Louisa; "y de no ser por la oscuridad de la noche de diciembre, se habría visto obligado a abandonar su maleza, de no haberlo perdido en un matorral cerca de Kinies Wood, en el lado del Loch Leven."

"Perdimos más", dijo la señorita Wilford, con una expresión muy decidida de travesura en sus preciosos ojos azules; "porque cuando toda la caza se reunió, Lady Louisa y el señor Berkeley no aparecieron por ninguna parte—los guardianes gritaron y los cuernos sonaron en vano. Al tomar el camino equivocado, no llegaron al Glen hasta las nueve y media, cuando caía una tormenta de nieve."

"Lo que nos obligó, señorita Wilford, a refugiarnos en cabañas de camino en Balgedie y Orphil", dijo Lady Louisa, con un tono de verdadera molestia, mientras su ojo, como un destello de luz, se posaba en mí por un instante; Pero la anécdota de la caza y su conclusión me hicieron sentir muy sensible.

Con tales oportunidades, ¿podría Berkeley no haber presionado su demanda?

Le eché un vistazo. Su animación temporal había disminuido; Su rostro pálido e impassible mostraba su habitual expresión tranquila y fría; Sin embargo, sus ojos eran agudos, inquietos y vigilantes, incluso astutos a veces. Sonreía rara vez y se reía—por así decirlo—nunca.

No sé si fue simplemente el recuerdo del deporte de aquel día de invierno, con toda su emoción y peligro concomitante, en condados tan accidentados y montañosos como Fife y Kinross, o si fue algún incidente particular relacionado con ellos lo que la inspiró; pero un rubor en la mejilla normalmente pálida de Louisa Loftus la hacía parecer radiante—como un toque de rubor, dando un brillo glorioso a sus ojos oscuros y profundamente marcados. Pero ahora mi Lady Chillingham, que evidentemente no compartía el entusiasmo de su hija por los deportes de campo, intercambió una mirada expresiva con Cora, que, por supuesto, ocupaba la cabecera de la mesa, con el ministro parroquial en el puesto de honor a su derecha.

Luego todos nos levantamos como una cabana de perdices, mientras las damas se retiraban en fila india al salón, donde yo anhelaba acompañarlas; pero ahora los caballeros acercaron sus sillas, una al lado de la otra; Sir Nigel anunció que "los asuntos de la noche apenas comenzaban"; los decantadores de vino y las jarras de claret se rellenaron; Binns apareció con agua humeante en una tetera antigua de

plata, seguido de un sirviente que llevaba marcos de licor llenos de "rocío de montaña", para quienes preferían el toddy, la bebida nacional, a la que la mitad de la compañía, incluido mi alegre viejo pariente, se dedicó de inmediato.

De alguna manera, esas "trivielitas ligeras como el aire", que son tormentos de los celosos y los dudosos, se sumaron a los miedos, para aplastarme ahora.

Incluso sin el peligro de un rival, sabía que "La Mère Chillingham", como la llamaban los comedores, me vigilaría atentamente, como poseedora solo de mi comisión de subalterno en los lanceros, con un par de cientos al año; pues creía que todos los hombres en esa situación no eran más que afiladores bien acreditados y, como tales, seguros de tener intenciones nefastas sobre su hija rica y hermosa—diseños que nuestras plumas, charreteras y adornos de lanceros estaban calculados para hacer aún más peligrosos.

Estaba seguro de que, por tal como ella, incluso el adinerado parvenu, De Warr Berkeley, sería menos temido que yo; y mientras miraba alrededor del viejo salón de Calderwood, y veía los retratos sombríos de quienes me precedieron, mirando con desprecio sus duros pantalones y largos jubones, y pensaba en el carácter pueril de mi rival y en las cervezas de su padre, un sentimiento de verdadero desprecio por la fría y casamentera condesa se coló en mi corazón.

Louisa Loftus era, sin duda, una belleza orgullosa y gloriosa. Aún no sabía cuáles eran mis posibilidades de éxito con ella y, en resumen, "no me quedaba otra opción que esperar e intentar mantenerme optimista."

El valiente viejo axioma, de que "ninguna fortaleza es inexpugnable", es una valiosa lección mundana, y nunca se debe olvidar que una partida de asalto rara vez fracasa.

Había cierto consuelo en esa reflexión.

Tomé otro vaso de espumoso, otro, y otro, y de alguna manera, a través de su medio el mundo empezó a verse más brillante y alegre.

CAPÍTULO V.

Ven, disfrutemos del día fugaz,

Y desterrar el trabajo, y reírse de la preocupación,

Porque ¿quién vencería el dolor y la tristeza?

¿Cuándo puede dejar atrás sus penas?

¡Fuera, fuera! ¡Vete, te digo!

Para el pensamiento triste

No se buscará.

LA "POESÍA DE ESPAÑA" DE BOWRING.

"Provost", dijo mi tío al jovial y rubicundo magistrado que se sentaba en su mano izquierda, ahora que había tomado el lugar de Cora en la cabecera de la mesa, "prueba con el Johannisberg. Es algo que me regaló el príncipe Metternich cuando estuve en Viena, y proviene de uvas criadas en sus propios viñedos. Es algo raro para quienes disfrutan de los vinos tan ligeros."

"Gracias, Sir Nigel; pero veo que Binns ha traído los tres elementos, así que yo también prepararé un poco de whisky-toddy", respondió el magistrado.

La conversación se volvió ahora más ruidosa y animada. La guerra que se avecinaba, el tratado de neutralidad entre las potencias escandinavas y occidentales, si nuestra flota aún había entrado en el Euxino o si Luders había irrumpido en Dobrudscha, se convirtieron en los temas predominantes, y en interés parecía rivalizar plenamente con ese tema infalible en una mesa campestre, la caza de zorros.

La manada del condado, la reunión de los sabuesos de Fifeshire en las perreras o en las verdes laderas de Largo; de la manada Buccleuch en Blacklaw, Ancrum, y así sucesivamente; sus carreras por bosque y tierra, lago y sotavento, roca y río, con muchos saltos peligrosos y aventuras salvajes en el campo, por un terreno accidentado y montañoso, eran narrados con animación y cantados con interés, aunque todos ellos caían en insignificancia frente a la historia de una cacería en Bengala, donde el general Rammerscales había estado en persecución de un tigre (durante mucho tiempo el terror del distrito), sentado en un alto *howdah* de cestería, atado a la espalda de un elefante, de doce pies de altura hasta el hombro, acompañado por el mayor de su regimiento, cada uno armado con dos cañones dobles.

El tigre, que medía nueve pies desde la nariz hasta la punta de la cola, y cinco de altura, había sido despertado entre la hierba de la selva, y era un bruto de la clase más feroz, de piel amarilla y rayado con hermosas barras transversales negras y marrones. Era muy conocido en ese distrito. Con sus tremendas mandíbulas había llevado muchos potros y búfalos; con un solo golpe de garras había destripado y desgarrado el cuerpo de más de un sowar alto y moreno del 3º Regimiento de Caballería Ligera de Bengala; y en cuanto a las ovejas y cabras, no les hizo más caso que si hubieran sido tantas gambas.

Con un grito agudo y corto de rabia, al descubrir que por fin lo habían derribado, se lanzó de espaldas como un gato, barriga hacia arriba, sus pequeñas y temblorosas orejas pegadas a la nuca, sus terribles garras extendidas, los ojos fulminantes como dos gigantescos carbúnculos, su boca ancha y roja extendida, y cada bigote delgado erizado de rabia y furia.

El general disparó ambos cañones de su primer cañón. Un disparo falló; pero el otro hirió al tigre en el hombro, y solo sirvió para hacerlo más salvaje; aunque, en vez de saltar hacia arriba, permaneció así a la defensiva, recogido en una bola redonda.

El mayor, un hombre enormemente gordo que pesaba más de veinte stone, ahora se inclinó sobre el *howdah* para apuntar con calma y deliberación; pero el elefante en ese mismo momento dobló las rodillas delanteras, pues las garras del tigre estaban clavadas en su trompa.

Perdiendo todo equilibrio por este desafortunado movimiento, el pobre mayor cayó de cabeza sobre el *howdah*, justo cuando ambos cañones de su arma explotaban sin causar daño, entre los gritos de los cazadores indios que pensaban en su destino.

Pero, "con un gran ruido", como lo expresó el general, el mayor, con su peso de veintidós piedras de carne y hueso, cayó de bruces sobre el bello, blanco y levantado vientre del tigre.

Aterrorizado, sin aliento y desconcertado por un antagonista tan pesado y por un modo de ataque tan inesperado, el tigre se levantó y huyó del lugar, dejando al mayor intacto y ileso, pero sentado con pesar entre la hierba de la selva y con considerables dudas sobre su seguridad y su propia identidad.

El ministro parroquial superó esta historia con la narración de un zorro que se había ahogado en un mejillón.

Antes de ser nombrado párroco de Calderwood Kirk, gracias al favor de su patrón, Sir Nigel, había sido asistente en una parroquia situada en los límites de uno de los grandes lagos de sal de las tierras altas occidentales.

Una mañana, mientras cabalgaba por la orilla, frente a las Islas del Verano, se sorprendió al ver un gran zorro gris ocupado entre los mejillones de cesta, gruesos racimos de los cuales se adherían a las oscuras rocas whin que la marea baja había dejado secas. El mar llegaba rápido; pero, curioso como es decirlo, Reynard parecía estar tan absorto desayunando mariscos que no le importaba esa importante circunstancia.

Desmontando y atando su caballo a un árbol, el ministro hizo un circuito para llegar al lugar y, armado con un látigo de montar de mango pesado, no temía el encuentro; pero cuando llegó a los mejillones, la marea rápida los había desbordado y el zorro había desaparecido. Así que, al volver a montar, el ministro se abrió paso hacia las montañas.

Regresando por la orilla por el mismo sendero por la tarde, cuando la marea había bajado, volvió a ver a Reynard en el mismo lugar, pero tendido completamente muerto, y, al examinarlo, descubrió que estaba sujeto firmemente por la lengua entre las afiladas conchas de uno de los mejillones de cesta, que a veces miden siete pulgadas de largo y se adhieren con intensa fuerza a las rocas por la barba, conocido por los eruditos como un poderoso *Byssus*. Capturado y retenido así, como si estuviera en la presa de una prensa de acero, el zorro, que solía buscar la orilla para alimentarse de mejillones, fue retenido firmemente hasta que la marea ascendente, que allí fluye rápidamente desde el Atlántico, fue ahogado.

Esta historia provocó carcajadas entre los cazadores de zorros, que nunca habían oído hablar de un pincel de tal manera; y Berkeley expresó asombro porque la anécdota nunca había llegado a las columnas de *Bell's Life* ni a otras revistas deportivas.

El provost y el ministro charlaban sobre presbiterios y sínodos, la moderación de llamamientos, ancianos, diáconos y acercamientos a la Asamblea General, sobre diversos asuntos eclesiásticos, especialmente la adopción de órganos, y otras innovaciones que prelaban a prelatura, componiendo una jerga que, para muchos presentes e incluso para mí, resultó bastante ininteligible; pero ahora, como militar, el viejo Rammerscales me agarró por un botón, porque no había forma de eludir aburrimiento con él.

Había estado tantos años en la India que le costaba convencerse de que no estaba "en el interior" ni en cantonamientos.

Así, si las habitaciones eran cálidas, el general refunfuñaba que no había *punkah* que balancear sobre su cabeza, cuya calvicie pulía vigorosamente, y murmuraba sobre "patatas de agua helada".

Calculaba todo por su valor en rupias, y hablaba mucho de complejos y acantonamientos; de *batta* y dinero de marcha, de *chutney* y *chunam*, y todo tipo de cosas extrañas, incluyendo *sepoys* y *sowars*, *subadars*, *havildars* y *jemidars*; así, el comentario más casual provocó alguna referencia india.

El frío de la noche anterior le recordó lo que había soportado en las montañas de Affganistán; y las nubes oscuras de esa mañana eran exactamente como algunas que había visto cerca de Calcuta, cuando un cipaio murió a su lado por un rayo, que giró el cañón de su mosquete como un tornillo—"¡Sí, señor, como un sacacorchos desgraciado!"

Después, el gas ofendió sus ojos, que llevaban tanto tiempo acostumbrados a las lámparas de aceite o las pantallas de aceite de su bungalow; y luego habló con todos los sirvientes, incluso con el respetable señor Binns (que durante cuarenta años había sido como la sombra de Sir Nigel) como si hubieran sido tantos sycees, cortadores de césped o jarras de tienda, haciéndolos sobresaltar cada vez que él les hablaba; pues parecía ladrar o soltar sus palabras y deseos a "lospreciados Griffs", como los llamaba.

Por otro lado, me aburría el provost, que, al igual que el diputado (un hombre de paz a cualquier precio), no aprobaba en absoluto la guerra esperada, e informó a Berkeley y a mí que—

"Nuestro oficio—el de soldado, por ejemplo—era un negocio bastante pobre—una especulación, una pérdida, y nunca beneficio para nadie, ni individual ni colectivamente."

Berkeley sonrió con altivez, miró al rector a través de su copa y le pidió con indiferencia que repitiera su comentario dos veces, afirmando que no entendía al hombre digno.

"Si quiere decir que desaprueba la guerra que se planea, mi buen amigo", dijo él, "yo—haw—estoy totalmente de acuerdo con usted, ¿por qué demonios debería luchar por el 'enfermo' en Constantinopla; ¿o para los turcos o los tártaros de Crimea? Es un aburrimiento horrible."

En medio de toda esta conversación poco agradable, anhelaba el momento en que los mayores se dirigían al salón, de donde a veces se oían sonidos de música y voces dulcemente afinadas; porque allí brillaba mi estrella—¡Louisa Loftus, tan hermosa de contemplar, y sin embargo a quien parecía tan imposible en mí amar!

Perdido en la ensoñación y lleno de su imagen, pasó un tiempo antes de que me diera cuenta de que mi distinguido hermano de armas, el señor De Warr Berkeley, se dirigía a mí.

"Perdón", dije nerviosa; "¿Hablaste?"

"Estaba comentando", ceceó, con languidez, "que esta buena gente aquí es—ja—muy agradable, y todo ese tipo de cosas; pero tener poco de el—ja—lo—ja——"

"¿Qué?"

"Oh—el *odeur de la bonne société* que tiene."

"¡El deuce!" dije yo, con cierta molestia, pues era consciente de que en nuestro extremo de la mesa estaban realmente reunidos los leones de la cena de mi tío.

"Espero que no incluyas a nuestro anfitrión en esto—representa la línea de baronetes más antigua de Escocia."

"En Escocia—ja—muy bien", dijo con tono arrastrado.

"Sir Nigel es mi tío", dije con intención.

"Sí, por cierto, pido perdón; tan estúpido de mi parte, cuando sé bien que no hay tan estrictivos con la precedencia y la dignidad como vuestros pequeños baronetes."

Viniendo de un *parvenu* presumido, la fría insolencia de este comentario fue tan divertida que estallé en carcajadas; y en ese momento, por una singular coincidencia, Sir Nigel, que había estado en una animada discusión, casi en disputa, con Spittal de Lickspittal, el diputado, alzó de repente la voz, y sin quererlo en absoluto, disparé un tiro tras otro a mi camarada de moda.

"Le aseguro, señor", continuó, "que opiniones tan cosmopolitas como las tuyas, política y socialmente, nunca podrán ser respaldadas por mí. Thackeray dice —y dice con sinceridad— que Dios no ha creado ninguna criatura más ofensiva que un snob escocés, y estoy totalmente de acuerdo con él. El objetivo principal de estos es que se le considere inglés (igual que algunos ingleses afectan al extranjero), y una caricatura deplorable que hace del inglés en lenguaje, porte y apariencia. Un snob inglés, sea cual sea su línea, es, como nos ha mostrado Thackeray, un gran y divertido original; pero un snob escocés es una imitación pobre y vil, y como todas las falsificaciones es fácilmente discernible: Birmingham a la vez. No conozco un hervidero de esnobismo más grande que nuestros tribunales, señor, especialmente los de Edimburgo. Binns, pásame el claret."

El diputado hizo una reverencia y sonrió con desprecio, pues había figurado durante mucho tiempo entre dichos tribunales como alguien que alegremente habría negado las botas del lord attorney o del ministerio.

Casi sentí pena por Berkeley mientras mi tío impulsaba su afición contra el diputado; La fea gorra encajaba exactamente.

"Sé", retomó Sir Nigel, "que en una nación de cazadores de penachos como los británicos, cuya Biblia es la 'Nobleza', un hombre con un nombre en su nombre, por pequeño que sea, es una carta ganadora; de ahí la adoración por el rango, que, como dice alguno, 'si es una locura en Londres, se convierte en un vicio positivo en el campo.'"

"¿Entonces qué opina de su pobre metrópoli escocesa, cuya aristocracia consiste en unos cuantos bailes que cantan salmos—aw—y jóvenes abogados del colegio de abogados, cuya importancia solo es igualada por sus necesidades—cordero hervido y el fino Cape Madeira?" dijo Berkeley, contento de la oportunidad de burlarse de algo escocés.

"He conocido a algunos hombres honestos —y también hombres de primera calidad— relacionados con el Parlamento escocés", dijo Sir Nigel.

"Pero eso, supongo, fue en los viejos tiempos tory, cuando toda Edimburgo se desplomó al barro para adorar a Jorge IV, el primer caballero de Europa", dijo el diputado como réplica, a lo que mi tío se rió a carcajadas.

Pero así, por sus comentarios al final de una discusión, Sir Nigel tuvo el efecto de silenciar por completo y, sin querer, humillar a Berkeley, que siguió bebiendo su vino en silencio y con un toque de maldad en la mirada, hasta que Binns anunció el café y nos dirigimos al salón.

CAPÍTULO VI.

No, no me tientes—la flor más dulce del amor

Tiene veneno en su sonrisa;

El amor solo corteja con un poder deslumbrante,

A encadenar corazones mientras tanto.

No llevaré su cadena rosada,

Ni tampoco su fragancia lo demuestra;

Temo demasiado el dolor silencioso del amor—

¡No, no! No voy a amar.

Por el pasillo fresco y aireado, con sus vitrinas llenas de jarras de Sèvres, cuencos indios y bustos de mármol esculpido—en un lado los caballos Marli en plena carrera coronando un pedestal buhl; en el otro, un Laocoonte de bronce, con sus dos hijos,

en las espirales de las serpientes de bronce—nos dirigimos al salón, una fiesta alegre y risueña, pues era imposible resistirse a la influencia de una buena cena, buenos vinos y compañía jovial.

Al entrar encontramos a las damas ocupadas de diversas formas. Un grupo elegante estaba rodeado de piano; la condesa de Chillingham estaba medio escondida en los suaves brazos de una enorme silla de terciopelo, donde jugaba con su abanico de forma irdonescente y observaba a su hija; otros estaban ocupados con libros de grabados, y algunos se reían de los bocetos a lápiz de un artista local, que retrataba las guerras de celtas y anglosajones, y otros bárbaros desnudos, mientras que el viejo Binns y dos lacqueys en polvo servían el té y el café en bandejas de plata.

Esperaba cruzar la mirada con Lady Louisa al entrar, pero la primera sonrisa que me recibió fue la dulce de Cora, que, acercándose a mí, pasó su bracito regordete entre los míos y dijo, medio con reproche y medio en tono de broma—

"¿Cuánto tiempo has estado demorando en ese vino odioso, y no has estado aquí en seis años, Newton? Piensa en eso—durante seis años."

"¿Cuántas pueden pasar antes de que vuelva a estar aquí? ¿Me reprochas, Cora?" Yo empezaba, porque su voz y sonrisa eran muy atractivas.

"Sí, mucho", dijo, con severidad juguetona.

"Tu papá, mi buen tío, es algo estricto con la etiqueta, por lo que no pude levantarme ante los mayores; Y luego llega la temporada festiva del año. Pero silencio; Lady Louisa está a punto de cantar, creo."

"Un dúo, también."

"¿Con quién?"

"Señor Berkeley. Siempre están practicando dúos."

"¿Siempre?"

"Sí; Adora la música."

"Ah, y finge hacerlo también."

Extendiendo sus generosos volantes sobre el taburete tallado de nogal tallado, Lady Louisa pasó sus dedos blancos rápida y con cierta brillantez de ejecución—ciertamente con perfecta confianza—sobre las teclas de un piano de cola sonoro; mientras Berkeley permanecía cerca, con un aire de considerable afectación y satisfacción, para acompañarla, sus delicadas manos envueltas en los más

ajustados guantes de seda color paja; y toda la sala quedó en silencio bien educado, mientras que nos regalaron el famoso dúo de *Leonora* y el *Conde di Luna*, "¡Vivra! Contende il Guibilo."

Berkeley se desempeñó bastante bien; tan bien que lamenté mis propios *tonos de timbre*. Pero debo confesar que quedé encantado mientras Louisa cantaba; su voz era muy seductora y había sido admirablemente entrenada por un buen maestro italiano. Permanecí como oyente silenciosa, llena de admiración por su actuación, y no poca por el contorno de su fino cuello y hombros nevados, de donde había caído su capa de ópera color maíz.

"Lady Loftus", dijo Berkeley, "tu toque con el piano es como—como——"

"¿Qué, señor Berkeley? Ahora pon a prueba tu imaginación para un nuevo cumplido."

"Los dedos—ja—de una décima musa."

Soltó una risa alegre y siguió pasando los dedos por las teclas.

"Estilo hogareño, la cena del baronet", le oí susurrar, mientras se inclinaba sobre ella, con una sonrisa disimulada en los ojos.

"Ah, ¿prefieres el modo continental que estamos adoptando con tanto éxito en Inglaterra?"

"La cena *a la Rus*; Exacto."

"Ah, en Crimea tendrás cenas suficientes de ese tipo, más de las que puedas tener apetito", respondió ella, con un tono tan bajo que era difícil detectar un poco de sátira.

"Lo más probable", dijo Berkeley arrastrando las palabras, mientras se enroscaba los bigotes, sin ver la respuesta a su mal gusto; y luego, sin invitación, la bella música nos dio una o dos canciones del "Trovatore"; hasta que su vigilante madre, que avanzaba, logró terminar su actuación y, para mi gran satisfacción, la llevó al salón exterior.

"Cora debe cantar algo ahora", dije; "Su voz me ha parecido extraña durante mucho tiempo."

"No puedo cantar después de la brillante actuación de Lady Loftus", dijo, nerviosa y apresurada. "No me preguntes, por favor, Newton, querido."

"¡Tonterías! Ella nos cantará algo. En la otra habitación hablábamos de gente snob", dijo el honesto y torpe Sir Nigel. "He observado que es una peculiaridad de ese estilo de sociedad en Escocia desterrar tanto la música nacional como las canciones

nacionales. Pero ese no es nuestro *papel* en Calderwood Glen. Algunas de nuestras chicas ciertamente intentan con éxito aires tan gloriosos como los que acabamos de escuchar, o los de "Roberto il Diavolo" y "Lucia"; pero he oído a hombres que podrían cantar una canción escocesa sencilla con razón, y con mérito, hacer el ridículo absoluto intentando aullar como *Edgardo* en el cementerio, o como *Manrico* en la puerta de la prisión—una afectación de excelencia operística con la que no tengo paciencia."

"Quitar con la moda lo que perdemos en genuina diversión y entusiasmo es un hábito inglés que se está volviendo más común en Escocia cada día", dijo el general.

"Así que, Cora, cariño, cántanos una de nuestras canciones. Dale a Newton la vieja balada de 'El Cardo y la Rosa'. Estoy seguro de que no lo ha oído en muchos días."

"No desde la última vez que estuve bajo este techo, querido tío", dije.

Esta balada fue uno de los recuerdos de nuestra infancia y una de las favoritas del viejo baronet tory; así que llevé a Cora al piano.

"Sonará tan extraño—tan primitivo, de hecho—para esta gente, especialmente después de lo que hemos oído, Newton", insistió en un susurro; "Pero papá es tan obstinado."

"Pero para complacerme, Cora."

"Para complacerte, Newton, haría cualquier cosa", respondió ella, sonrojada y feliz.

Estuve a su lado mientras cantaba una vieja balada sencilla, que le había enseñado mi madre. El aire era lastimero y las palabras eran pintorescas. No sé por quién fueron escritas, pues no se encuentran en la "Miscelánea" de Allan Ramsay ni en ningún otro libro de canciones escocesas que haya visto. Cora cantó con gran dulzura, y su voz despertó una avalancha de viejos recuerdos y esperanzas y miedos olvidados, con muchas aspiraciones juveniles, pues la música, como el perfume, puede ejercer un efecto maravilloso sobre la imaginación y la memoria.

EL CARDO Y LA ROSA.

Fue en tiempos antiguos,

Cuando los árboles componían rimas,

Y las flores fluyeron con elegía;

En un antiguo campo de batalla,

Que las flores hermosas sí dieron frutos,
Una rosa y un cardo crecieron.
En un suave día de verano,
La rosa se atrevió a decir,
"Amigo cardo, seré claro contigo;
Y si simplemente fueras
Pero unidos a mí,
Nunca volverías a ser un cardo."
El cardo dijo: "Mis lanzas
Protégeme de todos los miedos,
Mientras tú, bastante desprotegido, permaneces;
Y bueno, supongo,
Aunque fuera una rosa,
Me gustaría volver a ser un cardo."
"Queridísima amiga", dijo la rosa,
"Supones falsamente—
¡Da testimonio de flores de la llanura!—
Disfrutarías mucho
En el vasto tesoro de la belleza,
Nunca volverías a ser un cardo."
El cardo, por astucia,
Prefería la sonrisa de la rosa
A todas las flores alegres de la llanura;
Se quitó sus lanzas afiladas,
Desarmada parece—
Y entonces se unieron los dos.

Pero un día frío y tormentoso,
Mientras permanecía indefensa,
Ya no podía contenerse la tristeza;
Ella soltó un gemido profundo,
Y con muchos "¡Ohone!
Ay, los días en que un Estuardo ocupaba el trono—
¡OH! ¡OTRA VEZ QUE ERA UN CARDO!"

Sir Nigel aplaudió y dijo al diputado—

"Lickspittal, muchacho, considero que es una canción anticentralizadora—pero, por supuesto, tus simpatías y las mías están muy opuestas."

"Está claramente atrasado, en todo caso", dijo el miembro, riendo.

"Tienes una voz encantadora, Cora—suave y dulce como siempre", le dije al oído.

"Gracias, Cora", añadió Sir Nigel, dándole una palmada en el hombro blanco con su mano fuerte y marrón. "Newton parece bastante encantado; Pero no debes buscar cautivar a nuestro lancero."

"¿Por qué no puedo, papá?"

"Porque, como dice Thackeray, 'Una dama que se fija en un joven de uniforme, debe prepararse para cambiar de amante muy rápido, o su vida será triste.'"

"Siempre citas a Thackeray", dijo Cora, con un pequeño encogimiento de hombros rellenitos.

"¿Es realmente así, señor Norcliff?" preguntó Lady Louisa, que se había acercado a nosotros; "¿Sois ustedes, caballeros de la espada, tan despiadados?"

"No, confío en que, en este caso, el autor de 'Esmond' prefiere hacer preguntas antes que difamar el servicio", dije yo. "Qué bonito es el invernadero cuando se ilumina", añadí, retirando los tapices de terciopelo carmesí que ocultaban la puerta, que estaba abierta de forma invitante.

"Sí; aquí hay exóticos magníficos", dijo la alta y pálida belleza, mientras avanzaba acompañada de Cora y yo.

Esperaba tener un solo momento para una charla con ella; pero en vano, pues el tenaz Berkeley, con su paso lento e invariable, se recostaba tras nosotros y, con todo el aire de un hombre privilegiado, nos seguía de flor en flor mientras pasábamos críticamente, mostrando mucho interés vacío y cierta ignorancia tanto de botánica como de floricultura. Sin el invernadero, el cielo despejado y estrellado de una noche invernal escocesa arqueaba su cúpula azul sobre las cumbres de los Lomonds; y dentro, gracias a la habilidad y a las tuberías de agua caliente, estaban el cactus amarillo de flor, la dorada Jobelia, la querena escarlata, los delgados filamentos y flores azules de la liana, las naranjas y uvas de los soleados trópicos.

"¿Qué es eso que cuelga de la rama de la vid sobre nosotros?" preguntó Lady Louisa.

"¿Justo encima de nosotros?" dijo Cora, riendo, mientras levantaba la vista con una sonrisa encantadora en su radiante rostro de niña.

"¡Haw—muérdago, por Júpiter!" exclamó Berkeley, mirando también hacia arriba, con la copa en el ojo y las manos en los bolsillos.

Normalmente no soy muy tímido en asuntos relacionados con ese peculiar parásito; pero debo admitir que cuando vi a Lady Loftus, en todo el esplendor de su belleza aristocrática, tan pálida y a la vez tan oscura, con la prima Cora de pie coquetística a su lado, bajo la rama dotada, mi corazón me falló y sus pulsos se detuvieron casi sin parar.

"Es un privilegio, primo", dije yo, y besé a Cora, como podría haber hecho con una hermana, antes de que pudiera apartarse; y la chica, que normalmente se reía, tembló y puso tan pálida que la miré sorprendido.

Lady Louisa se apartó apresuradamente, mientras yo me inclinaba sobre su mano y apenas me atrevía a tocarla con los labios; pero juzgue mi rabia y su altivez cuando mi frío y sarcástico compañero oficial, el señor Berkeley, se acercó con languidez, y reclamando lo que él llamó "el privilegio de la temporada", antes de que ella pudiera evitarlo, presionó bruscamente su labio bien bigoteado contra su mejilla.

Aunque sonreír conmovedor, se retiró con altivez, con el labio inferior tembloroso y los ojos negros brillando peligrosamente.

"La temporada, como la llamas, para estas absurdidades ha terminado, Berkeley", dije con gravedad. "Además, esta casa no es un casino, y ese trofeo debería haber sido retirado por el jardinero hace tiempo."

Me relajé por la rama y la tiré a una esquina. Berkeley solo soltó una de sus risas suaves, casi silenciosas, y, sin molestarse en lo más mínimo, hizo una especie de

pirueta sobre los tacones de latón de sus botas vidriadas, lo que le puso cara a cara con la condesa, que en ese momento entró en el invernadero tras su hija, a quien rara vez permitía ir mucho más allá del alcance de sus gafas.

"Lady Chillingham", dijo, decidido a iniciar la conversación, "¿ha oído el rumor de que nuestro amigo, Lord Lucan, va a comandar una brigada en el Ejército del Este?"

"He oído que va a comandar una división, señor Berkeley, pero Lord George Paget tendrá una brigada", respondió la condesa, fría y precisa.

"Ah, Paget—haw—me alegro de oírlo", dijo él, mientras pasaba recostado; "Era un viejo amigo del—haw—doocid glad de mi padre."

Era una debilidad de Berkeley hablar así; de hecho, era una broma común en el comedor de Wilford, Scriven, Studhome y otros nuestros traer la nobleza a la *tapis*, a cierta hora de la noche, y "sacarlo a la trota"; pero al oírle hablar así de su padre, que —hombre honesto— comenzó su vida como carretero, fue demasiado para mí, y me reí a carcajadas.

El saludo que tan atrevidamente le había dado a Lady Loftus fue para mí una fuente aguda de ira celosa y fastidio, que no podía ni perdonar ni olvidar fácilmente, y si la antigua moda de los duelos aún existiera, la pena podría haber sido muy querida. Tenía la amarga conciencia de que ella, cuya mano apenas me había atrevido a tocar con un labio que temblaba de emoción contenida, había sido saludada bruscamente—en realidad besada ante mi rostro—por alguien por quien sentía algo más, si era posible, que un profundo desprecio.

No sé qué pensó ella del episodio. Un horror de lo que toda gente bien educada considera una escena sin duda prevaleció, pues ella tomó el brazo de su madre y falleció, mientras Cora y yo los seguíamos.

Los celos sugerían que mucho debía haber pasado entre ellos antes de mi llegada, de lo contrario Berkeley, con toda su seguridad, no se atrevió a actuar como lo hizo. Esta suposición fue para mí una fuente real de tortura y mortificación.

"Cuando el amor se cuela en la naturaleza", dice un escritor, "día tras día infiltrándose en sus sentimientos, por así decirlo, por cada rincón del ser, reclutará cada rasgo egoísta al servicio, de modo que quien ama se siente medio enamorado de sí mismo; pero donde la pasión viene acompañada de la fuerza abrumadora de una convicción repentina, cuando todo el corazón queda cautivado de golpe, el yo se olvida y la imagen del ser querido es todo lo que se presenta."

Sin dormir esa noche, me atormentaba con las "trivielitas ligeras como el aire" que para jóvenes en mi condición son "confirmaciones tan fuertes como pruebas de la Santa Escritura."

Por fin dormí; pero mis sueños—esas visiones que preceden a la mente y el ojo dormidos hacia las horas de la mañana—no eran de ella a la que amaba, sino de mi bonita y juguetona prima, Cora Calderwood, de piel clara y cabello oscuro.

CAPÍTULO VII.

Aunque nuestro amor nunca se haya contado,

O respiraba sola;

Por suspiros que no se controlarían

Se mostró su creciente fortaleza.

El toque que nos emocionó de alegría,

La mirada, de corazón indómita,

En una luna corta, tan breve como brillante,

Proclamó esa tierna verdad.

ALARIC WATTS.

A la mañana siguiente decidí que, si era posible, no pasaría sin intentar descubrir el estado del corazón de Lady Louisa—cómo se sentía afectada por mí y si tenía alguna posibilidad, por remota que fuera, de reavivar o asegurar el interés que confiaba que tenía en mí la última vez que nos vimos en Inglaterra. Pero durante la noche la nieve cayó con fuerza; tenía quince pulgadas de profundidad en el césped, como me contó Willie Pitblado. Los Lomond iban vestidos de blanco espantoso hasta sus cumbres, y como parecíamos destinados a estar encerrados en jaulas todo el día, mis posibilidades de ver a Louisa sola serían realmente remotas.

En la biblioteca y los salones encontré a todos los invitados de anoche reunidos, salvo el ministro, el médico y el abogado, que habían vuelto a casa, y a ella la busqué.

La nieve causó un arrepentimiento universal, pues se habían realizado varias excursiones—algunas por visitar el castillo en ruinas de Piteadie; algunos para montar hasta Lochleven; y otros, aún más lejos, para ver los fragmentos que quedan de la antigua abadía de Balmerino.

La condesa y su hija, vestidas con un encantador baño matutino, aparecieron justo cuando el rugido del gong nos convocaba a un desayuno escocés; ¿Y de los esplendores de tal comida, qué no ha oído el gourmet?

Había venado, cordero, urogallo frío y lagameno, eglefines de rizca del Firth of Forth, salmón del Tay y miel de las colinas Lomond; un puesto de licores, con whisky y brandy, se encontraba a la derecha de Sir Nigel. En un extremo de la mesa había té, presidido por Cora; en la otra, donde oficiaba la señorita Wilford, era café.

Sobre el paisaje nevado, una gloriosa inundación de sol se colaba por los montantes de piedra de las ventanas de oriel, proyectando sombras de los viejos y sin hojas a lo largo del deslumbrante blanco deslumbrante.

Tuve el placer de sentarme al lado de Lady Loftus, y charlamos amablemente sobre las personas que habíamos conocido y los lugares donde habíamos estado. Los eslabones de la vieja cadena se levantaban rápidamente, y cada vez que miraba en la profundidad silenciosa de sus ojos oscuros sentía una fuerte emoción pasar por los míos.

Berkeley estaba sentado al otro lado, pero podía percibir que era educadamente reservada con él; así que el arte de la insolencia, un arte que había estudiado detenidamente, le había servido poco después del uso que le había dado la noche anterior.

"¿Y vas al Este con placer?" preguntó, casualmente, tras una pausa.

"Con placer, y sin embargo con un gran pesar", dije mientras tocaba suavemente su mano.

"¿Y este arrepentimiento, es un secreto?"

"No se puede hablar de ello aquí; y sin embargo, una pequeña explicación—una palabra, quizá—me hará marchar como el más feliz de la expedición a Crimea."

"Ánimo", dijo, en voz baja, que hizo que mi corazón diera un brinco de esperanza y anticipación.

"Newton, ¿de qué estáis hablando tan impresionantemente con Lady Loftus? Pero, quizás, no debería preguntar", dijo mi tío, mientras tallaba el urogallo frío, y un leve matiz de molestia cruzó el pálido rostro de mi compañero.

"Bueno, Sir Nigel", respondí, "estaba a punto de decir que antes de que volviéramos a ver un desayuno como este, habremos tenido un giro difícil con los rusos y habremos hablado políglotas con compañeros de todas las naciones en el bando aliado; haber

bebido un sorbet, quizás, con el sultán, mirado a sus damas en las celosías doradas y fumado una *chibouque* con Giafar, Mesrour y otros amigos del Comendador de los Fieles."

El flujo de mi ánimo contrastaba algo con el reflujo de Berkeley's. Se sentaba en silencio y de vez en cuando se tiraba de sus largos bigotes y bigotes, que se mezclaban entre sí—la envidia de nuestras cornetas de mejillas de manzana.

Pero ahora el señor Binns entró con la bolsa de cartas del hogar—un estuche de cuero, que llevaba el nombre y las armas de Sir Nigel en una placa de latón, y su contenido (siempre tan bienvenido en una mesa de desayuno campestre) se repartía entre nosotros.

Por suerte, había periódicos y cartas para todos los presentes menos para mí. Digo por suerte, porque tenía un pago por hora por miedo a que me cancelaran mi breve permiso y recibir una citación del coronel para el cuartel general.

"Lord Slubber de Gullion expresa gran sorpresa de que estemos tanto tiempo en Escocia", dijo la condesa de Chillingham, mientras leía rápidamente una carta escrita con una letra grande y redonda.

"Un aburrimiento viejo, mamá."

"No digas eso, Louisa."

El nombre, que es lo más parecido al original que me atrevo a darle, sonaba extrañamente; Pero llegó un momento en que resultó ser un nombre triste para mí.

"¿Conoces a Slubber?" me dijo Berkeley, en voz baja.

Negué con la cabeza. A lo que reanudó—

"Es un antiguo par de buena línea anglo-normanda, como indica el nombre; rico como un judío, y navega uno de los mejores yates que jamás hayan desatado lonas en Cowes; una casa en Piccadilly; un palco en la ópera; otro de otro tipo en las Highlands; un páramo en Irlanda—lo llaman algunos pantano; un excelente semental y una manada de sabuesos; Un sótano glorioso. Un viejo rico, sin duda; Un gran amigo de mi padre. Se dice que sus cenas son—haw—perfectas, desde el caviare en pan rebanado, *al estilo Russe*, hasta el café y la curaça, el mocha y el marrasquino."

Las damas estaban ocupadas con sus epístolas cruzadas y recrucias de amigos, cotillas y corresponsales. Mi tío se puso de excelente humor con una misiva de una reunión de los heritors y otros interesados en la caza del condado, asignándole el

amo de los sabuesos, con un par de miles anuales para sus gastos y el sufragio de los daños, si se comprometía a cazar en el territorio entre los Firths of Forth y Tay.

"Tienes unos cazadores muy buenos en los—haw—establos, Sir Nigel", dijo Berkeley, que era algo deportista.

"Sí, más o menos."

"Dunearn es un animal de extremidades limpias", dijo el general.

"Sí; pero no mejoró con tu galope entre los parterres de melones", respondió Sir Nigel, riendo. "Me costó cuatrocientas cincuenta libras, ese caballo. El suero salino, el gris, con los perches oscuros, es mejor cazador para desmontar cercas y cruzar un terreno rígido, y aun así solo me costó doscientos diez libras."

Tras abrir su tercera o cuarta carta, Berkeley evidentemente recibió noticias que no eran agradables, pues le oí murmurar casi un juramento, como dijo, incómodo—

"¡Jockeyed! ¡Vendido por el jockey, Trayner! Un cheque en su banco por la cantidad; más o menos tan bueno como uno en las orillas de Terranova."

"No hay malas noticias, Berkeley, espero", dijo mi tío.

"Oh—haw—nada, Sir Nigel", dijo él, y retirándose a un oriel, sacó un libro de memorandos y procedió a considerar las pesas para una próxima carrera; y tan absorto estaba que Cora se rió en voz alta al oírle murmurar así, tirando de sus largos bigotes mientras tanto—

"Tren de correo, cinco años, ocho piedras dos libras. Cola swish-tail, tres años, seis stone y cuatro libras. La reina Victorina, envejecida, más bien, seis piedras y cuatro libras", y así sucesivamente.

Al levantarnos de la mesa del desayuno y dividirnos en grupos, dejó caer una carta con letra femenina. Lo recogí y le seguí. Estaba abierta, y la firma "*Agnes Auriol*" llamó mi atención.

Por ese nombre conocía al escritor, y podría haber aplastado las posibilidades de Berkeley, quizás, para siempre; pero como no se podía hacer tal uso honorablemente, le toqué el hombro, simplemente diciendo—

"Perdone, ha dejado caer esto."

Cambió de color dolorosamente al recibir la carta, se acercó al fuego, la arrojó dentro y esperó con cuidado hasta que se consumió.

No me faltaba la esperanza de atraer a Lady Louisa a la biblioteca, al invernadero o a algún rincón tranquilo, ya que no se podía pensar en un paseo o paseo al aire libre; Pero mi tío arruinó mis oportunidades, anunciando de repente, con una de sus carcajadas fuertes y alegres, que el vaso se estaba alzando, que el día seguiría siendo bueno y que los caballeros debían matar la cena del día siguiente o quedarse sin ella. Iba a golpear los matorrales por unos cuantos pájaros, y llevaba armas para toda la fiesta.

El viejo general refunfuñó una inconfundible disidencia, y Berkeley guardó su libro de apuestas, arrastrando las palabras, mientras miraba el paisaje nevado y salía de la habitación—

"¡Un aburrimiento horrible!"

"Vamos, general", dijo mi viejo tío de corazón, que no había oído la respuesta incortés de Berkeley, "no piense aún en sustituir las botas de franela por las botas superiores; Tortuga de Ascensión y champán rosado para la paciencia y papilla acuática; ¡Fomentos calientes para whisky caliente! ¡Venirse! ponte el cinturón de disparos; La gota aún está lejos."

"¡Dios! No estoy tan seguro de eso, Sir Nigel; y luego está esta maldita fiebre de la jungla, que me contagié cuando subí por el país con el 3º de Bengala, y tengo horror a las tostadas y el agua, incluso cuando se aromatizan con jerez pálido y seco."

"¿Dónde está el señor Berkeley merodeando? ¿De qué se trata?"

"Decidirse, papá, o lo que él considera tal", dijo Cora.

"Bueno, Cora", dijo el viejo baronet, "nunca deberías interrogar a un invitado."

Berkeley, al reingresar, insistió en que tenía cartas que escribir, por lo que debía quedarse atrás; eso dijo el señor Spittal, el diputado. Así, el grupo de caza se redujo a Sir Nigel, el farero, y a mí.

Cora nos trajo a cada uno un frasco de brandy y luego un pequeño paquete de bocadillos cortados con sus propias manos bonitas en la despensa de la ama de llaves. Estos los metió en nuestros bolsillos, y nos dirigimos a la casa del farero, yo, por razones convincentes propias, muy a regañadientes, aunque Lady Louisa me besó la mano sonriendo dos veces desde la ventana del salón; pero como Cora y todas las damas lo hicieron al mismo tiempo y agitaron sus pañuelos, apenas pude captar de esa señal de su atención.

La cabaña de Pitblado estaba a más de una milla de distancia. La nieve se descongelaba rápido, bajo el sol; Pero íbamos vestidos con leggings de cuero robustos y abrigos gruesos y cálidos de tiro y gorras.

El comportamiento de mi tío era inquieto mientras caminábamos. Evidentemente tenía algo en mente que no podía expresar con palabras, y yo no podía ayudarlo. Tras una pausa—

"Newton, muchacho", dijo él, "no creo que hoy te guste mucho el arma."

"¿Qué te lleva a pensar eso, tío?"

"Seguías mirando hacia atrás hacia la casa, mientras incluso las aletas estuvieran a la vista, como si el juego allí tuviera más atracciones que los pájaros al aire libre."

"Solo miré atrás para inclinarme ante Lady Loftus y los demás", dije riendo.

"¡Ahí está! ¿Por qué pones a Lady Loftus primero?"

"Quizá porque su figura era la más alta—no lo sé—quizá debería haber nombrado a Cora como la Dama de Calderwood", dije riendo, para ocultar mi creciente confusión.

"Newton Norcliff, sientes un cariño especial por la hija de Lady Chillingham", dijo Sir Nigel, grave.

"¿Lo he hecho? No sé si yo sí, señor", repetí, sonrojándome de verdad.

"Por supuesto que sí, y lo sabes", dijo él, con énfasis.

"¿Pero quién te lo contó?"

"Cora."

"¿Cora?"

"Sí, con lágrimas en los ojos, esta mañana."

"¡Lágrimas! Esto es incomprensible. Solo he estado una noche bajo el mismo techo con Lady Loftus."

"Sin embargo, Cora ha descubierto tu secreto. Las chicas son muy perspicaces en estos asuntos, te lo aseguro."

"¿Pero por qué Cora lloró?"

"No lo sepas por nada del mundo, a menos que tema que tu amor sea solo licor en el agua. Son una familia fría, calculadora y ambiciosa, de Lord Chillingham, y portarán su halcón a una caza más alta que la simple nobleza terrateniente."

"Es una buena chica, Cora", dije pensativamente

"Si te gusta Louisa Loftus, te respaldaré en lo que sea", dijo mi tío directo, con firmeza; "pero no creo que a mi señora madre le agradara un pretendiente como teniente de caballería. Ya la he oído insinuar que Lord Slubber ha hecho propuestas, con oferta s de un acuerdo brillante; pero el hombre es mayor que yo, y no podría cazar un país ni subir por una colera nevada, como hacemos ahora, que volar por el aire. En cualquier caso, no tires tu corazón más allá de lo necesario y, además, mientras tanto, mantente atento, te digo."

"¡Sharp!" Exclamé, desconcertado por este extraño revoltijo de consejos. "¿Cómo— por qué?"

"¿No percibes lo que está pasando?"

"¿Qué, tío?"

"Ese burro que bosteza, Berkeley, está haciendo todo lo posible para quitarnos el viento."

"Tío, de verdad he sentido un poco de miedo por esto. Tiene, ya sabes, una fortuna impresionante."

"No dejaría que un tipo así se enfrentara a mí", dijo Sir Nigel. "Yo me metería y ganaría a galope a mano. Son tus hombres que hablan, empujan y que avanzan — que siempre parecen seguros de lo que dicen, que nunca reconocen un error ni admiten una derrota — los que con demasiada frecuencia toman la iniciativa en la vida. Con una habilidad media, y diez veces la seguridad media, a menudo alcanzan un objetivo que el mérito tímido nunca llega a alcanzar. Así que interés, digo, y gana, si la quieres."

Mientras seguía corriendo así, no pude evitar admirar, por su edad, la figura robusta y el farol y el porte robusto de Sir Nigel, en su vieja caza de caza. Siempre fue un tirador de élite, y en su juventud y en la mediana edad había sido uno de los jugadores de curling y golfistas más entusiastas entre los West y East Neuks de Fife.

Su gran fanfarronancia era que aún podía, si quería, golpear una bola de golf desde la calle sobre cada una de las agujas más altas de St. Andrew's. Muy hábil con la pistola, como he dicho, había enfrentado a más de un antagonista político en

disputas sobre el antiguo Proyecto de Ley de Reforma, en los tiempos de Brougham, Grey y Russell. Lanza el guante al aire y dispararía cualquier dedo que mencionaras; y golpearía una pelota de cricket, aunque fuera tan alta, con una sola bala de rifle. Así, en sus manos fui enviado a unirme a los lanceros como un maestro de armas y, sin duda, un jinete completo.

Sir Nigel, sin embargo, tenía el aire de un hombre de la ciudad escocés; en Edimburgo un hombre de estilo diferente al del mismo género en Londres: el de botas vidriadas y bigotes cuidadosamente recortados, exquisitamente solemne e imperturbable, como si hubiera visto todo el mundo y no hubiera encontrado nada en él.

El "dandy" que ronda el New Club en Princes-Street suele ser un hombre de casi dos metros, bronceado y quemado por el sol (ha servido en algún sitio—en la India en general), y con un bigote abundante. Lleva un palo enorme; viste trajes de Tweed rudos y brogues de doble suela, con dedos y filas de clavos, como si siempre estuviera listo para enfrentarse a las colinas y al brezo helado. Puede ser un snob, como su hermano inglés Dundreary; Pero tiene algo rudo y de servicio en su porte que sugiere trepar rocas, pescar, cazar y disparar.

Pero ahora la advertencia de Sir Nigel, el agudo descubrimiento de Cora sobre mi secreto y el saber que Berkeley seguía en plena posesión del campo me llenaban de ansiedad y molestia. La excursión de tiro me aburría, y busqué el final antes de que hubiéramos empezado bien.

¿Qué me costarían esas horas de ausencia de ella?

Llegamos a la cabaña del guardabosques, situada en medio de un denso bosque, junto a un arroyo de wampeling, y cerca del pozo de King James. Un musgo de tono esmeralda cubría todo el tejado de paja, y en verano las caravanas verdes y los escarlata hacían que todas las paredes encaladas y las pequeñas ventanas fueran alegres.

Ahora los primeros estaban adornados con hileras espantosas de halcones, gatos salvajes, fiumarts y comadreas medio descompuestos, mientras que el cráneo blanco y desnudo de un ciervo, con sus gallardas astas extendidas, estaba fijado sobre la puerta. A lo largo del jardín palidecían, los halcones muertos colgaban por docenas, mientras se libraba una guerra regular entre ellos y el viejo Pitblado, que pasaba la mitad de sus días lanzando trampas; así, la brisa que pasaba por su cabaña estaba cargada de olores, pero no de "un banco de violetas".

Era un hombre sano y sano, con un aspecto curtido, pelo corto y canoso, y ojos grises agudos, que brillaban y se humedecían mientras me estrechaba la mano cálidamente y me daba la bienvenida de nuevo al valle.

Aunque respetuoso y amable, su porte no carecía de dignidad innata, pues se enorgullecía de considerarse el último representante de una antigua línea de terratenientes de Fifeshire, los Pitblados de Pitblado y similares, que habían perdido sus tierras y posición hace mucho tiempo; pero con su viejo abrigo de terciopelo sin color particular, su gorro azul, la bolsa de juego de la cadena y el peto largo y grasiento, Pitblado estaba tal y como lo había visto por última vez. Aunque "como soldados en la marcha de la vida, quizá nunca aprendamos a marcar el tiempo, el tiempo nunca deja de marcarnos."

"Fue amable de tu parte, Maestro Newton, de traer a mi muchacho, Willie, para que me viera antes de que te fueras a la guerra; y cuando estés allí, espero que tú y él cuiden de lo que puedas, porque yo podría perdonarle tan mal como Sir Nigel podría perdonaros a ti; y haz la banda donde quieras, Maestro Newton, nunca tendrás un amigo más verdadero o hermano que Willie Pitblado."

Mientras el anciano seguía corriendo, los perros salieron corriendo.

"Aquí", dijo mi tío, "tienes tu viejo apuntador favorito, el blanco y beige, aún vivo."

"Pero es un despistador, no, Maestro Newton, es ciego o un poco borroso; sin embargo, no tengo corazón, o más bien quiero corazón, para dejar atrás a la bestia de la puir."

"Y aquí está también el Guardián—el valiente viejo Guardián, con el que jugaba cuando era niño", exclamé, mientras un gran viejo mastín, que reconocía mi voz, saltaba sobre mí con alegría, gimiendo y ladrando mientras tanto—un perro que siempre era amable con los niños; que movía su cola aristocrática ante todas las damas y caballeros, pero aullaba y gruñía temeroso a todos los mendigos y gente mal vestida.

Allí, en esa cabaña, el viejo Willie vivía ahora solo con sus perros y una nutria domesticada. Era un animal bastante notable. Lo había encontrado de cachorro en un estanque cerca de Calderwood Glen, y poco a poco lo fue domesticando tanto que respondía a su voz, le seguía y empleaba sus habilidades para pescarle, llevando a cada pez regularmente a sus pies y, a una señal, sumergiéndose en busca de más; y, curiosamente, los terriers que cazaban otras nutrias nunca molestaron a esta.

Se seleccionaron un par de jóvenes punteros enérgicos. Cargamos, tapadamos, colocamos los cañones al hombro y partimos. Esto era solo el comienzo del deporte del día, y suspiré impaciencia por el final.

"¿Probamos con el cinturón de pinos del Standing Stane Rig?" dije.

"Solía ser una cubierta perfecta para los patricks (perdices), y en la época de mi padre para los urogallos", dijo Pitblado; "pero esos roosianos, las comadreas, los piots, los halcones y los collies pastores, han jugado con el de'il. En ese cinturón de neeps, donde se ven los shaws junto al snaw, los ciervos suelen salir del pinar a alimentarse, para que hoy podamos dispararle a uno."

"Vamos, entonces", dijo Sir Nigel, impaciente. "Disparad mientras puedas, Newton. En la primera semana del mes que viene termina la caza de perdices y faisanes."

"Para entonces, tío, en estos días tan rápidos de vapor, puede que esté sobre embistiendo a los rusos."

"Entonces sable y vaso con voluntad, chico."

Fue del viejo Pitblado de donde recibí todas mis primeras lecciones de tiro y pesca, en el arte de lanzar balas y hacer moscas; y recuerdo un consejo especial que siempre me daba sobre el salmón.

"Sí, dejad a su salmón antes de desembarcarlo, Maestro Newton, porque la dungla en el caballo muestra la calidad del pescado; Y si enganchas a una grilse, mantén su cola en alto y bien en el agua hasta que esté limpia."

No vimos ciervos ese día, y disparé de forma tan salvaje y extraña, y generalmente chocaba con el centro de cada cala sin seleccionar ni cubrir las aves exteriores, que Sir Nigel se quedó desconcertado, y el viejo Pitblado perdió toda paciencia conmigo.

Atravesé los campos cubiertos de nieve con ellos como se haría en un sueño. Oía algún disparo ocasional del arma de mi tío, los pájaros se levantaban zumbando en el aire, y luego uno o dos caían rodando, golpeando la nieve con sus alas y manchándola con su sangre, antes de que Pitblado los metiera en su generosa bolsa.

Escuchaba su voz profunda e impresionante decir de vez en cuando: "¡Marca!" cuando los grupos se levantaban y que vigilara dónde bajaban; luego "Busca muerto" a los punteros solía seguir al estallido! ¡Bang! de los barriles de Sir Nigel; Pero mi mente estaba completamente absorta en la ensoñación. Solo vi la cara de Louisa Loftus, con Berkeley rondando a su alrededor.

Me imaginaba que había logrado el tête-à-tête que yo no había conseguido. Me lo imaginé abriendo las trincheras con disculpas, en frases establecidas, por la ofensa que había cometido en el conservatorio; Y si lograba tener tal base para sus operaciones, ¿dónde podría acabar el asunto? ¡Dios mío! por lo que sabía en sentido contrario, en un compromiso solemne, pendiente del consentimiento de mamá Chillingham, pues su señoría, el conde, era algo cifrado en estos asuntos, y en su propia casa en general. ¡Qué ingeniosamente uno puede atormentarse a uno mismo cuando se aflige por los celos! y así fue mi verdadera miseria durante el cansado tiroteo de ese día, y me alegré cuando el sol de enero, que se ponía más allá del oeste de Lomond, advirtió a mi incansable tío que era hora de regresar a casa, después de haber recorrido en nuestras peregrinaciones unos quince millas de tierra.

Había cazado cuatro liebres y dieciocho dos de aves, cuatro de ellas hermosos faisanes dorados; mientras que yo solo había derribado dos perdices—un resultado que hizo que Cora y Lady Louisa se rieron en exceso, y cada una declaró que haría cocinar las dichas aves especialmente para ellas.

CAPÍTULO VIII.

Los cielos estaban marcados por muchas rachas cinematográficas

En Oriente, y el sol brillaba a través

Esas líneas, como Esperanza en la mejilla de un doliente

Cambia, humilladamente reprendida, su encantador tono de color.

Desde bosques y praderas, todos adornados con rocío,

Niebla plateada y rosa, sin viento remolino barrido;

Las chimeneas de la cabaña, medio ocultas a la vista

Por su follaje envolvente, enviados a lo alto

Sus pálidas coronas de humo no se alzaron hacia el cielo.

BARTON.

Al día siguiente la nieve había desaparecido por completo; El país volvía a parecer fresco y verde; y cuando nos reunimos para desayunar, y mientras las damas intercambiaban besos matutinos suaves en cada mejilla—al estilo francés, más que a la Ecossaise—se proyectaban de nuevo varias excursiones.

Entre otros, Cora nos instó a visitar el castillo en ruinas de Piteadie, que pertenecía antiguamente a una rama de la familia de mi tío ahora extinta.

Se encuentra en la ladera de una suave elevación, a cierta distancia al oeste de la famosa "larga ciudad" de Kirkaldy, a un agradable paseo de unos diez millas desde el valle; y era un lugar al que cabalgábamos con frecuencia en los días de mi infancia, cuando mis hazañas en la silla se realizaban montadas en un poni Shetland de barriga peluda; así que anhelaba volver a ver la vieja ruina.

Se envió un mensaje al establo tras el almuerzo, y se pidieron caballos para el grupo, que iba a estar formado por Lady Louisa, Cora, la señorita Wilford, Berkeley, el diputado y yo.

Las damas pronto aparecieron con sus hábitos de equitación; y, para mi quizá parcial fantasía, parecía algo incomparable en la gracia con la que Louisa Loftus sostenía, o colgaba, los pliegues fruncidos de su amplia falda azul oscuro en su mano izquierda, enguantada y ajustada.

Había un leve rubor en su mejilla, normalmente pálida, una mirada furtiva en sus largas pestañas oscuras, mientras se echaba el velo sobre el hombro, alisaba por última vez las trenzas de su cabello negro y tropezaba bajando los escalones de la entrada, apoyándose en el brazo de su cortés viejo anfitrión, hasta donde estaba nuestra caballería, Arañando la grava impacientemente, arqueando el cuello y aferrándose a sus brillantes partes de acero.

Pronto montamos y *nos pusimos en camino*. Cora y Lady Louisa, que estaban decididas a tener un poco de cotilleo privado, tras preguntarme alegremente sobre mi asiento de dragón en la silla, montaron al principio juntas; y, mientras nos emparejábamos por la avenida, seguidos por mi hombre, Willie Pitblado, y otro mozo bien montado, me encontré junto a Berkeley, después de que Sir Nigel, que tenía una reunión del condado a la que asistir en Cupar, nos dejara.

"Los establos de tu tío hacen buena presencia de caballería", dijo Berkeley; "Este gris es un buen trozo de carne de caballo."

"'Pisa bien por encima de sus puestas' es bastante un favorito de Sir Nigel", dije fríamente, pues tenía un tono condescendiente que no me agradaba. Podría reírme con Lady Louisa cuando hablaba de Sir Nigel como "un viejo raro y irónico" o "un viejo querido"; pero no podía tolerar a Berkeley cuando se iba de la siguiente manera—

"Sin duda es un triunfo, Sir Nigel, pero gracioso, como dice Lady Loftus— ¡exquisitamente irónico! Si él—jaja—derrama sal, sin duda recuerda a Judas y le da un

pellizco por encima del hombro izquierdo; tira el fondo de sus huevos, no sea que las hadas tiren de ellos; y—ja, ja—se desmayaría, supongo, si cenara uno de los trece."

"No tengo constancia de que Sir Nigel tenga ninguna de las inclinaciones que mencionas", dije yo; pero, sin importarle que le miraba, Berkeley, con su sonrisa insípida e insípida, continuó con su impertinencia.

"Las cosas han—jaja—cambiado tanto en los últimos años, que estos viejos en realidad ignoran el mundo en el que viven; y el—ja, ja—mundo va tan rápido, que en tres años *aprendemos* más de él, y de la vida (¡Dios! no saben nada de la vida real), que en treinta. De joven, Sir Nigel era, no tengo duda, un ciervo con pantalones de cuero y polvo para el pelo—haw—quizá conducía un Stanhope, y llevaba un Spenser, *ultimus Romanorum*; hizo su primera visita a Londres en el viejo carruaje de correos, con un par de pistolas en el bolsillo, y la firme convicción de que cada segundo inglés era un ladrón."

Escuchaba con creciente indignación, porque sobre este hombre, que le interrogaba así, mi pobre tío le estaba regalando su genuina y antigua hospitalidad escocesa. Tenía toda la disposición a discutir con Berkeley, y si hubiéramos estado con el regimiento, o en otro lugar, sin duda lo habría hecho; Pero en casa de mi tío, una *pelea* con un invitado, especialmente con un compañero oficial, era lo último en lo que se pensaba.

"Es usted algo poco amable en sus comentarios, señor Berkeley", dije con altivez.

"No soy—jaja—muy buen lector, Norcliff; pero admiro mucho a cierto escritor, que dice que 'La amistad significa el hábito de reunirse en la cena—¡la más alta nobleza del alma es quien paga el juicio!'" respondió Berkeley.

"Y siempre pensaste que ese axioma——"

"¡Ser increíblemente bueno! Slubber es el único viejo que he conocido que ha estado al día con los tiempos."

"¡Así es!" dije yo, con un aire afectado de perfecta indiferencia. "He oído hablar de él—se dice que le propuso matrimonio a nuestro hermoso amigo delante."

"Ah, ¿puedo preguntar cuál de ellos?"

"Por Lady Louisa."

"Es muy probable—las familias son extremadamente íntimas, y sé que ella ha ido dos veces al Continente en el yate de Slubber."

Berkeley dijo esto con un rodamiento aún más frío que el mío; pero era consciente de que el tipo me estaba escaneando de cerca a través de sus malditas gafas.

"¿Su fortuna es, creo, guapa?"

"¡Magnífico! Sesenta mil al año, al menos—¡ja! Su padre era un tipo imprudente en los días de la Regencia, que se iba rápido a los perros; pero afortunadamente murió a tiempo para dejar que las propiedades pasaran a Nurse durante la minoría de edad del hombre actual. He oído una buena historia sobre el difunto Lord Slubber de Gullion, que, tras perder una gran suma en el Derby, solicitó a un conocido corredor de la ciudad cinco mil libras por las joyas de mi Lady Slubber.

"'Numerad a los brillantes', dijo, 'y poned piedras falsas en su lugar; nunca notará la diferencia.'

"'Llegas demasiado tarde, mi señor', respondió el de los tres cañones de seis libras, con una sonrisa.

"¡Demasiado tarde! ¿Qué demonios quieres decir, Abraham?"

"¡Mi señora Slubbersh me entregó los diamantes hace tres años, y todas estas piedras son falsas!"

"Así que mi señor se retiró, desplomado de rabia, para descubrir que le habían robado una marcha—¡eso fue un desastre!"

He dicho que la nieve había desaparecido por completo, salvo en las cumbres de las colinas; Pero, hinchados por su deshielo, los canales de camino burbujeaban alegremente bajo los llimidos negros y los helechos marchitos, reflejando el azul puro del cielo sobre sus cabezas. En un lugar donde el camino se ensanchaba, gracias a un hábil uso de las espuelas, logré meter mi caballo entre las almohadillas de Cora y Lady Louisa, y así me deshice de Berkeley.

Charlamos agradablemente mientras cabalgábamos a paso tranquilo, y poco después, al subir las alturas, vimos la amplia extensión del Firth of Forth brillando con todas sus ondas bajo el claro sol invernal, con las colinas de los Lothians enfrente, medio envueltas en vapor blanco.

Habría dado todo lo que tenía por estar solo media hora con Louisa Loftus, pero no se me dio ninguna oportunidad ni fortuna; y aunque nuestro viaje al castillo en ruinas fue, en sí mismo, de poca importancia, resultó ser el medio para un fin.

Una anciana, con uno de esos peculiares gorros que María de Gueldres introdujo en Escocia, con una banda negra—la insignia de la viudez—encima, apareció en la

puerta de una pequeña cabaña con techo de paja y nos guió por un sendero casi ecuestre hasta la ruina, sonriendo amablemente al hacerlo.

"Newton", dijo Cora, "¿te acuerdas de la vieja Kirsty Jack?"

"Perfectamente", dije yo; "Muchas tragadas de leche que he tomado de ella en años anteriores."

Cora siempre se preguntaba por qué la gente la quería y por qué todos los rangos eran tan amables con ella; Pero la buena alma no era consciente de que su sencillez juvenil de modales, su suavidad de tez y rasgos, su dulzura encantadora en la expresión y la modulación de la voz, eran tan atractivas. Si así fuera, el amuleto quizá habría desaparecido o se habría vuelto más peligroso por el ejercicio de la coqueta. A menudo, cuando la miraba, se me ocurría la idea de que si no me hubiera deslumbrado Lady Louisa, sin duda habría amado a Cora.

La cabaña llevaba un cartel con la inscripción: "*Christian Jack—un callend[*] por la hora o la pieza*", un anuncio que generó cierta especulación entre nuestros amigos ingleses; y, ignorantes tanto de su origen y significado, o lo que es más probable, que lo afectaba, Berkeley se rió desmesuradamente de la palabra, simplemente porque no era inglesa.

[*] Literalmente un mangle, de *Calandre*, los franceses. El término ha sido común en toda Escocia durante siglos. En París hay una calle llamada Rue de la Calandre.

"Christian Jack—John presbiteriano, debería sugerir", dijo él, mientras galopábamos por el sendero de caballos, en fila india, con Cora a la cabeza, con una mano firme en las riendas, su velo azul y su falda, y dos largos rizos negros flotando detrás de ella.

Lady Louisa la seguía de cerca, su cabello azabache recogido en gruesos y elaborados rollos por los hábiles dedos de su soubrette francesa; su figura más grande y voluptuosa mostrada con máxima ventaja por su ajustado hábito de montar; y ahora, en pocos minutos, la vieja ruina, con todas sus ventanas abiertas, se alzaba a la vista.

No era un objeto de gran interés, salvo para Cora y para mí, pues había sido escenario de muchos picnics y visitas en la infancia, y durante mucho tiempo había sido la sede de una rama de los Calderwood ahora extinta y fallecida.

Algunas leyendas extrañas y pintorescas estaban relacionadas con él; y Willie Pitblado, la vieja Kirsty en Loanend y nodriza de Cora, nos contaron historias de los viejos señores de Piteadie, y su "mano apretada", tallada sobre la puerta, que nos hacía sentir nada cómodos en las grises noches invernales, cuando las aletas crujían

arriba, y cuando el viento que aullaba por el bosque sacudía los grajones en sus nidos y hacía vibrar las ventanas de la vieja Casa Calderwood sus cavidades.

El pequeño castillo de Piteadie se alza en la cara de un talud inclinado al oeste de Kirkaldy y un poco al norte de Grange, la antigua baronía de la última campeona de María Reina de Escocia; y sin duda está fundada sobre el sótano de una estructura más antigua, pues en 1530, durante el reinado de Jacobo V, John Wallanche, señor de Piteadie, fue asesinado cerca de ella, en una disputa feudal, por Sir John Thomson y John Melville de la Casa de Raith.

El edificio actual pertenece al siglo siguiente, y es un pilote alto, estrecho y con torretas. Las ventanas son pequeñas y todas han sido rejillas gruesas, y el acceso a los distintos pisos se da por una estrecha escalera circular.

Dentro de un frontón, medio cubierto de musgo, sobre la puerta arqueada en la muralla este, hay un escudo mohoso de los Calderwoods, con una aspa y tres estrellas en la cabeza; y un casco coronado por una mano cerrada—las iniciales "W.C." y la fecha 1686.

Pit es un prefijo común para las localidades de Fifeshire. Algunos anticuarios creen que significa Pict; por otros una tumba.

Cora nos llamó la atención hacia la mano apretada y nos aseguró que sujetaba algo que representaba un mechón o rizo de cabello.

Si esto era así o no, nos era imposible decirlo, tanto estaba cubierto por el musgo verde y los líquenes de tono rojizo; Pero añadió que "encarnaba una pequeña leyenda pintoresca, que nos contaba después de la cena."

"¿Y por qué no ahora, querida Cora?" dijo Lady Loftus. "Si es una leyenda, ¿dónde sería tan apropiado un lugar como esta vieja ruina, con sus paredes sin techo y ventanas destrozadas?"

"No tenemos tiempo para quedarnos, Louisa", dijo Cora, señalando con el látigo la gran colina de Largo, cuyo cono se ocultaba rápidamente por una nube gris; mientras otra masa de vapor, densa y lúgubre, cargada de granizo o nieve, ascendía pesadamente desde el mar alemán y empezaba a ocultar el sol. "Verás, se acerca una ráfaga invernal, y cuanto antes volvamos al valle, mejor. Guía el camino, Newton, y te seguiremos."

"Con mucho gusto", dije; y echando una mirada de despedida a la vieja ruina que quizá nunca vuelva a ver, giré la cabeza de mi caballo hacia el norte y lideré el camino de regreso a casa con un galope elegante; pero apenas habíamos entrado en

Calderwood Avenue cuando la tormenta de granizo y aguanieve cayó con toda su furia.

Terminada la cena, me uní temprano a las señoras en el salón, dejando al diputado el lugar de Sir Nigel, que seguía ausente. Las pesadas cortinas, cerradas sobre todos los orieles, nos dejaban indiferentes al estado del tiempo exterior; y mientras Binns recorría la sala con sus bandejas de café, un grupo se reunió en una esquina alrededor de Cora, de quien recogimos su historia del viejo castillo que acabábamos de visitar, y ella la relató más o menos de la siguiente manera.

CAPÍTULO IX.

"¿Hay sitio en tu cabeza, Emma?

¿Hay sitio a tus pies?

¿Hay sitio a tu lado, Emma?

¿Dónde puedo dormir tan dulce?

"No hay sitio a mi lado, Robin;

No hay sitio a mis pies.

Mi cama está oscura y estrecha ahora;

¡Pero, oh! Mi sueño es dulce."

VIEJA BALADA.

Durante la época del rey Carlos I y las guerras del gran marqués de Montrose, su capitán general en Escocia—ese terrible periodo en que se libraba la guerra civil en Inglaterra y Escocia estaba dividida en dos entre los ejércitos del Pacto y de los Caballeros—William Calderwood de Piteadie fue el amante de Annora Moultray, [*] hija de Symon, el señor de Seafield; una torre que se alza en la orilla del mar, no muy lejos de Cuerno de Rey.

[*] Se pronuncia "Moutrie" en Escocia.

Ambos eran jóvenes y apuestos; ambos eran el orgullo del distrito en Kirk, Market y Merry-Meeting; y se había fijado un momento para su matrimonio cuando llegaron los problemas del Pacto. Calderwood se mantuvo fiel al rey, y al padre de su esposa a Cromwell, y a los puritanos ingleses.

Así que los pobres amantes fueron separados; su compromiso fue considerado roto por los padres de Annora, que eran religiosos oscuros, sombríos y severos—los

verdaderos viejos whigs de Fife; pero el día antes de que William Calderwood partiera para unirse al gran marqués, que avanzaba desde el norte al frente de sus victoriosos Highlanders, organizó una reunión de despedida con su amante en la pequeña capilla en ruinas de Eglise Marie, que hacía pocos años se encontraba en Tyrie, en los campos cerca de Grange.

En aquellos días de tiranía eclesiástica y espionaje social, poco podía escapar al ministro parroquial; así que el reverendo Elijah Howler informó rápidamente a Symon de Moultray de la "reunión de padres" de su hija con la impía en esa reliquia del Papismo, la capilla de María. Se sorprendieron al ver el furioso padre, que exclamó—

"¡Tela de saco y cenizas! ¡Tú limmer sin gracia, vete a tu huso, y tú, loco hombre, desenvaina!"

Desvainando su espada, se lanzó sobre Calderwood y habría querido matarlo, a pesar de la santidad del lugar, de no ser por la intervención de su hijo menor, Philip, que le acompañó y paró la amenazante espada.

Sin embargo, lanzó las más profundas y amargas reprimendas a Calderwood, calificándole de "un apóstata de la iglesia de Dios; el partidario de un rey que había roto el Pacto; un ligalista con el jurado y abandonado James Grahame de Montrose, y su banda asesina de filisteos de las Highlands; el representante de una falsa prole, entre la que ninguna hija suya debería aparearse sin que la maldición paterna descansa en su lecho nupcial," con mucho más propósito similar.

El joven caballero se esforzó por contener su ira; pero, "¡Fuera!" reanudó el anciano fogoso; "por eso, tú perturbador de Israel, que has escuchado al diablo y a sus prelados; ¡y cuidado con cómo cruzas el propósito de Symon o' Seafiel, porque todos los poderes del infierno pueden no rechazar mi venganza!"

Bajo sus cejas despeinadas, sus ojos fulminaban con la mirada a Calderwood mientras hablaba; y con fiereza se cubrió con su gorro azul, mientras lanzaba su espada ancha a la vaina, golpeaba gravemente la empuñadura de la cesta y, agarrando a su aterrorizada hija de la muñeca, la arrastraba bruscamente. Una mirada de despedida, muda y desesperada, fue todo lo que los amantes separados pudieron intercambiar. En cuanto a los reproches injustos del viejo irado, Willie Calderwood no los escuchó. Solo lamentaba en su corazón esta guerra civil y religiosa, que había generado odio y rencor en el pecho de aquellos en cuyo consejo había sido durante mucho tiempo un invitado bienvenido, y que ciertamente, en algún momento, le amaron mucho.

Si Symon de Seafield era rencoroso en su animadversión, su esposa, la Lady Grizel Kirkaldie de Abden, lo era doblemente. Así, la pobre Annora, sentada a su lado, guiando el husillo giratorio o girando monótonamente en su rueda, se vio obligada, en los intervalos de oración, lectura de la Biblia, catequise y mortificación del cuerpo y del espíritu, a escuchar los epítetos más insultantes amontonados sobre el nombre de su joven y apuesto amante, cuya figura, tal como la vio por última vez en Eglise Marie, con su larga pluma negra de caballero sombreando su rostro triste, y su manto escarlata amortiguando la empuñadura de la espada que no se atrevía a sacar de su padre, parecía estar siempre ante ella.

Para evitar que se encontraran de nuevo, Annora fue aislada y vigilada cuidadosamente en la planta superior de Seafield Tower; y por los recolectores de sus hermanos, muchas palomas perdidas fueron abatidas, por miedo a que una nota pudiera quedar atada bajo su ala. La torre forma un elemento llamativo en la costa batida por el mar, a medio camino entre la Kirkcaldy y la Kinghorn-ness. Descansa en un lado sobre una masa de roca de arenisca roja; en el otro estaba protegido por un foso y un puente, cuyos restos aún pueden ser rastreados. Hacia el mar se encuentran los Vows—unas rocas peligrosas, en las que, en una terrible noche de diciembre de 1800, un gran barco de Elbing pereció con toda su tripulación.

Ahora es una ruina abierta y sin techo, expuesta a las explosiones que remontan el Firth desde el mar alemán, y hace tiempo que fue abandonada al marinero, al murciélago y al búho, o ugle, como se le llamaba antiguamente en Fifeshire.

Pero no se requirió el aislamiento de Annora; pues, al día siguiente de la entrevista que fue tan bruscamente interrumpida en la Iglesia-María, Willie Calderwood, al mando de dieciséis jinetes, todos robustos "Kailscompers de Fife", bien montados y vestidos con media armadura—es decir, lomo, pecho y olla, con espada, pistola y mosquetón—había partido hacia el ejército del rey, y se unió al marqués de Montrose, cuyas tropas, cargadas de sus victorias en Tippermuir, Alford, Aldearn y el bergantín o' Dee, acudieron en masa sobre las montañas Ochil para saquear e incendiar el Castillo de Gloom.

Las noticias de este avance se difundieron rápidamente desde el oeste hasta el East Neuk de Fife. Un gran número de señores whigs acudieron al estandarte de Baillie, el general covenanter; y entre otros que desenvainaron sus espadas bajo su mando en la batalla de Kilsythe, estaban Symon de Seafield y sus tres hijos.

Estos últimos, jóvenes fogosos y decididos, tenían un solo objetivo o idea: señalar y matar sin piedad a William Calderwood, en el primer campo donde se cruzaban las espadas.

La orden de despedida de su padre a Dame Grizel era no dejar nada sin hacer que impulsara el matrimonio de Annora con el reverendo Elijah Howler, un santo de rostro agrio, con capa de ginebra y bandas almidonadas, con las solapas de una gorra de calotte cubriendo su cabello canoso y sus mejillas cadavéricas, quien, durante los problemas que parecían acercarse, se había instalado en esa torre lúgubre, medio rodeada por las olas.

En otro momento, si se hubiera atrevido, Annora, que en realidad era una chica alegre, con el pelo castaño rizado y los ojos avellana brillantes y claros, podría haberse reído de un amante como este "pantalón delgado y zapatillado", que ahora, en fraseología bíblica, extraído principalmente del Antiguo Testamento, le suplicaba que compartiera su corazón y su fortuna; pero los peligros que pesaban sobre su prometido marido y la casa de su padre, cualquiera que venciera en la gran batalla que se avecinaba, y la monotonía de su propia existencia, que solo se veía variada por las largas oraciones nasales y la salmodia temblorosa en la que los habitantes de la torre (principalmente ancianas ahora) lamentaban la iniquidad de la humanidad, y "warsled with' the Lord" — oraciones y salmos que se mezclaban con los gritos de las aves marinas y el estruendo del océano sobre las rocas alrededor de la torre, tendían a aplastar su espíritu naturalmente alegre y corroer su joven corazón con una penumbra artificial.

Frecuentemente fue encontrada llorando por Dame Grizel; y entonces, de hecho, fue aguda la reprimenda que cayó sobre ella.

"Oh, querida madre", exclamaba, "¡compadéstate!"

"¡Silencio! niño, y saluda a Nae Mair", respondía la dama, con brusquedad. "Escuchad la voz de un que os ama; pero no al estilo de este mundo miserable—el reverendo Elijah. Piensa en quién puede estar ahora tu caballero infernal llorando sus besos impíos. Piénsalo—

Que el amor viejo es amor de calafate,

Pero el amor nuevo es amor verdadero.

Elías te quiere bien, y, aunque el hombre sea viejo, su amor es nuevo y verdadero."

Annora se estremeció de ira y dolor; Mientras su severa madre, dando un impulso adicional a su rueca, sentada en el Ingle junto al fuego del salón, la miraba con desdén severo y murmuraba—

"¡Madera de alder, claro! Nunca hubo fe ni verdad en ninguna línea de Piteadie desde que el cardenal fue adicto por Norman Leslie, hace cien años. ¿Eres hija mía y de

Symon Moultray, y sin embargo tienes el corazón de una mujer para renunciar a Dios y a su iglesia pactada, y adherirte a obispos y curas?—para buscar la leche sin fushión que viene de un pecho grito, como la iglesia de la prelatura lo tiene? ¡Fie! ¡y afuera contigo!"

"Abandono a nae kirk, madre", instó la pobre muchacha; "pero me adheriré a mi Willie. La falsedad nunca salió de su linaje, y los Calderwood están tan viejos como los tres árboles de Dysart."

"Y será rechazada como el de'il de Dysart", respondió su madre, golpeando la piedra del hogar con el tacón alto de su zapato rojo.

Los campos de maíz se estaban amarillento en el fértil Howe de Fife, y los bosques seguían verdes en toda su belleza veraniega, cuando, alrededor del día de Old Lammas, en el año 1645, se escuchó un vago susurro por la tierra —nadie sabía cómo— de que se había librado una sangrienta batalla en algún lugar de las colinas de Campsie; que muchos cascos habían sido desgarrados, muchas cabezas con gorro azul reposaban sobre el brezo púrpura; y que muchos señores whigs de Fife habían perecido junto a sus seguidores.

Muy preocupado de espíritu, el reverendo Elijah Howler tomó su bastón de mango de marfil, ajustó sus bandas y su castor sobre su gorro de calotte y, en busca de noticias seguras, partió hacia Kinghorn, en cuya cruz del mercado había oído la terrible información de que la espada de los impíos había triunfado—que Montrose había irrumpido en las tierras bajas como un león rugiente, buscando a quién devorar; y a lo largo de toda la carretera de Burntisland, Elijah vio a los soldados de Fife llegar espolón, con abrigo de color amarre cortados y arneses maltrechos, ensangrentados, polvorientos y con todos los signos de incomodidad y miedo.

No tardó en enterarse de que Symon de Seafield y sus tres hijos estaban a salvo (gracias a los talones de sus caballos); pero que el marqués de Montrose se había encontrado con el ejército del pacto en el campo de Kilsythe, donde obtuvo una gran y terrible victoria, matando, por el filo de la espada, seis mil soldados; que la muerte abarcó catorce millas escocesas—es decir, veinticinco millas inglesas—y que sobre los hombres de los regimientos de Fifeshire había caído la masacre más grave.

De hecho, muy pocos regresaron, pues casi todos perecieron, y el terror de aquel día sigue siendo tradición en muchas aldeas de Fife.

Annora sintió alegría en el corazón cuando su padre y sus hermanos regresaron; pero no estaba exento de leación, pues ¿dónde estaba aquel a quien había jurado amar, y un mechón de cuyo cabello castaño oscuro llevaba en secreto junto a su corazón?

¡Quizá tirados fríos y destrozados en el campo de Kilsythe!

Allí, uno de los hombres de su padre, Roger de Tyrie, encontró una reliquia de terrible importancia. Era un tallado de kilmaur; La hoja era de acero fino, empuñada con carey, adornada con diademas plateadas. Estaba tallado con las armas de Calderwood y salpicado de sangre; ¿Pero de quién es la sangre?

Symon y sus hijos regresaron a la torre abatidos y con el corazón lleno de amargura. La gorra de acero de Symon, con sus triples barras, había sido golpeada de su cabeza por la propia espada del marqués, y ahora llevaba un amplio sombrero, con la escarla azul del Covenant ondeando sobre su oreja izquierda.

Largo, delgado y canoso, su cabello caía sobre los hombros sobre su gorget y coraza. Su tez era pálida, su expresión feroz, mientras caminaba, espoleado y con botas militares, por el salón abovedado de la torre, y besaba con gravedad a Dame Grizel en la frente.

"Los impíos filisteos han salido victoriosos, y sin embargo habéis vuelto a mí sin rasguños ni cicatrizes", exclamó, con amargura espartana.

"Incluso sae, gudewife—incluso sae; ¡pero ese día en Kilsyla la venganza será aún nuestra!"

"Sí, en verdad", gimió Elijah Howler; "porque fue un día de desgracia, un día de 'lamentos y de lamentos fuertes', como el llanto de Jazer, cuando los señores de los paganos derribaron sus principales plantas; y como el duelo de Raquel, que lloró por sus hijos y no quiso ser consolada."

"Tráeme una cerveza de cerveza", dijo Symon, con algo parecido a un juramento, mientras apartaba su espada y guanteletes. "¿Y tú, secuaz, después de ese día de azul, te aferrarás aún a ese hijo de Belial, Willie Calderwood?" preguntó Symon, severo, a su hija que se encogía. "Tres veces lo vi en la carga, y le cubrí el tiempo con mi petronel; pero el plomo no sirvió, y no tenía una moneda más que encajara en el cañón de mi arma, de lo contrario habría estado en la boca de mi arma este nada. ¡Pero muchachos de caballos y lanzas!" añadió, girándose hacia sus hijos. "Antes de dormir, pasaremos junto a Grange y saldremos de Calderwood Glen con un lunt en llamas!"

Así que Symon y sus hijos hicieron una profunda fiesta en el viejo salón con sus soldados, todos robustos "Kailsuppers de Fife", bebiendo confusión a sus enemigos.

Ahora es una ruina abierta; luego fue cruzado por una gran viga de roble, sobre la que colgaban lanzas y arcos. En las paredes estaban los cuernos de muchos machos de los Bosques de las Malvinas.

Muchos almerie de roble y niñas de comida estaban alrededor; y filas de ollas y sartenes, desbocadas entre cascos y corsletes, espadas y broquetes, espetadores y branders, conformaban las decoraciones y los muebles; mientras un gran fuego de leña y carbón de "los pesos de mi Lord Sinclair" ardía día y noche sobre la chimenea de piedra, haciendo que el salón pareciera en algunos lugares todo rojo y temblando en luz roja, o hundido en sombra negra en otros lugares.

Solo tenía dos sillas—una para el señor y otra para la dama—pues así era entonces la etiqueta en Escocia; por lo que incluso el reverendo Elijah tuvo que acomodar sus espinales delgados en un creepie de tres patas.

Perros de todo tipo siempre tomaban el sol frente al fuego sobre pieles de ciervo de ciervo; pero el principal de ellos era el gran ciervo escocés de Symon, que era exactamente de la raza y apariencia descritas en la antigua rima—

Cabeza como una serpiente,

Cuello de lima como un draco.

Pisado como un catte,

Taylèd lyke a ratte,

Syded lyke un equipo,

Chynèd lyke un rayo.

Esa noche, Symon y sus hijos, junto con Roger de Tyrie y otros seguidores, cruzaron la colina hacia Piteadie, y saquearon e incendiaron la morada de los Calderwood, quienes, como seguidores del rey, eran considerados fuera de la ley por el gobierno escocés.

En la oscuridad de la medianoche, desde la cabecera de la torre de Seafiel, la Annora, pegada en el corazón, podía ver las llamas rojas de la rapina vacilando en el cielo, más allá de los bosques de Grange, en la dirección donde tan bien conocía la morada de su ausente amante; y cuando su padre y sus hermanos bajaron galopando por la brae y cayeron al caer sobre el puente levadizo de la torre, se jactaron entre risas de que, al pasar por Eglise Marie, habían vandalizado la tumba familiar de los

Calderwood y derribado la piedra de la troquepiedra que marcaba donde yacía la madre de Willie, bajo la sombra de un viejo tejo.

"El nido está desaparecido, Grizy", dijo Symon, con gravedad, mientras desabrochaba su corslet y colgaba su espada en la pared; "El nido está explorado bien, y las Cuerdas Negras pueden volver a él, no más."

"Ojalá pudiéramos atraer el borlón hacia el cotilla otra vez", dijo Lady Grizel, lanzando una mirada oscura a su hija.

"¿Para qué, gudewife?" preguntó Symon, sorprendido.

"Para hacerle un borlón en el árbol doble de allí sin ella", fue la cruel respuesta.

Annora sentía como si su corazón estallara; parecía tan extraño y antinatural que todo este odio salvaje existiera porque su pobre Willie se adhería al rey en lugar de a la iglesia.

Pasaron unas semanas, hubo un fuerte festejo, y muchos stoups y black-jacks de cerveza y usquebaugh se bebieron alegremente en Seafield, pues llegaron noticias de la derrota total de los caballeros escoceses en Philiphaugh, y de la huida del gran marqués y de todos sus seguidores, nadie sabía dónde; pero se rumoreaba que a Alta Alemania.

¿Había escapado Willie Calderwood? preguntó Annora, con el corazón tembloroso; ¿o había caído en Slainmanslee, donde los covenanters masacraban a todos los que caían en sus manos, incluso a madres con sus bebés que colgaban de sus pechos?

Y estos actos, y muchos otros, justificaban a su nuevo amante con muchas citas salvajes de las guerras de los judíos en tiempos antiguos. Ahora la iglesia estaba triunfante y, como Judas, había vendido a su rey, como decía el viejo Peter Heylin, aunque habría vendido a su Salvador podría haber encontrado un comprador.

Llegó el invierno—frío y amargo—el suave rocío del mar se congelaba en las ventanas de las torres de Seafield, mientras el musgo y la hierba crecían juntos en las piedras del hogar de Piteadie, y los cuervos habían construido sus nidos en las viejas chimeneas y rincones del castillo en ruinas.

Padre y madre luchadores con Annora; pero—

Si una chica no cambia de opinión,

Nadie puede obligarla.

El reverendo Elijah Howler era un hombre feliz en cierto sentido; la causa de su amada iglesia fue triunfante, aunque los puritanos de Cromwell, que habían sucedido a los caballeros de Montrose como antagonistas, deseaban convertirse en fervientes problemáticos de Israel; y fuertes fueron las lamentaciones cuando, con el sonido de la trompeta, los sectarios ingleses advirtieron a la Asamblea General que se marchara de Edimburgo y que no se reuniera más. Sin embargo, el reverendo Elijah estaba descontento en otro sentido. Annora escuchaba sus piadosos actos amorosos con oído apartado, y bien podría haber volcado sus mensajes, sus monótonas charlas y homilías entonadas, a las olas que golpeaban el sótano rocoso de la torre— a la vez prisión de Annora y su hogar.

Mientras tanto, ella se volvía pálida, delgada y enfermiza. Su hermano menor, Philip, la compadecía en su corazón y, tras hacer averiguaciones, supo que Willie Calderwood se encontraba ahora en Francia, donde había sido herido en un duelo por el abad Gondy, pero se había convertido en su amigo y ahora se aferraba a él cuando se hizo famoso como el cardenal de Retz; y, como tal, sirvió y defendió en las guerras de la Fronda, junto a otros cien caballeros de Montrose.

"¡Oh, vaya, vaya, querida mi madre!" exclamó, usando la más amarga exclamación escocesa de dolor, mientras se lanzaba sobre el pecho de la inquebrantable Lady Grizel. "Compadecéntelo—compadecéntelo, porque nadie me ama aquí, y Willie está muy lejos en Francia al mar."

"Mejor, pequeña—mejor."

"¡Pero puede que nunca le vea, mair!"

"Mejor aún, pequeña."

"Oh, querida madre", instó la niña llorando, "no digas que sí; Vas a romper mi corazón de puir en dos de los dos. Y esta Fronde, y estas Frondeurs, ¿qué es, qué son?"

"¿Qué sería sino alguna maldad papista, o un calderwood en medio de la otra?" fue la respuesta airada.

El pobre Annora no sabía qué pensar, pues en aquellos días no había periódicos, y los rumores de acontecimientos en tierras lejanas llegaban vagamente por viajeros fortuitos y a largos intervalos. Lothian y Fife estaban casi más separadas en aquellos días que Escocia y Francia ahora, en cuanto a noticias y viajes.

Se sentía como Julieta en la disputa entre las familias—

"Solo tu *nombre* es mi enemigo;—

Aunque eres tú mismo, no un Montesco.

¿Qué es Montague? No es mano ni pie,

Ni brazo, ni cara, ni ninguna otra parte

Perteneciente a un hombre. ¡Oh, que sea otro nombre!

¿Qué hay en un nombre? Eso que llamamos rosa

Con cualquier otro nombre olería igual de dulce.

——Quítate el nombre;

Y por ese nombre, que no es parte de ti,

Me lo llevo todo yo mismo.

Así como el agua que cae sobre una roca de granito desgastará esa roca con el tiempo, así, por la tiranía sistemática de sus padres, y por sus reiteradas garantías e incluso pruebas falsificadas, de que Willie Calderwood había caído, espada en mano, en la batalla de las Barricades, Annora fue desgastada y agotada hasta un estado de aquiescencia, en la que aceptó al señor Elijah Howler como su marido.

Este fue el clímax de años de una vida sombría y sabática, durante los cuales la rigidez judía de la observancia religiosa convirtió el domingo en un horror periódico y la Torre Seafield en un infierno diario.

Así que se casaron, y él la sacó de la torre a la mansión contigua, desde las ventanas más alegres y sin gris de las cuales podía ver a lo lejos las torretas sin techo y los muros abiertos de Piteadie, donde los cuervos se agrupaban y batían sus alas negras, pues la ruina se había convertido en una auténtica colonia.

El rey había muerto; había perecido en el cadalso, y Escocia, bajo Cromwell y el falso Argyle, permaneció tranquila, como se nos cuenta en ese romance poético de Macaulay, titulado "La historia de Inglaterra."

Un domingo de verano, en el año del levantamiento de Glencairn en el norte para el rey Carlos II, Annora se sentó en la iglesia de Calderwood al inicio del sermón. El reverendo Elijah, de cabello liso y liso, y ojos alzados, alianzas y toga de Ginebra, tras echar un vistazo al banco de roble oscuro donde su joven esposa y víctima se sentaba, como el espectro de su antiguo yo, tan pálida, tan destrozada y con el corazón roto, repitió dos veces, con un tono sombrío y tembloroso, el texto sobre el

que estaba a punto de predicar, con especial referencia al levantamiento en el norte, invitando a todos los hijos de la Iglesia a armarse contra los leales Highlanders—

"Dice entre las trompetas: ¡Ja! ¡Ja! ¡y huele la batalla a lo lejos, el trueno de los capitanes y los gritos! No se asusta, ni se aparta de la espada; Sale a encontrarse con los hombres armados."—Job xxxix.

Tras entregar este texto bélico, ajustó su capa y giró el cristal de arena, que, según la moda de la época, estaba sobre el escritorio de lectura. El susurro de las hojas bíblicas, como las que yacen esparcidas en otoño, cuando el viento las agitaba suavemente, atravesaba toda la iglesia; pero por los dedos temblorosos y débiles de Annora, su Biblia cayó pesadamente al suelo.

En ese momento, un joven alegremente vestido, con la rosa blanca en su sombrero plumado y en su manto de encaje, jubón cortado y botas, mientras avanzaba lentamente por el pasillo—observado por todos los observadores—ya que se suponía que tales frivolidades caballerescas habían muerto junto con Montrose y el rey, se agachó y le entregó el libro caído.

Sus ojos demacrados se cruzaron. Estaba pálido incluso como la muerte. Una gran herida, un corte de espada que recorría su rostro como una estela furiosa, en curación, había distorsionado los rasgos; pero como un relámpago que le atravesó el alma, ¡reconoció a Willie Calderwood!

Habría gritado, pero carecía de poder; Un pequeño suspiro solo pudo escaparse, así que se desmayó.

Hubo un gran alboroto en la iglesia del pueblo. Fue llevada al aire y colocada durante un tiempo sobre un trochstane, o tumba de altar, y luego fue trasladada a la casa parroquial, donde permaneció tanto tiempo como alguien al borde de la locura o la tumba. La cara de Willie, tan dulce, tan triste y sincera, pero, ¡ay! tan distorsionado, parecía siempre ante ella, junto con su aire galante y porte cortesano, todo tan diferente de los whigs de rasgos agrios que la rodeaban.

Pero su hermano menor, Philip, le informó que nunca volvería a ver ese rostro ni a soportar más, ya que su amante había regresado a casa, gravemente herido y con la salud destrozada, no para vengarse de ella o de los suyos, sino solo para morir entre sus parientes, los Calderwood del Glen; y que había fallecido allí, tres días después de su encuentro en la iglesia; y fue enterrado en la iglesia Marie, en la tumba de los señores de Piteadie.

Fue en una de las últimas noches de otoño, cuando, tras escuchar esta triste narrativa, y con ella el conocimiento de que el único corazón que realmente la amó estaba frío en la tumba, Annora—en el anhelo de soledad y de estar sola—abandonó la vieja mansión cubierta de hiedra y atravesó el jardín, salió al glebe —un parque espacioso, rodeado de árboles venerables— y sentándose en un montante cubierto de musgo, se esforzó por pensar con calma, si era posible, y rezar.

Resplandeciente en oro y púrpura, el cielo proyectaba en un fuerte contorno las cumbres de los Lomonds, de donde se habían desvanecido los últimos rayos del atardecer; y donde se sentaba sola. La oscuridad casi había llegado, el bosque era tan frondoso y denso; Sin embargo, en algunos lugares el crepúsculo era líquido y claro. Los árboles ya se estaban amarillento rápidamente, y las hojas doradas y rojiza que habían caído ante los fuertes vientos que azotaban el Howe, o gran valle central de Fife, giraban alrededor del lugar donde ella se sentaba, como recordándole que el año estaba muriendo.

A menudo, en tiempos más felices, ella había vagado aquí con Willie, y la corteza de más de un árbol llevaba sus nombres e iniciales talladas por su cuchillo o daga. La becacilla buscaba su nido entre los setos, y la agachadiza y la focha salvaje estaban entre los juncos y juncos del lago y el almacén; y Annora, mientras miraba a su alrededor, pensó con tristeza que era el otoño de un año de miseria matrimonial y el invierno de su corazón dolorido.

De repente, un impulso misterioso—pues no había más que la sensación de que algo estaba cerca—la hizo mirar a su alrededor, y entonces un sobresalto, un estremecimiento, la sacudió, dejándola clavada en el sitio; pues allí, junto al estante donde estaba sentada, estaba Willie Calderwood, tal y como lo había visto por última vez, con su vestido de caballero, castor plumado y escarabat blanca, un estoque largo y un manto corto de terciopelo: pero sus rasgos, vistos por la calma y clara claridad del crepúsculo, parecían más pálidos, sus ojos más tristes y la herida de espada en su mejilla más vívida y oscura.

No estaba muerto—aún vivía, y su hermano Philip la había engañado.

Ella se lanzó hacia adelante, luego retrocedió, contenida por un impulso de terror, y levantando sus pobres manos delgadas con desprecio, se detuvo hacia atrás—

"¡Oh! No te acerques a mí, Willie. Soy una esposa casada."

"Y falsa para mí, Annora. ¿No es así?" preguntó, con una voz que la emocionaba.

Lloró y puso las manos sobre su corazón aplastado, mientras los tristes ojos de Willie, que tenían un resplandor sin duda causado por su herida, parecían atravesar su alma; parecían tan brillantes, tan sinceras y suplicantes en el crepúsculo otoñal.

"¿Te dijeron que te era falso, o que me mataron en Francia, y tú les creíste?"

"Sí, Willie", sollozó, cubriéndose la cara.

"He yacido en muchos campos, muchacha, donde la lluvia del cielo y el viento de la noche me barrieron—campos donde los vivos apenas podían ser protegidos por los muertos, pero nunca fui asesinado."

"Pero, oh," insistió, "Willie, nunca, nunca lo sabrás——"

"¡Lo sé! Te dijeron que yo también estaba muerto y que estaba grabado en la iglesia de allí."

"Sí, Willie querido—sí."

"Sin embargo, estoy aquí ante vosotros. He vuelto a casa para casarme contigo, muchacha, y para unirme a mi Lord Glencairn en el norte, y para luchar contra este maldito Cromwell y sus puritanos, pero puede ser", añadió, tristemente, con tono hueco.

"Oh, déjame, Willie, déjame. Si te ven conmigo——"

"¡Visto!" exclamó, con una risa amarga.

"Oh, déjame; ¿qué buscas aquí?"

"Pero un mechón de tu precioso cabello, muchacha—un mechón para posar junto a mi corazón."

Sus tijeras estaban en el chatelaine que colgaba de su cinturón; Miró con miedo las ventanas de la mansión, donde las luces empezaban a brillar; pero desatándose el pelo, cortó una melena larga y ondulada, y se la entregó a Willie. Al acercarse, la expresión de sus ojos volvió a helar su sangre, parecían tan tristemente sinceros y vidriosos; y cuando sus dedos se cerraron sobre los codiciados árboles y tocaron los de ella, se sintieron helados y sudorosos, como los de un cadáver.

Entonces un grito de terror estalló de ella y, al caer sobre la hierba, se volvió inconsciente y ajena a todo.

Durante días después de esto se desató maravillas de su encuentro con Willie Calderwood y del mechón de pelo que le había regalado. Algunos pensaban que su

mente divagaba; pero otros señalaban significativamente que sus tijeras habían sido encontradas a su lado, y donde seguramente había sido cortado un gran tronco de su sien izquierda.

El joven señor de Piteadie estaba seguramente muerto y enterrado entre sus parientes en la capilla de Santa María; pero la época era de supersticiones, de espectros y presagios; y la gente susurraba, negaba con la cabeza y no sabía qué pensar, salvo que debía de haber visto un espectro.

Antes de que pasara una semana, Annora murió tranquilamente en los brazos de su madre, perdonándola y bendiciéndola; pero se aferra a la historia del regalo para su amante fallecido. Por fin creció la emoción en el vecindario que algunos empezaron a afirmar que no estaba muerto en absoluto, sino que lideraba una tropa de caballería bajo el mando de Glencairn, en el norte.

Incluso quienes habían visto el cortejo fúnebre nacer de la Casa de Glen eran tan escépticos al respecto, que la tumba fue abierta por orden del siguiente heredero, y allí, efectivamente, estaba el cuerpo de Willie Calderwood; pero los cermientos de plomo estaban rasgados de arriba abajo, las prendas funerarias estaban desordenadas y en la mano derecha apretaba un largo y sedoso cabello de Annora. [*]

[*] El arado ha arrancado recientemente la última piedra de esta antigua capilla; pero su nombre, corrompido en "Legsmalie", lo lleva el campo donde se encontraba.

Nadie podía decir cómo había llegado allí, aunque muchos afirmaban que había sido enterrada con él a petición suya y que era un regalo de otros años; pero el siguiente heredero, su sobrino, William Calderwood, cuyas iniciales podemos ver sobre la puerta este de la antigua fortaleza, cuando la reparó en 1686, en lugar de la rama de palma de su nombre, colocó sobre el yelmo un brazo y una mano apretada, que sostiene un mechón de cabello—el mismo escudo que todos vimos esta mañana.

Desde entonces, los Moultray de Seafield nunca prosperaron. El último miembro de la familia fue asesinado durante la insurrección de 1715. Su línea falleció. Durante mucho tiempo estuvo representada por los Moultray de Rescobie, también ahora extintos, y su torre es una ruina en ruinas junto a la orilla del mar.

* * * * *

Tal era la extraña historia de Cora, que todos, yo incluido, escuchábamos con atención, aunque, con tranquilidad, la había escuchado con frecuencia antes. Berkeley lo declaró "doocy good, pero doocid queer."

En otra tierra aún no había oído una historia aún más sombría e improbable que esta—una historia que contar en su lugar, y en algunos puntos no muy distinta a la leyenda de la mano apretada.

Mientras Cora ensayaba su sombría historia de las dos torres en ruinas, mis ojos apenas se apartaban de Louisa Loftus, que, junto a la señorita Wilford y conmigo, estaba sentada en la misma silla de coqueteo o cara a cara, y que, esa noche, estaba orgullosa de su calma, pálida y aristocrática belleza.

Estaba en la cima de sus encantos; su figura, finamente redondeada, era llena—casi voluptuosa; sus rasgos eran notablemente expresivos para ser tan regulares; y sus ojos y su glorioso cabello eran maravillosamente oscuros en contraste con la pura blancura de su piel.

Sentada bajo el brillante gaselier de cristal, el fino contorno de su cabeza y las exquisitas proporciones de sus hombros y cuello desnudos, sobre los que brillaba una diadema de brillantes, se veían a la perfección, y me sentía desconcertado mientras la observaba. Por tanto, me temo que la señorita Wilford, en cuyos ojos azules brillaba una expresión traviesa, no me encontró muy entretenida.

Por ese claro cuello descendió un largo rizo negro, como para atraer, y a veces casi tocaba mi mano. Embriagado por su belleza y cercanía, decidí hacer algo para expresar mi pasión, aunque lo hiciera—miserable timidez y subterfugio—bajo el pretexto de una broma—una burla.

Tembloroso, entre mis dedos, sin que nadie me diera cuenta, tomé el rizo suelto y le susurré al oído—

"Una historia extraña, la de mi prima, Lady Louisa."

"¡Y el mechón de pelo! ¡Qué idea tan terrible!" dijo ella, temblando, mientras sus hombros blancos y sus brillantes brillaban juntos bajo la luz.

"¿Te aterra?"

"Más de lo que me grata."

"Como lo más probable es que me maten y sepulten en el Este, ¿me darás esto para que yace conmigo en las trincheras?" dije, enrollando el suave rizo alrededor de mi dedo, con falsa galantería, mientras mi corazón latía salvajemente con esperanza y expectativa.

Dirigió sus ojos oscuros y llenos hacia mí, con una expresión de sorpresa y dulzura mezcladas.

"Tómalo *ahora*, señor Norcliff, por el amor de Dios, en lugar de venir a por él, como vino William Calderwood", dijo la vivaz señorita Wilford, tomando unas tijeras de una mesa de gueridon cercana; y antes de que Lady Loftus pudiera hablar, el oscuro rizo fue cortado y guardado en mi bolsillo, mientras mis labios temblaban al susurrar mi agradecimiento, y dijo riendo—

"¿Qué dice Pope?

'Los puntos de encuentro del sagrado cabello,

De la cabeza clara por siempre, y para siempre."

"Todo esto está muy bien, señor Norcliff", dijo ella, riendo detrás de su abanico; "pero no puedo someter a ser rapado en broma, e insistiré en que mañana me quites ese mechón de cabello."

Tenía una sonrisa encantadora en sus ojos oscuros y un puchero en su hermoso labio; pero Cora—no sé por qué—me miró con tristeza y negó con su bonita cabeza con un aire de advertencia, que parecía decir que había cometido un error en mi valentía, si no en mi condición de general.

Esa noche mi corazón latía feliz; Me fui a dormir con ese árbol del muelle bajo la almohada; así, para mí, la prima Cora no había contado en vano su antigua y pintoresca leyenda de "La Mano Cerrada".

CAPÍTULO X.

Me encantaba—sí. Ah, déjame contarte

¡Los encantos fatales por los que caí!

Su forma es el brote agitado del tam'risk,

Su pecho, el fruto juvenil del cacao.

Sus ojos eran despejados, despeinaba su cabello,

Rostro de sombra como la de loto;

Sus labios eran rubíes, protegiendo flores

De jazmín, atenuado por lluvias de primavera.

HABLAR DE PIEDRA.

Al día siguiente fue escenario de una crisis en mi destino que no podría haber previsto, combinada con la escasez de la mutilación o la muerte de más de uno de nuestros amables acompañantes reunidos en el Glen.

Con toda la intensidad de mi alma, deseaba conocer mis posibilidades de éxito con la brillante Lady Louisa, pero temblé por hacer el ensayo.

¿Por qué, o cómo era esto?

Tímido e irresuelto, temiendo saber lo mejor o lo peor de los labios de una simple niña, me pregunté si era yo—yo, que, en el bombardeo de Rangún, en la asalto de la Pagoda Dagon y en el ataque nocturno a Frome, no temía ni las balas ni las flechas envenenadas de los bárbaros de dos espadas que tuvimos mala suerte en esas regiones tropicales; Yo, que, sin miedo ni inmutaciones, estaba ahora listo para enfrentarme a los rusos en Turquía, o en cualquier otro lugar; ¿fui yo quien no pudo reunir el valor para mostrar las emociones, el amor honorable, de un corazón honesto? Lo era; y, en ocasiones, sentía la inclinación de pronunciar una crítica sobre aquello que el general Napier tan verdaderamente y felizmente llamó, "la fría sombra de la aristocracia"; porque era eso lo que me helaba y desconcertaba.

En el salón, la primera que me recibió fue mi prima Cora, pálida, pero de ojos brillantes, con su tez pura y toda su belleza matutina.

"¿Lady Loftus, supongo, aún no ha aparecido?" dije yo.

"Siempre es Lady Loftus contigo, primo Newton", dijo ella, con picardía, "aunque has venido aquí a ver a papá y a mí. ¿Qué has hecho con ese famoso mechón de pelo? Ponlo en el fuego, ¿eh?"

"¡En el fuego, Cora! Está aquí, en mi bolsillo."

"¿Sin duda estás muy orgulloso de ello?"

"No puedo sino serlo, Cora", dije, tomando sus manos entre las mías y llevándola al rincón de una ventana de oriel; "Y ella misma es tan orgullosa y reservada. Estoy seguro de que sabe lo que has visto, Cora; al menos, lo que dice mi tío has detectado,—eso—eso—"

"¿Qué, Newton? ¡Qué divagante y misterioso eres!"

"Que la quiero."

"¿Estás seguro de que ella lo sabe?" preguntó Cora.

"Sí, querido primo; es imposible que el respeto con el que me ha inspirado no haya sido conocido, visto o sentido por ella—quiero decir que debió de ser evidente para ella, por mil indicios mudos, desde que nos conocimos por primera vez en Inglaterra. Para ti lo es, ¿verdad?"

"Sí—sí", respondió Cora, con el rostro desviado, pues sin duda sonreía ante mi sincera sencillez.

"¿Crees que toleraría atenciones sin valor, o que se metería conmigo?"

"No puedo decirlo."

"Pero tú eres su amiga en particular. ¡Oh, Cora, sé mía también!"

"¿Qué demonios quieres decir?" preguntó Cora, mostrándome aún solo su bonito perfil; "¿No puedes desear *que* le proponga matrimonio por ti?"

"No; pero ocultas tu dulce cara, Cora. ¡Te estás riendo de mí!"

"Oh, no, no me estoy riendo", respondió Cora, con una voz rica, baja y temblorosa. "Dios sabe, Newton, lo lejos que están mis pensamientos de la risa."

"Y—¿qué es esto, querida Cora? ¡Tienes los ojos llenos de lágrimas!"

"¿Lo son?" exclamó enfadada, mientras retiraba sus manos de las mías.

"Sí—ah, lo veo todo", respondí con amargura; "conoces el corazón de Lady Louisa mejor que yo, y consideras que mi amor por ella es un amor perdido."

"No es así", respondió Cora, mientras su mejilla se sonrojaba y, aunque sus largas pestañas caían, un aire de altivez se apoderaba de su habitual porte dulce y entrañable. "No sé nada del asunto. Busca en su corazón por ti mismo; no puedo ayudarte; y además, Newton Norcliff", añadió con altivez, "¡no lo haré!"

"¡Cora!" Exclamé, sorprendido; "Pero que así sea. Yo debo ser mi propio defensor, y si mi amor por Lady Louisa——"

Lo que iba a añadir, o cómo quería terminar la frase, no lo sé, porque en ese momento se acercó, con su sonrisa calmada, algo convencional, pero hermosa, para besar a Cora y ofrecerme la mano. El resto de nuestro grupo se reunió rápidamente.

¿Había escuchado las *últimas* palabras de mi discurso interrumpido? Casi temía, o más bien esperaba, que lo hubiera hecho.

"Hoy es el día de otra expedición, señor Norcliff", observó.

"Eso parece. Vamos a ver a los sabuesos de Fifeshire ser lanzados en Largo House; y después debemos conducir a casa por un circuito, atravesando medio país, para que Lady Chillingham vea el paisaje."

"¡En un día de enero!" dijo Berkeley con tono arrastrado. "¿Empezamos—ay—antes de la fiesta?"

"Si con eso quieres decir almuerzo, digo después, decididamente", dijo Lady Chillingham, con su actitud fría y decidida, algo que pocos —el conde, su marido, especialmente— podían negar. "Tengo que escribir a mi Lord Slubber y a otros."

"Perdone, querida Lady Chillingham, pero este arreglo es imposible", dijo mi tío; "Debemos dejar esto a tiempo para ver cómo los sabuesos se despejan."

"¿Y la hora, Sir Nigel?"

"A las doce en punto. Binns nos llevará el almuerzo en el maletero del drag. Berkeley, creo que tú debes ponerte el rosa y montar conmigo. Esta noche cruzaré el país, pero no en mi calidad oficial, ya que aún no he asumido todas las funciones correspondientes al honorable cargo de maestro de los sabuesos de Fifeshire. Y ahora, el desayuno. Lady Chillingham, permítame—su mano, y nosotros guiaremos el camino."

"Cuando tome la caza del país bajo mi propio cuidado", reanudó mi tío, "te mostraré una manada tan noble como la que siempre se ha cubierto; Ay, perros tan listos como siempre tenían la cola corriendo tras ellos, incluso antes de que empiece la caza de cachorros la próxima temporada; y tan compactos irán, que un mantel los cubrirá a todos cuando estén en pleno lloro."

"Para entonces, tío, estaré poniendo a prueba la temple de la caballería rusa; pero mi corazón estará con todos vosotros aquí en Calderwood Glen."

Los ojos de Lady Louisa estaban sobre mí mientras decía esto; su expresión era incomprensible, así que me inclinaba a interpretarla como algo simpático o de interés por mi destino.

El día estaba claro y hermoso; El aire era sereno, aunque frío, y los contornos crecientes de las colinas verdes y verdes estaban marcadamente definidos contra el azul del cielo, donde unas pocas nubes de vello flotaban en el viento del oeste.

Nuestro grupo no perdió tiempo en prepararse para la expedición del día y, en poco tiempo, los vehículos, los caballos e incluso las damas estaban en orden de marcha. Tuve demasiado tacto para intentar atrapar a Lady Loftus al principio del día; pero

decidió, como iba a estar con "mamá" en el drag, convertirme en uno de sus ocupantes al volver a casa, si no podía lograr nada mejor.

Mi hombre Pitblado y otros mozos trajeron los caballos ensillados, y mi tío apareció con un abrigo de caza rojo, botas y camisetas, látigo y gorra completos, la mejilla resplandeciente de salud y placer, y los ojos brillando como si tuviera dieciséis años de nuevo.

"Por cierto, Newton", dijo él, dándose un golpe en las botas, "ese tal lancero tuyo——"

"¿Willie Pitblado, mi sirviente?"

"Sí, bueno, ha hecho rodar la soubrette francesa de Lady Chillingham, como si la conociera desde la infancia; y lo que le conviene al meridiano de los cuarteles de Maidstone no sirve en Calderwood Glen, así que díselo. Y ahora, señor Berkeley, aquí están Dunearn, Saline y Splinter-bar. Puedes elegir entre la caballería; Pero acorta los estribos. Siempre subo los cueros dos hoyos para cazar."

"Oh—haw, gracias", murmuró este Dundreary (cuyo traje de caza de moda, en corte y brillo de color, eclipsaba por completo el traje gastado del alegre viejo baronet), mientras procedía tranquilamente a examinar la brida y los cinturones, observándome el tiempo a mí—

"Louisa está bien esta mañana."

"¡Louisa!" Repetí, asombrado: "¿es la yegua —se llama Saline, llamada así por unas colinas de Fife— o ¿a quién demonios te refieres?"

"Por supuesto, Lady Loftus, sin duda."

"¿Y hablas de ella así libremente o familiarmente?"

"Sí—ja—sí."

"¡Por Júpiter, me sorprendes!"

"¿Por qué, eh?"

"Tu garantía perfecta, para ser sincero contigo, amigo mío."

"No lo consideres así, querido amigo, aunque es terriblemente peligroso cuando se habla de una chica tan encantadora por su nombre de pila; Muestra cómo piensa o siente un fellow, y todo ese tipo de cosas; ¿lo entiendes?"

"No muy claramente; pero considera, Berkeley, de qué va, y no hagas el ridículo", dije con ira sin disimulo.

"No hay peligro de eso; Pero—ja—seguro que tú no eres tú mismo en ese cuartel, ¿no? Eh—ja—si yo lo pensaba, maldito si no sacara las estacas y me escondía. Sabes que me gustas, Newton; y tu viejo tío, Sir Nigel, es un tipo de buen y desgraciado—un triunfo, de hecho", añadió, mientras se subía ligeramente a la silla y recogía las riendas, pero mirándome como un lince, a través de su cristal, como si leyera mis pensamientos más secretos.

Despreciando responder, respondí con altivez.

"Uy-oh", dijo mi tío, que ya estaba montado. "Conozco bien a esa yegua gris, Saline; así que, señor Berkeley, al tocarle suavemente la boca y molerla hasta alcanzar la velocidad requerida, pronto dejará atrás todo el campo."

Nuestro grupo era numeroso; incluidos los invitados de mi tío, unos treinta damas y caballeros estaban a punto de partir del Glen. Estábamos bien en los medios de transporte. Allí estaba el gran y antiguo carruaje familiar, acogedor y acogedor lleno, fácilmente colgado, con panelas y escucheones, con vibración y martillo; Había un elegante drag de color chocolate oscuro, con ruedas rojas y un glorioso equipo de grises; un elegante vagón y tándem, con dos brillantes bahías que, en los pozos, valían trescientas libras cada una; y había un delicado pequeño phaeton, en el que el general debía conducir a Cora y la señorita Wilford, tiradas por dos de los ponis más elegantes, redondos y atrevidos que jamás hayan salido de Ultima Thule.

Yo debía conducir el drag hasta la competición; y, tras la caza, Berkeley debía encontrarse con nosotros en un punto determinado de la carretera de Cupar y conducir el vehículo a casa, si yo sentía dispuesto a cederle las cintas, lo cual había decidido hacer.

Del ruido y la emoción, el espolón, los chillidos y los alulidos, el sonido de los cuernos y el crujido de los látigos; los saludos de amigos rudos y bulliciosos del campo; las críticas que siguieron sobre perros, caballos y arneses; de cómo se dibujó la cubierta y el zorro se separó; cómo cazadores y sabuesos seguían a "owre bank, bush y scaur", como si el diablo se hubiera escapado y la vida dependiera de su recaptura instantánea, y de todos los incidentes de la caza, no necesito dar ninguna relación aquí.

La tarde ya casi la pasamos antes de que viéramos al último de los compañeros de mi tío; y al almuerzo que ofreció el señor Binns hicimos justicia plena, el techo del drag cubierto por un paño blanco y improvisado como mesa de comedor, sobre el que se extendió un *servicio de déjeuner* de espléndida vajilla Wedgwood, el champán brillando al sol, y los largos vasos de potasa y Beaujolais espumando para los

sedientos; y Largo Law, una colina verde y cónica, exuberante hasta su cima a mil pies sobre las aguas de la bahía, proyectaba su sombra hacia el este, cuando hicimos los arreglos para nuestro regreso; y, gracias al tacto y gestión de la querida Cora, más que a la mía—pues la timidez y la duda me avergonzaban—logré que Lady Louisa se uniera al grupo. Después, dando una pista a Willie Pitblado, logró que los caballos patalearan y se lanzaran de forma tan alarmante que fue necesario darles la cabeza un poco, como para calmar sus temperamentos, justo cuando él hábilmente se había sentado en el asiento trasero.

Lady Chillingham, la diputada, las señoritas Spital y Rammerscales fueron todos agrupados en la draga; otros estaban en el tejado, bien cubiertos o bien vestidos, para un fresco viaje de vuelta a casa, y todo el grupo partió hacia el Glen, *viâ* Clatto y Collessie, a veinticinco millas en coche.

Ya pasaban las tres y tres cuando todo estaba recogido y todos estábamos listos para salir de Largo. El viejo mayordomo grave, Binns, miró su reloj y dijo—

"Señor Newton, sabe por qué camino vamos."

"Sí; por Dunnikier Law."

"Ese es el camino que Sir Nigel quería que condujiéramos; Pero tendrás que usar tu látigo si queremos llegar a casa antes de que oscurezca."

"No temas eso, Binns", dije yo, mientras lideraba el camino en tándem con Lady Louisa a mi lado, y sin asistente ni acompañante, salvo Willie Pitblado, que tenía o no oídos y ojos como requería la ocasión, mientras Mamma Chillingham creía estar con otras damas en el carruaje cercano.

"Mantenga la mano firme sobre el líder, señor", susurró Pitblado; "Es una yegua de sangre, recién salida del establo, y un poco sobrecargada."

"Es dura," dije yo, "y tira como el diablo."

"En cuanto al wheeler, creo que la barra de astillas está demasiado baja, y ella la patea y se estremece; Pero la recámara es tan corta como pudimos hacerla. Vigile atentamente a ambos, señor", dijo él, en tono de advertencia, y luego volvió a caer en una aparente inmovilidad.

Por *primera* vez desde nuestra presentación había estado a solas con Lady Louisa—digo sola, porque no contaba con mi sirvienta, que parecía completamente decidida a mirar a cualquier parte menos a nosotros, y sobre todo hacia atrás, como para ver

cuánto tiempo podríamos distanciar al arrastre de cuatro en mano y al resto de nuestro grupo.

El vehículo que ocupábamos era híbrido, que mi tío usaba con frecuencia, mitad gig y mitad carrito de perro, de cuatro ruedas, con ejes patentados de Collinge, arrastre de palanca y lámparas plateadas, inteligente, fuerte, ligero y decididamente "perfecto".

Seguimos a un ritmo frenético. Mi bella compañera era habladora y deliciosamente alegre; Sus ojos oscuros eran inusualmente brillantes, pues todo el acontecimiento del día y el almuerzo *al aire* libre habían sido una gran exaltación de espíritus.

Olvidó lo que su rígida, aristocrática y casamentera madre podría pensar de que estuviera sola con un joven subalterno de lanceros; pero aunque su boa de armiño blanca no era más pálida de lo habitual de su tez, ahora tenía un tinte, casi un rubor, en su mejilla suave y redondeada que la hacía radiante y hermosa, y sentí que ahora o nunca era el momento de dirigirme a ella en el lenguaje del amor.

Sabía que la crisis había llegado; pero ¿cómo iba a abordarlo?

CAPÍTULO XI.

Los guardianes rocosos del clima

Fruncid el ceño conmigo, mientras amenazaban con la muerte;

Mientras resona en tiempo medido

El galope de la pezuña de mi courser,

Con voz ronca me piden que me mantenga al margen.

¿A dónde vas, loco? Donde no hay sombra

De árbol o tienda cubrirá tu cabeza.

Sigue encendido—sigue encendido; Giro la mirada—

Los acantilados ya no se burlan del cielo:

Los picos se encogen y ocultan su frente,

Las cumbres elevadas del otro abajo.

DE LA POESÍA DE MICKIEWICZ.

Como si estuviera inspirada por la fortuna, o por mi buen ingenio, Lady Louisa comenzó así, en voz baja—

"Por cierto, señor Norcliff, ¿me habría enseñado la casa en la que nació Alexander Selkirk—o Robinson Crusoe—en 1676, creo que dijo?"

"Oh; es solo una cabaña, compuesta por una planta y un desván; pero la próxima vez que vengamos a Largo, te mostraré su palanca, su mosquete y un mechón de su pelo."

"Ah, eso me recuerda, señor Norcliff, que debe devolverme el mechón de pelo que obtuvo cuando se inspiró en el romance de la leyenda de la señorita Calderwood anoche."

"Lady Louisa, le ruego permiso para conservarlo", dije en voz baja.

"¿Para qué, o por qué motivo?" preguntó, con una sonrisa furtiva.

"Me voy muy, muy lejos, y servirá como recuerdo de muchos días felices, y de uno a quien nunca dejaré de recordar, pero con——"

"¿Por qué, no quieres decir eso—que hablas en serio?" preguntó, con una voz que delataba emoción, mientras mi corazón subía a mis labios temblorosos y me giraba para mirarla con una expresión inconfundible de amor y ternura, que hacía que su color subiera y desapareciera visiblemente.

Tranquilizándose a sí misma, empezó a sonreír.

"¿Quizá tu credo es el de un soldado?" dijo ella, con una risa convulsiva, mientras se ataba el velo bajo la barbilla.

"¡De un soldado! Eso espero; pero ¿en qué sentido quieres decir?"

"Amar todo lo que es hermoso y todo lo que puedas, como dice la canción."

Puse una mano suavemente sobre su suave brazo y estaba a punto de decir algo que no podía ser un malentendido, mientras una película parecía pasar por mis ojos y mi alma subía a mis labios; pero Pitblado, que, estuviera escuchando o no, tenía un ojo atento en el ganado, ahora dijo—

"Disculpe, señor, pero no me gusta la cara de ese líder."

"La yegua de sangre con la estrella blanca en la frente", dije yo, tocándola suavemente en el costado con el látigo y haciéndola curvarse; "Normalmente es muy callada."

"Quizá sí, señor; Pero siempre está aplaudiendo para cerrar los oídos—echando la mirada hacia atrás y mostrando el blanco. Estoy seguro de que está tramando travesuras."

"Salta, entonces", dije yo, "acorta el bordillo y alarga las pistas un par de agujeros."

Esto se hizo en un abrir y cerrar de ojos; Willie saltó a su asiento como un arlequín, y nos fuimos del Kirkcubbin de Largo a un ritmo áspero.

"Es un animal encantador, con los petres como los tobillos de una chica; pero está batiendo la cola demasiado cerca para mi gusto, señor, y está tramando alguna travesura", insistió Pitblado, y pronto sus suposiciones resultaron acertadas.

"Hemos dejado atrás el drag; ya lo he despejado", dije yo.

"Es más pesado que el del regimiento en el cuartel general, señor", dijo Willie, captando la indirecta de mirar atrás ahora; pero el sonido de cascos o ruedas ya no se podía detectar en el aire tranquilo del atardecer detrás.

Llenos de sangre y de mal carácter, sobrecargados y ansiosos por volver a sus establos, la velocidad de los animales aumentó a un ritmo que pronto se volvió alarmante, y el vehículo ligero al que estaban atados, como he dicho, un tándem, avanzaba como un juguete tras sus talones, mientras nosotros volábamos hacia el este junto a Halhill; y, antes de llegar al bosque de Balcarris, donde el camino gira hacia el norte y rodea la base de Dunnikier Law, ¡era evidente que estaban bastante e indudablemente desorientados!

El líder se había metido en la cabeza y, al bajar una ladera, la astilla provocó al carretero hasta la locura. Todas mis fuerzas, junto con las de Pitblado, no lograron detener su loca carrera y, mientras suplicaba a Lady Louisa, que se aferraba a mí, "que me mantuviera firme, que me quedé quieta", y demás, puse todas mis energías en guiarlos y evitar colisiones que en intentar detenerlas; y, para colmo, la resistencia patentada cedió.

Por suerte, la carretera era lisa y libre de cualquier obstáculo.

"A la izquierda, señor—a la izquierda", gritó Pitblado, cuando llegábamos a un lugar donde dos caminos se bifurcaban; "ese es Drumhead. Nuestro camino está justo al oeste."

Pitblado bien podría haber gritado al viento; Los brutos enfurecidos tomaron su propio camino y corrieron a un ritmo terrible hacia el norte. Los caballos pastando al borde del camino trotaban hacia la retaguardia, y las ovejas que pastaban en los campos huían al acercarnos; El ganado se echaba en marcha y se alejaba en manadas. Los perros domésticos ladraban, los terriers gritaban y nos perseguían con la boca abierta; niños, patos, gallinas y gallinas huyeron de las alcantarillas del pueblo; los campesinos, en las puertas de sus cabañas, levantaban las manos con

gritos de miedo, mientras amplios campos y filas de árboles sin hojas, diques de césped, setos, drenajes y viviendas de paja parecían volar a la velocidad del tren o girar en círculo a nuestro alrededor.

Un grito de compasión estalló de mi asustado compañero cuando, justo cuando pasábamos junto a la base de Drumcarra Craig, en el frío, desolado y elevado barrio de Cameron, el pobre Willie Pitblado, que se había levantado para ayudarme con las riendas, o por última vez para intentar bajar la resistencia defectuosa, se quedó atrás y desapareció en un instante. Y ahora ante nosotros se extiende Magus Muir, donde yacen las tumbas de los asesinos del arzobispo Sharpe en un campo que nunca se ha arado ni siquiera hasta hoy.

Había caído el crepúsculo, y una aurora brillante, formando grandes pilares de luz variegada, que subían y bajaban desde el horizonte hasta la cúpula del cielo, llenaban todo el cuarto norte del cielo con masas singulares pero numerosas de serpentinadas. Así, el brillo de la atmósfera proyecta en un contorno fuerte y negro la cadena de colinas que delimitan el Howe de Fife y terminan el valle por el que fluye el Ceres para unirse al Edén; y todo esto, creo, contribuyó a aumentar el terror de los caballos.

El destino de Pitblado me alarmó y preocupó mucho, pues era un tipo valiente, apuesto y fiel, y un viejo conocido; pero tenía otra—una fuente de ansiedad más cercana, más querida—y más intensa. Si ella que se sentó a mi lado, aferrándose a mí y abrazando mi brazo izquierdo con toda su energía—ella a quien amé tan profundamente y a quien atraje al tándem, cuando podría haber estado segura en el drag o el carruaje, perdiera la vida esa noche, de qué valor tendría mi futura existencia, ¿amargado por un reflejo tan terrible?

"Si un clavo se suelta o se cede una pista", pensé, "todo habrá terminado para los dos."

"¡Oh, señor Norcliff, señor Norcliff!" exclamó, mientras las lágrimas, que no podía secarse, corrían por su rostro pálido y hermoso, y mientras su cabeza reclinaba medio sobre mi hombro. "¡Dios nos ayude, esto es terrible—terrible! ¡Seguro que nos matarán!"

"Entonces espero que sea *juntos*", exclamé. "Lady Loftus—querida Lady Loftus—querida Louisa (aquí había un salto), confía en mí, y solo en mí! (¿Qué cosas hablarán los hombres; a quién más podría confiar?) y si está en el poder de la humanidad salvarte, serás salvado, o moriré contigo. Louisa, oh, Louisa, escúchame. No lo haría—no podría sobrevivirte; pero—pero quédate quieto, siéntate cerca, agárrame y agárrate por el amor de Dios. (¡D—n ese líder!) Oh, Louisa, te quiero, te quiero mucho

y con devoción. Debes creerme cuando lo digo en un momento como este; Cuando la muerte, quizás, nos enfrenta cara a cara. ¡Háblame, querido!"

Sentí que el día, la hora, el momento del destino habían llegado; ese tiempo de alegría o tristeza para siempre, y lanzando todo sobre él, entregando las riendas a mi mano derecha, la rodeé con mi brazo izquierdo y, presionándola contra mi pecho, le dije una y otra vez cuánto la amaba, mientras nuestros locos corceles seguían adelante.

"Sé que me quieres, señor Norcliff", dijo con voz baja y agitada, mientras recuperaba su autocontrol constitucional. "Lo he visto durante mucho tiempo—lo he sentido."

"¡Mi adorable Louisa!"

"Y no voy—no voy——"

Se detuvo, dolorosamente.

"¿Qué? Oh, habla."

"Niega que yo te quiera a cambio."

"Que el cielo te bendiga, mi amor, por decirlo; por quitarme una carga de ansiedad del corazón y por hacerme tan feliz", susurré, haciendo un esfuerzo efectivo por besarle la frente.

"Pero entonces, señor Norcliff——"

"¡Ay! sí; ¿Pero qué?"

"Está mamá; Quizá sus opiniones sobre mí—ambiciosas; pero debemos tomar otro momento, si el Cielo nos lo perdona, para hablar de ese asunto."

"¿A qué hora tan buena como esta?" Exclamé impetuosamente, mientras avanzábamos, y el Magus Muir, el Bosque del Obispo y la lápida de Gullane quedaron atrás. "Pobre de mí, teniente de los lanceros; y el conde, tu padre."

"Oh, querido papá—buen hombre tranquilo—no creo que se preocupe mucho por el asunto; Pero si mamá supiera todo esto, tal violación de sus órdenes permanentes, ¡Dios nos ayude!"

Casi podría haberse reído de no ser por el peligro en el que nos apresurábamos, y un pequeño grito agudo se le escapó cuando el líder abandonó de repente la carretera difícil y, seguido por la rueda, pasó por una puerta abierta de campo y continuó a la misma velocidad aterradora por un gran trozo de pastos que descendía abruptamente

hasta donde mis presagios me decían que estaba el Edén, y allí, efectivamente, en menos de un minuto, pudimos ver el río rodando entre el bosque de bosque, con sus aguas hinchadas por las nieves que se habían derretido recientemente entre las colinas Lomond.

Aunque normalmente era un arroyo tranquilo y con un curso bastante llano, en ese barrio las orillas eran escarpadas y el lecho estaba lleno de alerces caídos y grandes piedras rocas. Si el vehículo volcara, ¿cuál podría ser el destino de ella que acababa de reconocer que me amaba?

Una oración—casi una solemne invocación—se alzó a mis labios cuando, con la rapidez de la luz, se me ocurrió la idea de dirigir al líder hacia un pequeño puente de piedra que cruzaba el arroyo. Era un simple pasillo estrecho para pastores, ovejas y ganado, y no de suficiente anchura para permitir el paso de un gig de cuatro ruedas; pero sabía que si estos últimos lograban ser atrapados con éxito entre los muros, el curso de los fugitivos sería detenido.

No había alternativa entre intentar esto y arriesgarse a morir por ahogamiento o mutilación en el accidentado lecho del arroyo crecido.

Bajando la empinada pendiente cubierta de hierba, nuestro ganado cubierto de espuma se apresuró directamente hacia el estrecho puente; Agarré la barandilla del asiento con una mano y un brazo; la otra era alrededor de Louisa, no fuera a ser que el susto que se avecinaba nos descolocara. En un instante lo sentimos, y ella se aferró a mí, medio desmayándose, mientras se oía un estruendo terrible, un sonido de rasgamiento y desgarramiento, mientras se rompía madera y el arnés se rompía. Nuestro rumbo se detuvo: las ruedas y el eje del tren de proa atrapados entre los muros de piedra del estrecho puente, el carretero pateando furiosamente la barra de astillas y la tabla de salpicaduras, y el líder, la yegua de sangre, la fuente de toda la travesura, colgando sobre el parapeto en el arroyo, resoplando, medio nadando y, por si acaso, completamente colgado.

Mi primer pensamiento fue mi compañero. Ambos temblamos en cada extremidad mientras la levantaba suavemente al suelo y colocaba los cojines del asiento sobre una piedra, donde podría sentarse y recomponerse hasta que yo pensara qué hacer a continuación y dónde estábamos.

Estaba muy agitada, pero me permitió pasivamente rodearla con mis brazos, asegurarle que estaba a salvo, presionar sus manos y secar sus lágrimas con caricia. Me olvidé por completo del pobre Pitblado, de "derramado" en la carretera, de la

mejor yegua de sangre de mi tío colgando en las huellas, y de todo sobre el trabajo medio arruinado.

En resumen, solo sentí la alegría más exquisita que había alcanzado, por así decirlo, la vida y Louisa juntos. Fue ese momento de intenso éxtasis, cuando, combinado con el natural repulsión de sentirse consecuencia de escapar de un peligro mortal, disfruté esa emoción que un hombre siente una vez, y solo una vez, en la vida, cuando la primera mujer que ama confiesa un respeto mutuo; y, medio arrodillado, me incliné sobre ella, besándola una y otra vez, asegurándola—de no sé qué.

De uno de sus dedos pasé al mío un anillo de poco valor—una perla engastada en esmalte azul, dejando en su lugar un diamanterosa. Era una piedra hermosa, de agua pura, que encontré cuando nuestras tropas saquearon la gran pagoda de Rangún, y la mandé colocar en Calcuta por un joyero, que me aseguró que valía novecientas rupias, o noventa libras, y ahora solo me arrepiento de no valer diez veces más, para ser verdaderamente digno del dedo delgado en el que lo puse.

Me miraba con una sonrisa amorosa en su pálido rostro y en la silenciosa profundidad de sus suaves ojos oscuros, mientras se recostaba en mis brazos. La miré con emociones de la más pura extasiación. Ahora era humilde, dulce y amorosa—esa belleza brillante, la hija de este orgulloso conde—mía, de hecho—todo lo que un hombre podría soñar como perfección en una mujer o como esposa; al menos, eso pensaba entonces; y no me sentía poco orgulloso de la idea de lo que diría nuestro mes—el coronel, Studhome, Scriven, Wilford, Berkeley y el resto—de un matrimonio que sin duda sería digno de honor al regimiento, aunque teníamos títulos y honores suficientes entre los lanceros; y ya, en la lujuria, me veía "metiéndome" en el cuadrado de los barracones de Maidstone en un elegante phaeton, con un par de ponis color crema, con Norcliff y Loftus cuartos en los paneles, y arnés de plata, y Louisa a mi lado, en uno de los más perfectos tocadores matutinos y de sombreros de matrimonio que la sombrerería londinense podía producir.

¡Pobre diablo! con solo doscientos al año además de mi sueldo y la guerra que tenía delante, así adquiriría castillos en Airshire y propiedades en la Isla del Cielo.

Ajeno al tiempo, mientras los bosques y colinas de Dairsie se oscurecían contra el cielo, mientras el murmullo del Edén fluía hacia el Tay, y las lanzas y serpentinas siempre cambiantes de la aurora del norte brillaban cada vez más, permanecí al lado de Louisa, completamente hipnotizado y solo medio consciente de que algo debía hacerse para que pudiéramos regresar a casa; pues la noche caía—la madrugada de los últimos días de enero, cuando el sol sobrio debe ponerse a las cuatro y media—y no sabía lo lejos que estábamos de Calderwood Glen.

De repente, un grito nos sobresaltó; Se oyeron los cascos de los caballos avanzando rápidamente por la carretera, y entonces tres hombres montados se adentraron en el campo y corrieron directamente hacia nosotros. Para mi gran satisfacción, uno resultó ser mi fiel compañero, Willie Pitblado, que, no peor por su volcado en el camino, había conseguido caballos y ayuda en el lugar llamado Drumhead, y nos siguió hasta donde yacíamos, naufragados junto al viejo puente del Edén.

"Pobre Willie", dijo Louisa, "pensé que te habían matado."

"No, mi señora", dijo él, tocando su sombrero; "Es Lang o los De'il Dees junto al dique."

De esa respuesta no pudo sacar nada.

El concierto ya se había publicado y se había retrasado, y aunque rayado, fragmentado y empezado en muchos sitios por el shock al que había sufrido, seguía siendo bastante aceptable. El wheeler fue rastreado de nuevo hasta allí, el líder, con su ardor completamente enfriado, fue sacado del arroyo y arnés de nuevo, y en menos de media hora, tan capaces que nos habían ayudado a ayudar, estábamos bolos por la carretera hacia la casa de mi tío.

Una hora de conducción rápida pronto nos llevó a la vista de la larga avenida, las ventanas iluminadas y la pintoresca fachada de la vieja mansión, en cuya puerta me acerqué; y mientras lanzaba el látigo y las riendas a Willie Pitblado, y, sin miedo ni siquiera a Mamma Chillingham, le pasaba a mi acompañante, con ternura y caricia, Me encontré como un hombre prometido y prometido de una de las mujeres más bellas de Gran Bretaña: ¡la brillante Louisa Loftus!

CAPÍTULO XII.

Pasó—y nunca el mármol había parecido más pálido

Luego Lucy, mientras escuchaba su historia.

No la marcó; Su ojo estaba frío y claro,

Fijas en un lecho de rosas marchitas allí;

No la marcó, pues diferentes pensamientos poseían

Su mente ansiosa y laboriosa en su pecho.

ELLIS.

A pesar de todo lo que había pasado, y de que nos hubieran llevado tan lejos en la dirección equivocada, no tardamos en llegar a Calderwood, donde la historia de nuestro desastre eclipsó por completo por la noche todos los detalles emocionantes de los cazadores de zorros, aunque muchos caballeros vestidos de escarlata, con camisetas y medias salpicadas, a quien Sir Nigel había traído, hacía que el salón pareciera inusualmente alegre.

Lady Louisa permaneció mucho tiempo en su propio apartamento; El tiempo me parecía una eternidad; pero yo era feliz—supremamente feliz. Tenía una idea vaga de las nuevas emociones que quizá la retenían allí; pero un aire de fría reserva y un inconfundible desagrado flotaba en la frente de su altiva madre.

Cuando Louisa se unió a nosotros, había recuperado perfectamente su habitual ecuanimidad y presencia de ánimo: su aspecto calmado, pálido y plácido. Era algo callada y reservada; Esto pasaba por su terror natural por el reciente accidente, y aunque permanecíamos a cierta distancia, sus finos ojos oscuros buscaban los míos, de vez en cuando, y estaban llenos de miradas inteligentes que hacían que mi corazón saltara de alegría.

Cora, que sospechaba astutamente que había habido más en el asunto que lo que Berkeley llamó "un derrame de tonterías", nos miró con interés y con una sinceridad llorosa que nos sorprendió tras nuestro regreso y durante la explicación que nos complace dar. Pero cualesquiera que fueran las historias que contaba mi cara, las de Louisa eran incomprensibles, así que por su expresión la sospechosa pequeña Cora no podía deducir nada; aunque, si hubiera seguido un poco más con su escrutinio, podría haber detectado mi famoso diamante de Rangún brillando en el dedo ocupado de la mano izquierda de su amiga.

¡Cora fue para mí un enigma en esa noche!

¿Qué le había pasado mal? Cuando sonreía, a muchos—especialmente a mí—les parecía que el pequeño corazón bondadoso del que sacaban esas sonrisas estaba enfermo. ¿Por qué era esto, y qué o quién era la fuente de su taciturnidad y tristeza secreta?—no Berkeley, seguro—habían vuelto juntos en el drag—nunca podría amar a un imbécil como Berkeley; y si el tipo se atrevía a jugar con ella—pero aparté ese pensamiento y decidí confiar el asunto a su amiga y cotilla, la Lady Loftus.

Unos días más pasaron rápida y alegre en Calderwood Glen; Ya no teníamos más viajes en coche; pero, como el tiempo era singularmente libre y templado para la temporada, en realidad hicimos más de un picnic en el bosque sin hojas, y me llevé al estudio de botánica y arboricultura con las damas.

¡Disfruté de todo el delicioso encanto de un primer amor exitoso! El último pensamiento sobre ir a descansar; el primero al despertarse por la mañana; y la fuente de muchos sueños suaves y felices entre ellos.

La peculiaridad, o disparidad parcial, de nuestras posiciones en la vida causaba secreto. Negados, por la presencia de otros, el placer de conversar abiertamente sobre nuestro amor, a veces recurríamos a miradas furtivas, o a una presión secreta y emocionante en la mano o el brazo era todo lo que podíamos lograr.

Luego hubo suspiros más profundos para reprimirlo,

Y miradas robadas más dulces por el robo;

Y se sonroja ardientemente, aunque sin falta alguna por falta,

Temblores al encontrarse, e inquietud cuando se dejaban.

Por pequeños y triviales que parezcan, demostraron la suma de nuestra existencia, e incluso de gran interés, iluminando el ojo y acelerando los pulsos del corazón.

Nos llenamos de estratagemas mezquinas y de amantes, y de frases enigmáticas, todo resultado de las dificultades que rodeaban nuestro encuentro cuando había otros presentes—especialmente Lady Chillingham, que por naturaleza era fría, altiva y desconfiada, con, creo, una antipatía innata hacia los subalternos de la caballería en particular. Cora vio a través de nuestras pequeñas artimañas, y Berkeley, ese snob anglo-escocés del siglo XIX, tenía los ojos sorprendentemente abiertos a todo lo que ocurría a su alrededor, y así los peligros del descubrimiento y la separación instantánea eran grandes, mientras nuestro amor feliz estaba en el rubor.

Este peligro nos proporcionó una simpatía común, un objeto unido, una deliciosa unión de pensamiento e impulso. Tampoco el romance quería añadir energía al secreto de nuestra pasión. Ah, si viviera mil años, nunca olvidaría los días de felicidad que pasé en Calderwood Glen con Louisa Loftus.

Nuestras entrevistas tenían todo el misterio de una conspiración, aunque, salvo Cora, nadie sospechaba aún de nuestro amor; y había una parte del jardín, entre dos viejos setos de tejo—tan viejos que habían visto a los Calderwood de épocas pasadas arrullando y billando, con pelucas empolvadas y cotas de malla, con damas en farthingales escoceses y zapatos de tacón rojo—donde, a ciertas horas, por un entendimiento tácito, estábamos seguros de encontrarnos; pero con toda la apariencia de azar, aunque ocasionalmente por un tiempo tan breve, que solo podíamos intercambiar una presión en la mano, o acariciar, quizá un beso, y luego separarnos en direcciones opuestas.

Fueron entrevistas bendecidas y alegres; recuerdos para atesorar y meditar con deleite cuando estás solo. En la compañía de nuestros amigos, mi corazón latía con fuerza, cuando con una mirada, una sonrisa, un roce robado de la mano, Louisa me recordaba lo que nadie más podía percibir, el entendimiento secreto que existía entre nosotros.

Y sin embargo, toda esta felicidad estaba nublada por la sensación de su brevedad y por nuestros temores hacia el futuro; los obstáculos que pesan y la gran fortuna de su lado, la falta de ambas en el mío, levantaron entre nosotros; Y luego estaba la perspectiva segura de un largo y peligroso—¡ay! podría resultar una separación definitiva.

"Aquellos que aman", escribe un autor anónimo, "deben beber siempre profundamente de la copa del temblor; pero, a veces, surgirá en sus corazones un terror sin nombre, una angustia nauseabunda por el futuro, cuya luminosidad depende por completo de este tesoro tanpreciado, que a menudo resulta presagiar de una verdadera angustia que acecha en las horas lejanas."

"¿Dónde terminará todo esto?" Me pregunté a mí mismo, mientras la convicción de que algo debía hacerse se imponía, pues los días felices pasaban y mi breve permiso estaba llegando a su fin.

Un día, por la ausencia de algunos amigos y por la ocupación de otros, nos encontramos solos y nos permitieron tener una entrevista más larga de lo habitual, en nuestro paseo por setos, y estábamos conversando sobre el futuro.

"Tengo doscientos al año además de mi sueldo, Louisa." (Sonrió tristemente ante esto, y la sonrisa se me volvió aún más profunda.) "El dinero ha sido depositado para mi tropa en Cox and Co., y mi buen tío tiene buenas intenciones respecto a mí; sin embargo, siento que todo esto es tan pequeño que, si me dirigiera al conde de Chillingham sobre nuestro compromiso, parecería que tenía poco que ofrecer y poco que insistir, salvo aquello que, quizás, no tiene valor a sus ojos aristocráticos——"

"¿Y cuál es?"

"Mi amor por ti."

"No pienses en dirigirte a él", dijo ella, llorando en mi hombro; "Ya tiene vistas para mí en otro trimestre."

"¡Vistas, Louisa!"

"Sí; Perdona que te duele, querida, al decirlo; pero no obstante es cierto."

"¿Y estas vistas?" pregunté, impetuoso.

"Es una oferta hecha para mi mano por Lord Slubber de Gullion."

Mi corazón murió en mi interior al oír este nombre, que, como dije antes, se acerca lo máximo posible al original.

"Por eso ves, querido Newton," retomó ella, con voz melancólica y dulcemente modulada, "si te dirigieras a mi padre, solo despertaría a mamá y tendría el efecto de interrumpir nuestra correspondencia para siempre."

"¡Dios mío! ¿Entonces qué vamos a hacer?"

"Espera con esperanza."

"¿Cuánto tiempo?"

"¡Ay! No lo sé; Pero al menos por ahora nuestro compromiso, como nuestros encuentros y nuestras cartas, si podemos correspondernos, debe ser secreto— secreto todo. Si el conde, mi padre, supiera que te amo, Newton (qué dulces sonaban esas palabras), él y mamá insistirían en la petición de Lord Slubber, y, al descubrir que yo me negaba, no habría límites para la ira de mamá. Recuerdas la historia de Cora sobre la 'Mano Cerrada'; recuerdas a la 'Novia de Lammermoor', y debes ver lo que pueden hacer una madre decidida y una larga tiranía doméstica."

Junté las manos, pues mi corazón estaba destrozado; Pero me miraba con amabilidad y cariño.

"A su regreso a casa, como coronel de su regimiento, quizá, a toda costa, le presentemos el asunto y tratemos la oferta de Slubber con desprecio, como la senil locura de un anciano en su vejez. Tú, al menos, me pedirás matrimonio en forma——"

"¿Y si Lord Chillingham se niega?"

"Aunque los ingleses no podamos hacer matrimonios escoceses ahora, seré tuyo, querido Newton, como lo soy ahora, solo para que sea irrevocable y para siempre."

Siguió un abrazo cercano y mudo, y entonces la dejé en un paroxismo de dolor, mientras mi cabeza giraba con los efectos combinados de amor y alegría, y de tristeza, no exenta de ira.

"Me pregunto cuáles serán los temas de los que hablan los amantes en sus conversaciones", dice mi hermano de la pluma y la espada, W. H. Maxwell, y la misma conjetura me venía a menudo antes de conocer o conocer a Louisa Loftus.

Nunca nos faltó un sujeto ahora. Las peculiaridades de nuestras posiciones relativas, nuestra cautela hacia el presente y nuestras ansiedades naturales por el futuro nos ofrecieron temas completos para la conversación o la suposición; pero los pocos días restantes de mi permiso "entre regresos" se desbordaron en Calderwood Glen; Se acercaba el momento de mi partida; ya había dividido a Pitblado un peniques con la soubrette de mi señora, y había recogido todas mis trampas superfluas, y en treinta y seis horas Berkeley y yo tendríamos que presentarnos en uniforme en el cuartel general, o ser devueltos sin permiso.

Fue por la tarde, cuando había ido como de costumbre a encontrarme con Louisa en el asiento donde los setos de tejo recortados formaban una agradable pantalla, cuando, para mi sorpresa y por pura casualidad, lo encontré ocupado por mi prima Cora.

El atardecer de enero era precioso; el rubor púrpura de la tarde cubría todo el cielo occidental y bañaba en cálidos tintes las laderas de las colinas Lomond. El aire estaba quieto, y solo oímos el graznido de las venerables corvas que se posaban entre los bosques de la vieja mansión, o que se balanceaban de un lado a otro sobre sus muchas veletas doradas.

Cora estaba algo callada, y yo, profundamente decepcionada al encontrarla allí en lugar de Louisa Loftus, estaba algo taciturna, si no casi de mal humor.

De alguna manera —pero cómo, no sé— Cora me llevó a hablar insensiblemente de nuestros primeros días, y mientras lo hacíamos, pude percibir que me miraba con sinceridad de vez en cuando, después de que simplemente comentara que pronto estaría muy, muy lejos de ella, y entre otras escenas. Su ojo oscuro y de paloma se llenó de ojos, y el tinte en su mejilla redondeada se desvaneció cuando me reía a los días en que éramos pequeños amantes, y cuando Fred Wilford y yo—él ya era nuestro capitán—solíamos darnos puñetazos en la cabeza por puro rencor y celos hacia ella; Pero esos celos juveniles en su día tomaron un giro más peligroso.

Entre las rocas del valle, una víbora de tamaño enorme se instaló y había mordido a varias personas. Algunos la vieron saltar más de siete yardas de altura, y fue una fuente de terror para toda la parroquia, que mi tío, e incluso el preboste de Dunfermline, ofrecieron recompensas por su destrucción.

En esto desafié audazmente a mi rival a enfrentarse; pero Fred Wilford, que venía de visita desde Rugby, tenía más prudencia, o menos cariño por la pequeña Cora, y por eso rechazó el intento.

Sonrojado por el orgullo juvenil y la temeridad, subí la empinada cara de la roca, revolví la víbora con un largo palo, la lancé al suelo y la maté con repetidos golpes de hacha, hazaña de la que mi tío nunca se cansaba de contar, y el reptil estaba ahora en la biblioteca, sellado en una vitrina de cristal, considerado un trofeo familiar y, como dijo Binns, siempre mantenido en el mejor estado de ánimo.

Me senté con la mano blanca y delgada de Cora en la mía, contemplando sus rasgos suaves y picantes, sus labios fruncidos y la barbilla con hoyuelos, y el cabello oscuro tan suavemente trenzado bajo su pequeño sombrero, y sobre cada bonita y delicada oreja. Cora era muy dulce y encantadora; siempre había sido para mí una amiga amable, una hermana cariñosa, y suspiró profundamente cuando hablé de mi partida inminente.

"¿Vas por mar?" preguntó.

"Si vamos a Turquía—por supuesto."

"¿Embarcando en Southampton?"

"Embarcando en Southampton—exactamente, y navegando directamente hacia el Este, supongo", dije mientras encendía un puro con calma; "Pronto aprenderé todos los detalles y probabilidades en el cuartel general; pero la ruta puede que no llegue hasta dentro de dos meses, en cuanto a la burocracia."

"¿Pensarás en nosotros a veces, Newton, en esas tierras extrañas y peligrosas? ¿De tu pobre tío, que te quiere tanto, y—y de mí?"

"Por supuesto, y de Louisa Loftus. ¿No te parece muy guapa?"

"Me parece encantadora."

"¿Mi puro te molesta?"

"Para nada, Newton."

"Pero te hace girar la cara."

"Creo que te veías a menudo antes de venir aquí?"

"Oh, muy a menudo. Solía verla en la catedral todos los domingos de Canterbury; en los bailes de Rochester y Maidstone——"

"¿Y en Londres?"

"¡Repetidamente! La vi en su primera presentación en la Corte, cuando el coronel me presentó, al obtener mi teniente y regresar del servicio en el extranjero. ¡Ha causado toda una sensación!"

Hablé con tal entusiasmo de mi admiración por Louisa Loftus, que pasó un rato antes de que detectara el palidez extremo de la mejilla de Cora y un extraño temblor en su labio inferior.

"¡Dios mío, querida, estás enferma! Es este maldito puro—uno de una caja que Willie me compró en Dunfermline", exclamé, tirándolo. "Tu mano también tiembla."

"¿Lo es? ¡Oh, no! ¡Quieto! Solo estoy un poco débil", murmuró.

"¡Desmayado! ¿Por qué demonios deberías estar mareada, Cora?"

"Este refugio de setos de tejo está cerca; El ambiente está tranquilo, o frío, o algo así", dijo en voz baja, mientras se presionaba una mano pequeña y encantadora sobre el pecho; "Y me parece que sentí un pinchazo aquí."

"¿Un pinchazo, Cora?"

"Sí, a veces lo siento."

"¡Tú, uno de los mejores valsadores del condado! ¿No tienes afecto del corazón, ni nada de eso?"

Sonrió tristemente, incluso con amargura, y se levantó, diciendo—

"Aquí viene Lady Louisa. No digas nada de esto."

Sus ojos oscuros nadaban; Pero no cayó ni una lágrima de sus largas, negras y sedosas pestañas, que daban tanta suavidad a su dulce y femenino rostro. De repente retiró sus manos temblorosas de las mías y, justo cuando Louisa se acercaba, me dejó apresuradamente.

¿Qué significaba toda esta emoción? ¿Qué mostraba o ocultaba? Estaba completamente desconcertado.

Una luz repentina empezó a iluminarme.

"¿Qué es esto?" pensé. "¿Puede Cora estar enamorada de mí ella misma? ¡Oh, tonterías! Me conoce desde niño. ¡La idea es absurda! Y aun así, su manera—. Esto nunca puede ser. Debo evitarla, ¡y mañana me voy a Inglaterra!"

Louisa se sentó a mi lado y, salvándola, Cora y todo el mundo quedaron igualmente olvidados.

CAPÍTULO XIII.

¿Olvidarte de ti? Si soñar de noche y meditar sobre ti de día;

Si toda la adoración, profunda y salvaje, el corazón de un poeta puede pagar;

Si las oraciones en ausencia soplaran por ti al poder protector del Cielo;

Si pensamientos alados que vuelan hacia ti, mil en una hora;

Si estás ocupado, Fancy, mezclándote con todo mi futuro destino;

Si esto llamas olvido, tú, en efecto, serás olvidado.

MOULTRIE.

Solo tuve una, solo una, con más encuentros con Lady Louisa, y fue, en efecto, una triste. Solo podíamos esperar volver a encontrarnos—cerca de Canterbury, quizás—en algún momento vago antes de que mi regimiento marchara; y antes de eso debía escribirle, con algún pretexto educado, a Cora bajo cobertura.

Esto fue ciertamente algo indefinido e insatisfactorio para dos amantes comprometidos, especialmente para dos tan fervientes como nosotros, y en el primer arrebató de una gran pasión; pero no teníamos otro acuerdo que hacer; y nunca olvidaré nuestro último, largo y mudo abrazo la última noche, cuando, asustados por los pasos en el paseo del jardín, literalmente nos separamos y nos separamos para encontrarnos en la mesa de la cena, actuar como aquellos que eran casi desconocidos el uno para el otro, y para realizar las meras formalidades, cortesías y frías ceremonias de una vida bien educada.

No pude evitar contarle a mi buen tío mi éxito; pero bajo una solemne promesa de secreto, al menos por un tiempo.

"Muy bien, chico", dijo, dándome una palmada en el hombro. "Mantenla bien controlada y te respaldaré contra el campo en todo lo posible; pero ese viejo par gotoso, mi Lord Slubber, es más rico que yo; y luego Lady Chillingham tiene el orgullo de Lucifer. Saca de mí cuando quieras dinero, Newton. Desde que Archie murió en la universidad y el pobre Nigel en la batalla de Goojerat, no tengo a ningún chico que cuidar salvo a ti."

La última hora llegó inexorablemente. Nos dimos la mano a todos. Cuando ese solemne snob, mi hermano oficial, el señor de Warr Berkeley, y yo subimos al carruaje que nos llevaría a la estación de tren más cercana, había síntomas de considerable emoción en los rostros del círculo amable que nos íbamos, pues las nubes de la

guerra se habían oscurecido rápidamente en el Este durante el mes que habíamos pasado tan agradablemente; y las damas—especialmente las pobres—nos veían a medias como hombres condenados.

Louisa estaba pálida como la muerte; temblaba con emoción contenida, y sus ojos estaban llenos de lágrimas. Incluso su fría y solemne madre me besó suavemente en la mejilla; y en ese momento, por el bien de Louisa, sentí que mi corazón se hinchaba de repentina emoción de aprecio hacia ella.

La mano dura pero varonil de mi tío presionó la mía con fuerza, y amablemente estrechó la mano de Willie Pitblado, que se despedía de su padre, el viejo guardián, y le metió un par de soberanos.

La voz de Sir Nigel estaba bastante rota; pero no había lágrimas en los ojos calientes y secos de la pobre Cora. Su rostro encantador estaba muy pálido, y se mordió el labio inferior enfurismado, para ocultar o evitar que temblara nerviosamente.

"Una chica rara", pensé, mientras la besaba dos veces, susurrando, "Dale la última a Louisa."

Pero, ¡ah! ¡qué poco podía leer el secreto del querido pequeño corazón de Cora, que latía salvaje y convulsivamente bajo ese aparente exterior calmado e inmóvil! Pero llegó un momento en que iba a aprenderlo todo.

"Adiós a Calderwood Glen", grité yo, saltando al carruaje. "¡Un adiós a todos, y hola otra vez por la arcilla para pipas!"

"También arcilla para pipas y pólvora, muchacho", dijo mi tío. "Cada diez años más o menos, la atmósfera de Europa necesita ser fumigada con ella en algún lugar. Adiós, señor Berkeley. ¡Dios te bendiga, Newton!"

"Crujió el látigo, redondeó las ruedas;" el grupo de rostros pálidos y llorosos, el porche cubierto de hiedra y la fachada con torres de la vieja casa desaparecieron, y entonces los árboles de la avenida parecían pasar a toda velocidad junto a las ventanas de los carruajes en el crepúsculo, mientras avanzábamos a toda velocidad.

Para la preocupación mental o la depresión no hay cura más segura y rápida que viajar y hacer la transición rápida de un lugar a otro; y sin duda que el lujo se ofrece plenamente gracias a los electrodomésticos locomotoras de la época actual.

Una hora después de salir de Calderwood, ocupamos un vagón de primera clase, y ya volábamos en el expreso nocturno, *rumbo* a Londres, amortiguados a la vista por cálidas alfombras de ferrocarril y cuadros de borde, y cada uno fumando un puro en

silencio, mirando sin ganas por las ventanas o haciendo todo lo posible por buscar el sueño, para pasar las horas grises.

Pitblado se relacionaba con el guardia en la furgoneta de equipajes, sin duda disfrutando de una tranquila "hierba" mientras tanto.

Berkeley pronto se durmió; pero recé por los célebres "cuarenta guiños" en vano; y así, despierto y lleno de pensamientos emocionantes, imaginé en ensoñación todo lo que había ocurrido durante el último mes.

Poco a poco, la convicción involuntaria, pero sorprendente, se impuso en mi mente de que mi primo. ¡Cora me quería! Esta querida y cariñosa chica, de la que me había separado con un saludo tan frío como el que Sir Charles Grandison le dio a la señorita Byron al final de su aburrido cortejo de siete años, me quería; y sin embargo, cegado por mi absorbente pasión por la brillante Louisa Loftus, no la había conocido, visto ni sentido.

Sus frecuentes frialdades conmigo y su irritación mal disimulada ante la fría insolencia del porte lánguido de Berkeley, en más de una ocasión, me las explicaban ahora.

¡Querida, cariñosa y de gran corazón Cora! Cien episodios de su autonegación ahora se abarrotaban en mi memoria. Ahora recordaba, en el encuentro de los sabuesos de Fifeshire en Largo, que fue ella quien, con un poco de tacto delicado y previsión, logró darme aquello que sabía que tanto deseaba: el viaje de vuelta a casa en tándem con Lady Louisa.

¿Qué debió costarle ese acto de sacrificio a su corazón, si de verdad me amaba? No podría escribirle sobre tal tema, ni siquiera acercarme a una idea que, al fin y al cabo, podría basarse en suposiciones, si no en vanidad. Más que eso—sentía que la sospecha de haber despertado esta pasión secreta debía impedir que escribiera a Louisa bajo la cobertura de Cora. La delicadeza y amabilidad comunes sugerían que no debería, al hacerlo, lacerar aún más a un buen corazón que me amaba bien.

Pero el siguiente pensamiento fue cómo comunicarnos con Louisa, siendo Cora nuestro único medio. Tampoco pude olvidar que cuando estaba río arriba de Rangún, y cuando mi querida madre murió en Calderwood, fue el beso de Cora el último en su fría frente, y la manita de Cora la que cerró los ojos para mí.

Aceleré rápidamente el tren expreso mientras estos pensamientos pasaban por mi mente y me alteraban mucho. Dormir era imposible, y antes de la medianoche escuché las campanas de Berwick-upon-Tweed anunciar que habíamos dejado atrás

el robusto y viejo reino de Escocia, y que salíamos volando a cincuenta millas por hora junto a Bedford, Alnwick y Morpeth, hacia el Tyne y la tierra del carbón y el fuego.

Cada instante me aburría más lejos de Louisa; y yo solo tenía un consuelo: que pronto seguiría la misma ruta—quizá sentada en el mismo carruaje—mientras se dirigía a su casa en el sur de Inglaterra.

Amaba profundamente a esta orgullosa y hermosa niña; y si el lenguaje humano tiene un significado, y si el ojo humano tiene una expresión, ella me amó verdaderamente a cambio; pero aunque la convicción de esto hacía que mi corazón rebosara de felicidad, era una felicidad que no estaba exenta de miedos—temores de que su amor fuera, quizá, la fantasía del momento, desarrollado por la proximidad y el círculo social de una tranquila casa de campo; temores de que mi alegría y éxito fueran demasiado brillantes para durar; y que, tras un tiempo, pudiera ver su enfrentamiento con un subalterno de caballería sin nombre a la luz de una mésalliance, y quedar deslumbrada por alguna oferta más brillante, pues la heredera y única hija del conde de Chillingham podría comandar a muchos.

La guerra y la separación estaban ante nosotros; y si sobreviviera para regresar, ¿me amaría aún y seguiría siendo mía?

El consentimiento de su padre aún no se había obtenido. En mi impaciencia por saber lo mejor o lo peor, con frecuencia resolvía resolver el asunto por carta a su señoría; pero, recordando las lágrimas y súplicas de Louisa, me eché atrás ante la grave responsabilidad de alterar nuestra felicidad mutua.

En otras ocasiones pensé en confiar completamente la gestión del asunto a mi tío; pero abandoné la idea casi tan pronto como la concebí: sabiendo que el viejo baronet cazador de zorros era más impulsivo, orgulloso y abrupto que político. En conclusión, pensé que sería mejor hacerlo con una carta desde el Este, cuando el conde podría cortésmente aceptar un compromiso que una bala podría disolver; ¿o debería dejar el asunto hasta que regrese?

¡Oh! ¿Podría volver alguna vez—y si es así, ¿qué mutilado? Y si moría antes que el enemigo, en la imaginación veía, en los largos, largos años que seguirían, quizá olvidada a mí misma, y a Louisa, mi prometida, la esposa de—*otro*.

CAPÍTULO XIV.

¿Y por qué no la muerte, en vez de vivir en tormento?

Morir es ser desterrado de mí mismo;

Y Sylvia soy yo misma: desterrada de ella

Es yo de yo; ¡Un destierro mortal!

¿Qué luz es la luz, si Sylvia no se ve?

¿Qué alegría es la alegría, si Sylvia no está presente?

A menos que sea para pensar que está por aquí,

Y alimentarse de la sombra de la perfección.

SHAKSPEARE.

Aún medio dormidos y sin renovarnos, tras nuestro largo y rápido viaje en tren, nos pusimos nuestros uniformes, con cinturón de espada y sabreta, nos presentamos debidamente al coronel, que nos dio la bienvenida, y en menos de una hora me encontré instalado en mis antiguos aposentos, cayendo una vez más en la rutina cotidiana de la vida en los barracones, como si nunca hubiera salido de Maidstone, y como si mi visita a Calderwood y mi compromiso con Louisa fueran todo un sueño. Pero tenía su anillo de perlas y el mechón de cabello en forma de espigón, que le había cortado en broma —un regalo solemne y sincero ahora— y no perdí tiempo en conseguir un relicario adecuado para ello, y que pudiera llevar al cuello.

De nuevo tenía desfiles a los que asistir, tareas de tropa, guardia y establo que cumplir; pero entre estos, y todo el bullicio de Maidstone, el cuartel de caballería más cansado y bullicioso del imperio británico, mi corazón y pensamientos siempre estuvieron con Louisa Loftus, en medio de los viejos bosques de Calderwood Glen.

"La guerra aún no está declarada contra Rusia", dijo el coronel, en el primer desfile vespertino desde que nos uníamos; "pero tengo la confianza del cuartel general de que pronto será y que formaremos parte del ejército del Este."

"Ah, ¿y hay—haw—alguna infantería que nos acompañe?" preguntó Berkeley.

"Eso creo", respondió el coronel, riéndose de una pregunta tan extraña que, como Berkeley la planteó en otro lugar, causó cierta diversión en Maidstone, ya que mostraba o bien sus ideas de guerra o el extraño individualismo de las dos ramas del servicio.

"Los guardias ya están bajo órdenes y embarcarán en Southampton en unas semanas", reanudó el coronel; "Y tendremos un trabajo duro para prepararnos para la partida cuando llegue nuestro turno—aunque me alegra decir que los lanceros están en alto nivel y disciplina, y aptos para cualquier cosa."

Nuestro coronel habló con orgullo y confianza; y bajo sus órdenes, sentí que, con igual confianza, realmente podía ir a cualquier parte o enfrentarme a cualquier cosa. Había servido bajo su mando en la India, y siempre había sido, a mis ojos, el modelo de un oficial de caballería británico y de un caballero inglés.

"No hay ejemplo de belleza humana más perfectamente pintoresco que un hombre muy apuesto de mediana edad; ni siquiera el mismo hombre en su juventud", escribe una de las plumas femeninas más elegantes de la actualidad. Esto es muy reconfortante para todos los chicos guapos que se acercan a ese gran clímax; y la idea de que ella tiene razón siempre se me ocurrió cuando vi al coronel Beverley, para ser un hombre más apuesto, aunque su bigote estaba muy canoso, nunca desenvainó una espada y todo el regimiento lo admiraba y estimaba.

Además de espada y pistolas, nuestro cuerpo estaba armado con la lanza, que el famoso conde de Montecuculi declaró como "la Reine des armes pour la cavalerie", y cuya adopción fue inútilmente impulsada por el gran mariscal Saxe en sus "Reveries"; pero fue introducida en el ejército británico tras la paz de 1815. El único regimiento armado de esta manera que existía previamente a nuestro servicio eran los Ulanos británicos, compuestos por emigrantes franceses, formados a partir de los restos de los lanceros del ejército realista francés. Todos fueron destruidos en la desafortunada expedición a Quiberon, en 1796.

Al cargar caballería, los bannerofes atados a nuestras lanzas son extremadamente útiles para asustar a los caballos—tras lo cual el jinete se convierte en presa fácil; y la longitud extrema del arma la hace más eficaz que la espada al cargar contra un cuadrado de infantería; además, es un arma de gran ostentación, como todos deben admitir quienes han visto un cuerpo de lanceros, unos seiscientos hombres, cabalgando con todos sus banneroles rojos y blancos de cola de golondrina ondeando al viento.

Teníamos en nuestras filas más hombres de G. C.[*] que cualquier otro cuerpo en el servicio; y, con la excepción de uno o dos de esos adinerados párvenos, como Berkeley, que se encuentran en muchos regimientos, pero especialmente en la caballería, y a quienes simplemente describiré como snobs militares que bostezaban y bostezaban, fríos, pero a la moda, solemnes e imperturbables, los oficiales de los lanceros eran indudablemente caballeros de nacimiento, linaje y educación, y formaban en conjunto, en el comedor, en desfiles, en el salón de baile o en servicio, una clase social muy superior en tono y porte a cualquiera entre la que haya tenido la fortuna de estar; y salvo que sean aquellos a quienes he insinuado, cada rostro y

nombre me vienen agradablemente a la memoria ahora, cuando pienso en mi magnífico regimiento preparándose para el ejército del Este.

[*]Anillo de buena conducta. Tenemos cuatro regimientos de lanceros: el 9º, 12º, 16º y 17º.

Practicábamos a diario con nuestras pistolas y revólveres de seis cañones; las hojas de las espadas y las puntas de la lanza eran puntiagudas y afiladas de nuevo. Algunos de nuestros desordenados intentaron acampar en los campos de noche para poner a prueba su resistencia; Pero, como la policía rural los tomaba invariablemente por gitanos o ladrones, la risa por un lado y la incomodidad inútil por el otro, les quitaban esas bromas.

Para estar preparados para todo y para hacer que sus lanceros fueran jinetes más activos, el coronel Beverley nos hizo adestrar a todos para desmontar por el lado opuesto, una práctica que aumenta la habilidad de los hombres y la firmeza de los caballos, y que se hace simplemente invirtiendo todos los movimientos de desmonte, después de que el jinete haya asegurado bien la lanza, las riendas y la melena en la mano derecha, mientras que la izquierda agarra la espada y la coloca sobre la parte delantera de la silla, con la punta a la derecha. Luego desmonta por el lado off, con su lanza en el carry en la mano derecha.

También recuerdo que era cuidadoso al advertir a los hombres que no cedían al peso de la lanza cuando estaban montados, ya que esto provoca malas consecuencias en largas marchas; por eso es muy necesario medir frecuentemente los cueros de los estribos y dejar que los hombres cabalguen con la lanza colgada en el brazo izquierdo. Estos objetos pueden parecer triviales; pero llegó un día en que sus instrucciones y precauciones demostraron un valor incalculable, y fue entonces cuando nosotros—*los Seiscientos*—hicimos nuestra inolvidable carga hacia el Valle de la Muerte.

Un cheque por una buena suma vino de mi buen tío, Sir Nigel, y resultó muy oportuno, ya que estábamos acosados por judíos de Londres y contratistas del ejército, y yo tenía, como dice la frase, "un sin fin" de cosas inesperadas que ofrecer—algunas de ellas:—

Un par de pistolas giratorias de seis recámaras, con varillas de muelle, como decían los periódicos, "las más completas y efectivas jamás ofrecidas al público británico." Un atuendo completo de Crimea, compuesto por una capa y capucha impermeables, botas de campamento, sábana, cama plegable, colchón y mantas, una cantimplora para él y un amigo, baño de esponjas, cubo y palangana, maletín, linterna y

havresack, todos baratos por treinta guineas, con un par de baúles de bueyes y cabestrillos a ocho guineas más. Luego había una tienda portátil de patentes, que pesaba solo diez libras; un barco de goma india, y solo Dios sabe cuánta basura más, todo lo cual hizo un terrible agujero en mi cheque, y todo lo cual quedó en Varna, donde, sin duda, algún seguidor emprendedor del Profeta los convertiría en su legítimo botín.

En medio de esos preparativos de prosa, el mes de febrero se esvayó, y los veintiocho días de ese mes me parecieron tantos años, ya que nunca había oído hablar de Louisa Loftus; pero, el primero de marzo, Pitblado me entregó un pequeño paquete que había llegado por correo desde Londres.

Contenía un estuche de marruecos con una fotografía a color—¡una fotografía de Louisa!

Estaba hecha con el mejor estilo de un buen artista londinense, y mi corazón se llenó de alegría al contemplarla, estudiando cada detalle. El lector me consideraría loco, quizás, ciertamente sentimental, si relatara todas las extravagancias de las que fui culpable al recibir este recuerdo, esta pequeña obra de arte, con la que me vi obligado a conformarme hasta que siguiera una miniatura—una de las mejores de Thorburn—que estaba decidido a conseguir.

¿Estaba en Londres, o simplemente había escrito al artista (cuyo nombre estaba en el caso) para enviarme una copia de su miniatura, que bien sabía que yo valoraría, incluso cuando valoraba la vida o la salud?

El mismo día que llegó este querido monumento, fui asignado a mi tropa del regimiento, por compra, al capitán B——, cuya mala salud le hizo totalmente incapaz para el servicio en el extranjero, retirándose por la venta de su comisión; y aunque mi corazón estaba lleno de gratitud hacia mi tío, sinceramente creo que pensaba más en la miniatura de Louisa que en mi ascenso. Sin embargo, ambos semblaban prometedores de un futuro feliz. Tuvieron una afortunada coincidencia. El mismo correo los había traído desde Londres, y parecía que yo estaba en la radio, cometí tantas extravagancias y gasté tantas bromas esa noche en el comedor, que mis viejos amigos, Jack Studhome y Fred Wilford, tuvieron que llevarme lo que llamaban "la mano fuerte" conmigo y llevarme a mis aposentos.

En respuesta a mi carta de agradecimiento, recibí una larga y divagante de Sir Nigel, cuyos esfuerzos literarios eran a menudo un curioso popurrí.

La caza, la manada del condado, las siguientes reuniones se mencionaban primero, y luego sus problemas privados. Las ovejas de cara negra habían estado saltando las